

VIDA en un RANCHO DEL CONDADO DE SAN DIEGO

Por

JOHN L. KELLY

El tío abuelo John Kelly escribió este relato alrededor de 1925.

Reescrito por miembros de la familia

Susan Kelly

Lucia Kelly Sippel

Andrea Pasek

Elaina Blankinship

Derechos de autor 2006

Prefacio

John Lincoln Kelly (1867 – 1938) fue el séptimo hijo de Matthew y Emily Porter Kelly. Matthew vino de la Isla de Man en 1844. Emily llegó de Inglaterra a Wisconsin alrededor de 1844, donde conoció y se casó con Matthew. En los años siguientes, Matthew cruzó a los yacimientos de oro de California creyendo que era fácil recoger oro del suelo y hacerse rico rápidamente. Después de esperar tres años, Emily partió hacia California con su pequeña hija y su hermano. Fueron a Nueva York y en vapor a Panamá, cruzaron a pie el istmo de Panamá, luego esperaron un barco hasta San Francisco, donde los recibió su marido, y luego hasta Deadwood. Deadwood era un pequeño pueblo minero de oro en la Sierra central, cerca de Michigan Bluff. A Matthew le fue bien en el trabajo de herrería, pero nunca descubrió mucho oro. Emily, aparentemente la única mujer casada de la ciudad, cocinaba y acogía a viajeros ocasionales según lo exigían las situaciones.

A medida que los niños crecieron, los padres se preocuparon por la influencia del entorno (bares y mineros) y empezaron a considerar la posibilidad de mudarse. Finalmente se establecieron en el condado de San Diego en noviembre de 1868. John tenía 16 meses cuando llegaron.

En el condado de San Diego “ocuparon” una propiedad adyacente al Rancho Agua Hedionda de 13,311 acres que estaba siendo administrado por el hermano de Matthew, Robert Kelly. Gran parte del trabajo descrito aquí por John fue realizado en el gran rancho, así como en su granja, por los hijos de Matthew cuando eran adolescentes y más tarde como propietarios de un rancho.

Es una suerte que John encontrara tan interesantes las historias de los veteranos. Que pensó que valía la pena escribir cómo se trabajaba en una finca ganadera. Aunque planeó el relato para sus propios contemporáneos entre 1921 y 1926, nosotros, los de la generación de los bisnietos, somos quienes apreciamos sus esfuerzos.

Para poder compartirlo con otros, lo hemos reescrito tal como él lo escribió usando únicamente las capacidades de la computadora para corregir errores ortográficos o tipográficos y para producir copias según lo solicitado.

Introducción

Se han escrito muchas historias sobre la vida en un rancho ganadero del oeste, y algunas de ellas son de lectura muy interesante. Pero durante varios años he pensado que si alguien que realmente hubiera tenido la experiencia real la escribiera de manera veraz, sin ningún matiz falso, sería interesante e instructivo.

En primer lugar, es una vida que es casi una cosa del pasado. Es cierto que todavía quedan algunos ranchos grandes, pero casi todos los pastizales están cercados y la vida de un ganadero moderno es completamente diferente de la que era hace treinta o cuarenta años. A menudo he pensado, al recordar los viejos tiempos, que realmente habría que retroceder más allá del año 1880 para obtener una muestra de la vida occidental real. Con la llegada del ferrocarril todo cambió. Llegó gente nueva a este país y los viejos campos abiertos eran cosa del pasado.

En aquellos primeros días no pensábamos nada en que un hombre entrara en casa y se sentara a la mesa, o en la habitación donde se reunía la familia, con una gran pistola colgada del cinturón. No quiero dar la impresión de que era necesario ir armado, o que todos andaban de esa manera, pero si alguno cuyo negocio fuera estar en el monte con ganado u otro ganado, pasara por el rancho, y si lo invitaban a comer o a pasar una o dos horas, era un asunto que no atraería ningún comentario si entraba con las armas puestas. Había entonces hombres que siempre iban armados, y también había hombres en este país que nunca iban armados. Mi padre, Matthew Kelly, llegó a California en 1851 y vivió entre los pioneros hasta su muerte en 1885, y nunca portó un revólver. Anduvo entre toda clase de personas y nunca tuvo miedo de defender sus derechos bajo ninguna circunstancia o condición, pero nunca consideró necesario portar armas para hacerlo.

De vez en cuando alguien regresa a San Diego y afirma haber vivido aquí durante un tiempo “en los años ochenta”, y cuenta una historia espantosa de lo malo que era entonces el lugar y de cómo los hombres solían tomar el en medio de la calle si tenían que ir al centro de la ciudad después del anochecer. Puedo testificar (y cualquier otro veterano que sea sincero lo confirmará) que las calles de San Diego eran entonces tan seguras para las personas que sabían comportarse como lo son hoy. Por supuesto, si uno buscaba “cosas duras”, había muchos lugares donde podía acomodarse; pero si tenía inclinaciones pacíficas no había necesidad de que tuviera problemas de ningún tipo. Lo mismo ocurría en el campo entre los ganaderos. Si uno se comportaba bien y no buscaba problemas, encontraría a la gente amable y hospitalaria. Es cierto que hubo momentos en que algún “forajido” andaba suelto, cuando las personas que vivían en las colinas, lejos de los vecinos, necesariamente tenían un poco de cuidado al permitir que los visitantes se acercaran a sus casas, especialmente después del anochecer. Pero cualquier “forajido” que intentara llevar a cabo una “mala carrera audaz” normalmente encontraba su waterloo antes de haber llegado muy lejos.

Para la mayoría de los hombres, especialmente los ancianos, la historia de sus vidas, si se contara con sinceridad, sería muy interesante. Pero son pocos los ancianos que conoces que pueden contar una historia real.

I

La vida en un rancho del condado de San Diego

Nací en California, en el condado de Placer, el 8 de julio de 1867.

Mi padre llegó al condado de San Diego al año siguiente con su familia, compuesta por una esposa y siete hijos, de los cuales yo era en ese momento el menor.

He investigado el asunto y encuentro que desembarcamos en San Diego del vapor "Orizaba", el tres de noviembre de 1868.

Con sólo dieciséis meses entonces, yo, por supuesto, no desempeñaba un papel muy destacado en los acontecimientos que estaban teniendo lugar.

Mi padre alquiló unas habitaciones en una antigua casa de adobe en "Old Town", propiedad del Padre Ubach, sacerdote encargado de la Iglesia Católica en ese lugar, y dejó allí a mi madre y a los niños mientras construía una casa en el rancho.

El hermano de mi padre, Robert Kelly, estaba en el negocio ganadero en sociedad con Francis Hinton en el Rancho Agua Hedionda, y mi padre había estado en este condado el año anterior visitando a su hermano. En ese momento había decidido traer a su familia aquí y establecerse en una granja. El tío Robert le había mostrado un terreno del gobierno contiguo al rancho Agua Hedionda, donde había agua corriente, y también otro lugar más atrás en las montañas que a mi padre le gustaba mucho.

Vino aquí al año siguiente con la idea de establecerse en el lugar en Bear Valley, pero descubrió que ya estaba decidido cuando llegó. Así que procedió a construir en el lugar contiguo al rancho en el que vivía su hermano.

En aquella época se consideraba que este condado no valía nada para ningún fin que no fuera la ganadería. Y la tierra sin agua corriente no se consideraba que valiera nada. Bombear agua para el ganado se consideraba imposible.

El pequeño valle donde mi padre decidió establecerse era conocido con el nombre español de "Los Quiotes", que en español significa "las yucas", una hermosa planta con flores muy conocida en este condado y que crecía abundantemente en las colinas circundantes.

La casa que mi padre construyó era muy tosca. Medía dieciséis por seis pies y un piso y medio de altura y estaba hecha de tosca madera de secuoya con listones sobre las grietas. Como en esa época no se podían conseguir tejas en San Diego, hicieron un techo clavando tablas toscas de secoya de arriba a abajo sobre las láminas. A estas tablas primero se les había cortado un canal de aproximadamente media pulgada de profundidad y media pulgada de ancho a lo largo de ambos bordes con una herramienta que los carpinteros llaman "arado". Luego, después de haberlos clavado firmemente arriba y abajo sobre las láminas, y de haberlos unido lo más estrechamente posible, se clavaron listones de media pulgada por tres pulgadas sobre las grietas, y se suponía que estas ranuras o canales arados llevarían el agua de lluvia en lugar de permitirle que se filtre hacia la casa. El señor Hinton (el socio del tío Robert) le había aconsejado a mi padre que este tipo de techo repelería el agua tan bien como un techo de tejas, pero resultó ser un completo fracaso y tuvo que cubrirse con tejas de Redwood partidas, ya que goteaba como una canasta.

La casa estaba dividida arriba en dos habitaciones, pero abajo era una sola habitación, a excepción de una especie de despensa que se construyó debajo de las escaleras. Había una puerta en la esquina noreste, una ventana en los lados este y oeste de la planta baja, y media ventana en cada uno de los lados este y oeste de la planta superior.

Mi padre era herrero de profesión, y muy bueno, pero era muy pobre en el trabajo de carpintero. El hombre que consiguió que le ayudara a construir también era un trabajador muy pobre, y como sólo tenían la clase de madera más tosca para trabajar, la casa, una vez terminada, era un asunto muy tosco. Estaba construida sobre un banco de terreno elevado entre dos brazos del valle, y había un manantial justo al pie de la colina, y un poco al oeste de la casa, de donde obteníamos agua potable.

Mi padre había alquilado las habitaciones en Old Town por un mes, y al final de ese tiempo regresó a la ciudad a caballo y contrató a un hombre con una gran carreta y cuatro caballos para que llevara a la familia y sus pertenencias al rancho.

A menudo he oído a Madre contar esa experiencia. De partir desde el casco antiguo temprano en la mañana y llegar al rancho después de que oscureciera. Aquella mañana, en el apuro por hacer las maletas, todas las cerillas que llevaban consigo las habían puesto en algún lugar donde no pudieran ser encontradas. Imagínese llegar a un lugar completamente extraño en la noche, con siete niños, todas sus pertenencias y sin luz para desempacar. Por supuesto, los niños estaban cansados y hambrientos, además de somnolientos y enfadados, y luego tener que desenrollar la ropa de cama y tratar de encontrarles algo de comer en estas circunstancias, debe haber sido una prueba dolorosa para una mujer con la naturaleza de Madre, porque era una mujer de carácter tímido y encogido, que nunca estuvo destinada a la vida pionera. La puerta de la casa aún estaba descolgada, y en la habitación de abajo había una mesa de carpintero y muchas virutas y trozos de madera. Mi hermana mayor tenía unos diecisiete años y mi hermano Matthew tenía doce. Todos los demás niños eran más pequeños. La madre solía decir que lo más aterrador para ella era el hecho de que la casa no tenía puerta cerrada y los coyotes ladraban por todas partes y tan cerca que se alarmaba mucho por temor a que se llevaran a algunos de los niños antes de la mañana. . (Por supuesto, los coyotes eran en ese momento algo nuevo para ella, y no sabía lo cobardes que eran.) Mamá solía decir: “Bueno, de alguna manera pasamos la noche y con la luz del día las cosas parecían un poco menos sombrías”.

[En el relato de Lizzie, ella cuenta que su padre se detuvo para ayudar al conductor del carro que estaba atrapado en el barro. Matthew tenía las cerillas y conocía la distribución de la casa, pero no estuvo presente para ayudar.]

Por supuesto, no había cercas ni nada que pudiera mantener alejados a los cientos de ganado salvaje que se habían acostumbrado a abreviar en el manantial, y eran otra fuente de peligro a los ojos de Madre, ya que temía mucho que atacaran a los niños. Sin embargo, había poco peligro de que esto ocurriera, ya que el ganado salvaje se alarma mucho al ver gente a pie, mientras que antes sólo veía hombres a caballo, y huye casi tan fácilmente como los ciervos u otros animales salvajes. animales de caza fuera de la vista de cualquiera que esté desmontado.

Cuando miro hacia atrás y pienso en lo salvaje e incivilizado que era el país en aquellos días, no puedo evitar preguntarme cómo alguien podría traer mujeres y niños a un lugar así. Pero mi padre había vivido durante los quince años anteriores en las minas del norte de California y le había disgustado profundamente la minería, de modo que supongo que se trataba del deseo natural del hombre de poseer un rancho; y el hecho de que su hermano, que era soltero, estaba en condiciones de ayudarlo en este condado a empezar. Por supuesto, la experiencia de mi pueblo no fue más dura, y tal vez no tan dura, como la de cientos de otras familias que ayudaron a colonizar el “gran Occidente”, pero para las mujeres de la casa ciertamente fue bastante difícil.

En aquella época no había ninguna escuela más cerca que Old Town, que estaba a treinta y cinco millas de distancia. Los vecinos más cercanos estaban a unas tres millas de distancia, eran españoles y hablaban poco inglés. Sin embargo, el verano siguiente un par de familias más se establecieron a cuatro o cinco millas de nosotros y después de eso debió haber sido un poco mejor.

En cuanto a las iglesias, supongo que ocasionalmente había servicios católicos en la Misión de San Luis Rey, que estaba a doce millas de nosotros, pero nuestra gente era protestante y nunca asistía a los servicios en la Misión.

En aquella época esto era lo que se conocía como un país de ganaderos. Si alguien intentaba dedicarse a la agricultura debía proteger sus cultivos mediante vallas, de los cientos de cabezas de ganado vacuno y caballos salvajes que vagaban a su antojo por la tierra. Durante los dos primeros años en la estancia, mi padre con la ayuda de mi hermano mayor (que como ya he dicho tenía doce años cuando llegamos

aquí) y algunos indios que contrató, cortó postes y barandas y construyó al menos una milla y media de valla ferroviaria. Es difícil ahora darse cuenta de la cantidad de trabajo duro que debió suponer. Permítanme explicarles cómo se hizo esa cerca, y cuando piensan en la poca madera de cualquier tipo que crecía en este condado, estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo cuando digo que no puedo imaginar ahora cómo un hombre podría haber tenido el coraje de ir a un trabajo así.

En primer lugar trazaron la línea de la valla. Luego se cavó un hoyo para un poste cada tres pies a lo largo de esa línea. Cada hoyo tenía un tamaño de aproximadamente veinte por treinta centímetros y dos pies de profundidad. Luego se colocaron dos postes en cada hoyo con un espacio de aproximadamente cinco o seis pulgadas entre ellos. La tierra debía ser apisonada minuciosamente a medida que se rellenaba alrededor de los postes. Luego se colocaron rieles entre las dos filas de postes hasta que la cerca tuvo aproximadamente treinta pulgadas de alto. Luego se deben atar los dos postes con una cuerda alquitranada de un cuarto de pulgada llamada "marlin". Luego se colocaron más rieles entre los postes hasta que la cerca tuvo aproximadamente cuatro pies y medio o cinco pies de altura. A veces los postes se volvían a atar en la parte superior después de que la última barandilla estaba en su lugar, pero esto no se hacía a menos que estuvieran haciendo una cerca inusualmente buena, como un corral o algo por el estilo. Verás que esta valla requiere más de tres mil quinientos postes por milla y un número mucho mayor de rieles. Y todos estos fueron cortados de los matorrales de todo tipo que crecían en el vecindario, y arrastrados al trabajo en un carro con bueyes. ¡Qué trabajo debe haber sido!

En primer lugar, era demasiado joven para recordar la construcción de esta cerca, pero tengo un recuerdo muy vívido de haber ayudado a reconstruir una sección de la misma donde se derrumbó después de que los postes se pudrieron. Había algunos tipos de árboles que crecían en esta parte del país y que formaban postes que permanecerían en el suelo durante mucho tiempo sin pudrirse, y había otros tipos que se pudrirían en un par de años. Mi padre tuvo que aprender la mayor parte de esto por experiencia, ya que, por supuesto, no estaba familiarizado con las cualidades duraderas de las distintas maderas hasta que las probó. En años posteriores sabíamos por amarga experiencia que ciertas variedades de postes durarían poco tiempo en el suelo, mientras que otros duraban muy bien. Maderas como el roble, el sicómoro, el sauce y el zumaque se pudrirían en el suelo tan pronto que sus postes no valían la molestia de colocarlos; mientras que los postes de Sauco o Caoba de Montaña (*Rhus Integrefolia*) durarían mucho tiempo. De hecho, considerábamos al Mountain Mahogany casi un post eterno. Había tal cantidad de trabajo relacionado con toda esta esgrima que mi padre tuvo poco tiempo para cualquier otra cosa durante los primeros dos años que estuvimos aquí. Si el tío Robert no le hubiera ayudado proporcionándonos carne de res, estoy seguro de que no puedo imaginar cómo habríamos podido vivir.

Algunos de mis primeros recuerdos son cuando mi madre nos gritaba a los niños que entremos a la casa desde donde estábamos jugando, mientras decía: "El tío Robert y algunos de sus vaqueros venían con un novillo grande". con dos riatas sobre él, y estaría bastante echando espuma por la boca de ira. Cargaba primero contra un jinete y luego contra el otro en un loco esfuerzo por cornear al caballo, pero al tener dos riatas sobre él, un hombre lo sujetaba mientras cargaba contra el otro, e intentaban que cada loca embestida que hacía lo detuviera. él un poco más cerca de la casa.

A veces, el tío Robert ponía su caballo justo delante del novillo y hacía que los vaqueros cabalgaran bien separados y un poco detrás de él. El novillo cargaría contra el caballo del tío, y al permitirle mantenerse lo suficientemente cerca como para peinar la cola del caballo con sus cuernos y las dos riatas tan apretadas como cuerdas de violín, entrarían corriendo al patio. Por supuesto, había un peligro considerable relacionado con este tipo de trabajo, porque si uno de los caballos tropezaba o una de las riatas se rompía, un novillo enojado acabaría rápidamente con el hombre o el caballo. Pero los ganaderos estaban acostumbrados a manejar el ganado de esa manera y, si bien eran plenamente conscientes del peligro, tenían la más absoluta confianza tanto en sus caballos, sus riatas y entre sí.

Siempre mataban el novillo lo más cerca posible de la casa, a no más de quince o sesenta metros de la puerta, por lo que sería conveniente colgar la carne en la cuerda, porque toda ella se convertiría en "cecina", excepto lo que pudiera ser comido fresco.

A los niños, por supuesto, se nos ordenó quedarnos en la casa hasta que el novillo muriera, y normalmente subíamos las escaleras y mirábamos las cosas a través de las ventanas de arriba.

Cuando conseguían el novillo lo más cerca de la casa que creían necesario, lo tiraban y uno de los hombres desmontaba y lo “pegaba”. En aquellos días no existía tal cosa como colgar una carne mientras se la desollaba. Lo desollaron mientras yacía, como lo harían con un búfalo al que hubieran matado a tiros en las llanuras. Se extendió la piel y se cortó la carne en tiras de aproximadamente una pulgada de diámetro y de uno a tres pies de largo. Luego, estas tiras se sumergieron en salmuera y luego se colgaron sobre una cuerda. En aquellos días, cada rancho tenía estas cuerdas tendidas en el patio, tal como lo están las cuerdas para tender la ropa en la actualidad. Después de que la “cecina” había estado suspendida sobre la cuerda durante unas veinticuatro horas en tiempo seco, se le daba la vuelta de modo que el lado que había estado al lado de la cuerda o hilo quedaba hacia el sol para que se secase completamente. Después de colgarlo al sol durante cuatro o cinco días, lo desmontaban y lo metían en sacos y lo guardaban en un lugar fresco y seco hasta su uso. Si las noches son brumosas y húmedas, la “cecina” se debe tomar por la tarde y volver a colgarla por la mañana, después de que la niebla se haya disipado. Una buena carne de vacuno curada de esta manera es, en mi opinión, perfectamente deliciosa. Y prefiero comer una buena ración ahora mismo que un filete Porterhouse.

Siempre fue la regla permitir que los vaqueros comieran tanta carne como quisieran mientras realizaban la matanza, por lo que lo primero que hicieron después de matar al novillo fue encender un fuego en el suelo cerca de donde estaban desollando la carne. Tan pronto como tuvieran suficiente piel quitada para hacerlo, tendrían unas tiras de carne asándose al fuego. El tío le decía a mamá que “les diera un poco de sal a los niños”, y si había uno, dos o media docena en el trabajo, pan y sal era todo lo que mamá tenía para proporcionarles cuando llegaba la hora de comer. Los niños pronto aprendimos a unirnos a los hombres para asar carne al fuego y, en mi opinión, no hay mejor manera de cocinarla. Basta con pegar la carne en la punta de un palito verde (un palo seco quemará) y sostenerla sobre el fuego, después de salarla, y darle la vuelta una y otra vez hasta que esté cocida. Llévate un bistec la próxima vez que vayas de picnic y pruébalo de esta manera, y si no crees que es bueno, puedes decir que ¡no juzgo lo que es bueno!

En aquella época había muchos vaqueros espléndidos en esta parte del país. En mi opinión, el nativo español californiano fue el mejor en ese renglón que jamás haya producido el mundo. He visto y trabajado con muchos hombres diferentes, de diferentes partes del mundo, pero en lo que respecta al trabajo con ganado y caballos en estado salvaje, nunca he visto a ningún otro hombre que pudiera igualar a algunos de los antiguos “californianos españoles”. Parecían saber por instinto qué iban a hacer el ganado o los caballos salvajes antes de hacerlo. He visto “estadounidenses” que eran considerados muy difíciles de vencer, y eran buenos; pero nunca he visto uno que pensé que fuera igual a algunos de los nativos españoles californianos que he conocido. En cuanto a montar caballos o mulas salvajes, me pareció que he visto estadounidenses que lo hacían tan bien como cualquiera. Pero cuando se trata de montar con rudeza y de ser expertos en el uso de la riata, nunca he visto a nadie igual a algunos de los viejos californianos. (Por supuesto, no estoy diciendo que nunca hubo estadounidenses que fueran iguales a cualquiera de estos veteranos que tengo en mente, pero sí digo que en cuarenta años en el negocio ganadero, nunca tuve la suerte de encontrarme con ellos. uno de ellos.) Entre los “vaqueros” de Texas, Nuevo México y Arizona es una práctica común al atar a caballo, tener la cuerda o riata sujeta a la silla. Simplemente usan una cuerda o riata bastante corta, y tienen el extremo sujeto al cuerno de la silla. Luego, cuando atan a un animal, le dejan tomarlo en toda su longitud. No se puede dejar que la riata corra sobre el cuerno de la silla para “preparar un caballo o dirigirlo”, como decimos, es decir, para detenerlo cuando está corriendo. Cuando se ata la riata a la silla, el animal atado golpea el extremo de la misma con un tirón terrible, que es muy duro para el lomo del caballo del jinete.

Nunca vi a un californiano antiguo usar una riata sujeta a su silla. Cuando ataba a un animal, daba tres o cuatro vueltas de la riata alrededor del cuerno de la silla, lo más cerca posible del animal que huía. Luego, cuando quería detenerlo, o levantarlo, echaba su peso en el estribo del lado opuesto al que corría el animal y a medida que llegaba el peso dejaba correr las vueltas unos metros sobre el cuerno de su

silla. y el caballo que montaba no dio la sacudida que tendría si la riata hubiera sido rápida. Y además de ser más fácil para el caballo montado, es mucho más fácil para el animal que está atado. He visto muchos caballos, y también algunas vacas, gravemente heridos por un tirón. Y siempre he dicho que no permitiría que ningún hombre que trabajara para mí lazara con su cuerda a la silla. De hecho, creo que si un hombre no puede manejar su caballo y su cuerda sin atarlo a la silla, será mejor que comience y aprenda el oficio.

He descrito cómo dos o más hombres traían un novillo, pero se esperaba que un buen vaquero pudiera hacerlo solo cuando fuera necesario. Recuerdo bastante bien, una vez, cuando era pequeño, que el tío Robert vino a nuestra casa y mi padre le dijo que casi nos habíamos quedado sin carne. El tío dijo: "Mis vaqueros están todos ocupados, así que será mejor que le pidas a Juan Ortega que te traiga un novillo". Juan Ortega era un californiano español que era capataz del Rancho Encinitas, rancho que estaba a unas cuatro millas al sur de donde vivíamos. A la mañana siguiente, mi padre ensilló su caballo y partió, diciéndole a la familia que iba a pedirle a Juan que trajera un novillo. En aquella época no había alambradas y un hombre a caballo podía cruzar el país en cualquier dirección. El camino hacia el rancho Encinitas que se recorría habitualmente conducía hacia el este durante aproximadamente una milla y luego giraba hacia el sur. Mi padre salió de la casa por ese camino, y nosotros, los niños, naturalmente supusimos que regresarían por allí con el novillo, porque había mucho ganado del tío suelto por todo el país, y supusimos que traerían uno de cerca del Rancho Las Encinitas.

Nosotros, los pequeños, teníamos la costumbre de deambular por las colinas en cualquier dirección que eligiéramos, siempre que nos mantuviéramos dentro del campo cercado. Mamá siempre tuvo miedo de que el ganado salvaje nos persiguiera si nos aventurábamos mucho más allá del campo, pero de todos modos salíamos con frecuencia fuera del terreno cercado. Esta mañana, mis dos hermanas, mis dos hermanos y yo bajamos a un pequeño punto rocoso al que llamamos "Colina Verde" y que estaba aproximadamente a media milla al oeste de la casa. Estábamos dentro del terreno vallado, pero había un camino de carretas que subía por el valle desde el oeste y entraba al campo por una puerta, justo cerca de donde estábamos jugando. De repente vimos a mi padre subir por el valle a un galope rápido, y cuando nos vio nos gritó que corriéramos a casa y nos quedáramos en la casa mientras Juan Ortega traía un novillo grande y salvaje por ese camino. Recuerdo claramente mirar hacia el valle y ver a un vaquero con un novillo atado. También recuerdo nuestro inicio corriendo hacia casa. Los otros niños eran todos mayores que yo y todos en la pandilla intentaban hacer el tiempo más rápido posible. Todos estábamos asustados, y tratábamos de correr tan rápido, y también intentábamos mirar hacia atrás cada pocos pasos para ver si el novillo nos estaba alcanzando, que no prestamos mucha atención al terreno accidentado por el que corríamos. Primero uno y luego otro tropezaban y caían, y a veces al mirar atrás nos topábamos con el que teníamos delante y ambos caíamos. Pero puede estar seguro de que pronto nos recuperamos y nos fortalecimos. Llegamos a la casa casi tan pronto como lo hizo mi padre a caballo, y caminó todo el camino. Mi madre estaba en el patio cuando nos acercábamos a la casa y nos gritaba que nos apresuráramos y saliéramos del peligro. Bueno, todos entramos y corrimos escaleras arriba donde pudimos ver el resto del proceso a través de las ventanas.

Mi padre nos dijo más tarde que había conocido a Juan paseando por el campo. Juan inmediatamente accedió a traer el novillo y descuartizarlo, pero dijo que la riata que llevaba consigo no era lo suficientemente pesada para soportar un novillo grande. Tenía miedo de que se rompiera cuando acercara el novillo a la casa, donde sería un cliente muy peligroso. Su padre le dijo que tenía una riata pesada en casa, y que cuando hubieran conducido el novillo hacia el extremo inferior del valle (que estaría a más de una milla de la casa) Juan podría retenerlo allí mientras él se apresuraba hacia el casa y conseguir la riata pesada. Eso fue lo que hizo que mi padre subiera al valle con tanta prisa.

Una de las mujeres, mi madre o mi hermana mayor, no estoy segura de cuál, le estaba sacando la riata a mi padre mientras los niños salíamos al patio resoplando y llorando. Lo tomó gritando a todos que se mantuvieran fuera de la vista cuando llegaran con el novillo y luego regresó valle abajo a paso rápido. Sin embargo, antes de que hubiera avanzado mucho, nosotros, desde la ventana de arriba, pudimos ver a Juan venir con el novillo. Recuerdo como si fuera ayer el aspecto de ese animal. Era un tipo grande, de color negro parduzco, con una raya blanca a lo largo de la espalda. Juan le estaba dando casi toda la

longitud de la riata y la gran bestia enojada daba vueltas y vueltas alrededor del caballo y el jinete en un gran círculo tras otro, pero cada giro lo acercaba un poco más a la casa. Cada pocos minutos cargaba contra el caballo, bramando de rabia, pero el pequeño caballo marrón y su jinete siempre eran demasiado rápidos para él, y cada carga sólo lo acercaba un poco más a la meta. La pequeña riata parecía casi tan pequeña como un tendedero de alambre, y parecía imposible que pudiera sostener a un animal tan poderoso, especialmente cuando estaba tan furioso y tratando con tanta fuerza de escapar. Cuando se acercaron bastante a la casa pudimos ver que al novillo le sangraba la nariz, y luego vimos que en lugar de tenerlo atado por los cuernos o por el cuello, como solían hacer los vaqueros, tenía la riata en las fosas nasales. Juan lo había atado y arrojado, mientras mi padre iba tras la riata más pesada. Había hecho que su caballo sujetara el novillo mientras él desmontaba y con su cuchillo hizo un agujero en el cartílago entre las fosas nasales. Luego había anudado la punta de la riata a través de este agujero y, al volver a montar en su caballo, había permitido al novillo levantarse. El lazo que el novillo llevaba en las dos patas traseras se soltaba en cuanto lo aflojaba y él intentaba correr. Luego lo agarró por la nariz y, por supuesto, un animal se sujeta fácilmente por ese agarre.

Juan lo llevó hasta veinte metros de la casa, donde lo atrajo contra un gran poste y lo clavó detrás de los cuernos con su cuchillo, lo que acabó con su vida muy rápidamente. Luego, los niños salimos de la casa y observamos la matanza, asando como de costumbre filetes al fuego, mientras los hombres trabajaban.

Juan Ortega era un vaquero concienzudo y todavía vive en el condado de Orange.

Montar caballos salvajes era otra parte del negocio que veíamos mucho en aquellos días. Los caballos se criaban por centenares y nunca se los manipulaba de ninguna manera excepto para marcarlos (lo que generalmente se hacía cuando eran jóvenes) hasta que tenían edad suficiente para domarlos. Generalmente se consideraba que habían alcanzado esa etapa cuando tenían cuatro años. Pero en los grandes ranchos donde se criaban muchos caballos, muchos de ellos no eran montados hasta los seis o siete años.

Muy pocas personas, a menos que hayan tenido experiencia real en este tipo de trabajo, tienen alguna idea de cuán salvaje y feroz es un caballo de cinco o seis años, que ha sido criado con una manada salvaje como lo fueron estos caballos.

Los caballos o potros criados entre caballos mayores que son mansos, parecen heredar algunas costumbres amables y civilizadas de sus madres y del resto de raza gentil con la que corren. Pero incluso en mayor medida, los caballos que se crían a partir de yeguas salvajes e intactas heredan las costumbres salvajes y viciosas de la manada con la que han corrido.

En los viejos tiempos de los que escribo, las yeguas nunca eran domadas en la silla. Sólo los caballos castrados se utilizaban para ensillar, y que cualquiera que se considerara un vaquero fuera visto montando una yegua era una invitación a las bromas y burlas de cada grupo de vaqueros que pudiera encontrar. Se consideraba admisible que un anciano, que no pretendiera ser un jinete rudo, o un niño que recién estaba aprendiendo a montar, fuera visto montado en una yegua gentil.

El resultado de esto fue que las yeguas crecieron salvajes y viciosas, y a sus crías se les enseñó todo el salvajismo, la crueldad y la maldad con las que esas madres estaban familiarizadas. Entonces, cuando tuvieron edad suficiente para ser marcados y separados de sus madres, ya habían absorbido tanta maldad como sus pieles podían contener.

Antes de continuar explicaré cómo se separaban las distintas manadas de caballos en aquella época.

Las yeguas de cría, desde los potros hasta los de un año, corrían en bandas llamadas "manadas", cada manada encabezada por un semental. El semental no permitiría que ningún caballo castrado u otro

semental se acercara a su manada. Una yegua vieja de la banda solía llevar un cascabel, simplemente para que fuera más fácil encontrarlas.

Los castrados estaban en otra banda con una yegua de campana para guiarlos. Esta banda se llamaba el “caponero”. (Caponero es la palabra española para una banda de castrados).

Parece casi extraño cómo estos caballos se apegaban al sonido de esa campana. Si un caballo de silla se soltaba durante la noche a cuarenta o cincuenta millas de su casa, inmediatamente salía a buscar a su yegua. No importa lo cansado que estuviera cuando se soltó, apenas se detenía a comer un bocado hasta que regresaba y se unía a su antigua banda.

Recuerdo bien un caballo gris que mi hermano vendió a un hombre en El Cajón. El hombre lo retuvo durante varios años, pero si alguna vez lograba soltarse por la noche, siempre regresaba con la yegua a nuestro rancho por la mañana. Finalmente se cansaron de perseguirlo y lo vendieron a un hombre que lo llevó a Arizona.

Otro incidente que contaré para mostrar cómo los caballos recuerdan su vieja campana. Teníamos una vieja campana que las distintas yeguas habían llevado durante varios años. Finalmente la correa se gastó y se rompió, y la campana se perdió. Un par de años después, pasé bajo unos grandes robles del rancho y vi la vieja campana tirada en el suelo, donde se había perdido cuando se rompió la correa. Desmonté y lo recogí. Por supuesto, sabía que era la vieja campana del caballo y lo primero que hice fue tocarla para ver si todavía funcionaba. Un minuto después de haber pronunciado el primer tintineo, me sorprendió oír relinchar a los caballos y, al mirar hacia arriba, vi una manada de caballos que bajaba de una colina aproximadamente a media milla al sur de mí. Venían a toda velocidad y todos parecían relinchar y muy emocionados. Se reunieron alrededor del árbol donde yo estaba tocando la campana y parecían no entender de dónde podía venir ese viejo y familiar sonido.

Los hombres que cabalgaban para un ganadero generalmente se dedicaban a montar o domar caballos en la primavera, cuando otras tareas dejaban de funcionar. Los caballos serían conducidos al corral y se seleccionaría un cierto número de caballos intactos para domarlos. El patrón normalmente seleccionaba a algunos de sus hombres que sabía que eran capaces de hacer ese tipo de trabajo, para el desbaste, o manza duro, como lo llaman los españoles.

Cada vaquero seleccionado para el trabajo ataría el caballo que pretendía domar; o, si había varios vaqueros, varios de ellos entraban al corral. Se ataba el cuello del caballo y se lo sostenía en medio del corral. Otro vaquero se acercaba y cuando el caballo pasaba corriendo a su lado, lanzaba hábilmente el lazo de su riata delante de él (y si no tenías la costumbre de verlo hecho), te sorprendería cómo ese caballo aparentemente mete sus dos pies delanteros a través de ese bucle. Luego pasarían solo un par de minutos hasta que yaciera acostado de costado y el hombre que lo iba a montar estaría poniéndole un tapajo en la cabeza y ajustándolo con una fuerte cuerda o tanga alrededor de su cuello, para que se lo pudiera bajar hasta los ojos.

El tapajo es simplemente una correa ancha de cuero, generalmente de unas dos pulgadas y media de ancho y unas dieciocho pulgadas de largo. Por lo general, tiene bucles remachados en los extremos para la tanga. Esto se deja caer sobre su cabeza de modo que el tapajo ancho cubra los ojos del caballo y la correa pase por encima de la cabeza justo detrás de las orejas y los extremos se sujeten debajo de la garganta.

Luego se puede empujar el ciego o tapajo hacia arriba por encima de los ojos o bajarlo para cubrirlos.

Probablemente también le pondrán el “hackamore” mientras esté caído. Esto se usa en lugar de una

brida para domar caballos que se usará cuando se doman caballos vaqueros. Es simplemente un fuerte lazo de cuero crudo trenzado que rodea la nariz del caballo. Tiene una cabeza y un cierre en la garganta como una brida, y las riendas suelen estar hechas de una fuerte cuerda de crin. La razón para usar el hackamore en lugar de una brida es que al domar un caballo a menudo es necesario tirar muy fuerte de él, especialmente si se resiste, y al hacerlo le dolerá mucho la boca después de unos días. Luego, a medida que siga luchando, su boca mejorará gradualmente, pero se volverá muy dura o endurecida, y tendrá lo que llaman una boca dura y siempre será difícil de controlar. Si lo montan con un hackamore hasta que esté dócil y luego lo sujetan gradualmente hasta las bridas mientras todavía usa el hackamore, tendrá buena boca o, en otras palabras, será un caballo con un "buen gobierno". Sólo aquellos que han atado caballos salvajes y ganado a caballo saben lo importante que es esto. Lo que llamamos un caballo bien rienda girará hacia la derecha o hacia la izquierda simplemente con la presión de las riendas contra su cuello, y se detendrá con un tirón de poco más que el peso de las riendas.

Pero volvamos al doma de caballos. Cuando estén puestos tanto el tapojo como el hackamore, y el tapojo esté bien abajo y cubriéndole los ojos, los vaqueros aflojarán las riatas y le dejarán volver a ponerse en pie. Mientras tenga los ojos cubiertos, no se moverá mucho y es fácil ensillarlo. Te sorprendería lo bien que sujetarán el sillín. Pero los cordones apretados no son sólo el estilo, sino También es una necesidad en este negocio, porque probablemente hará todo lo que esté en su poder para quitarle al hombre y la silla, y si la silla se va, por supuesto que el hombre también.

Tan pronto como la silla esté ceñida y asegurada lo más posible, y las riendas del hackamore ajustadas al largo adecuado, el vaquero que ha de montarlo levantará el tapojo y se dejará ver. Luego, tan pronto como se suba la persiana, probablemente dará un escalofrío y un chillido, su cabeza caerá justo entre sus patas delanteras y hará todo lo que pueda para arrancar la silla. Sin embargo, probablemente lo llevarán fuera de la puerta, donde gradualmente se acercarán a él nuevamente y le bajarán la persiana sobre los ojos. Luego, el hombre golpeará el asiento de la silla una o dos veces, luego deslizará hábilmente el dedo del pie en el estribo y se subirá a la silla. Probablemente ajustará firmemente la cuerda de su sombrero debajo de su barbilla, tomará el rollo de su cuerda de crin y la mano derecha rienda en su mano derecha, luego con su mano izquierda se extenderá hacia adelante y levantará el tapojo. Tan pronto como se levanta la persiana, el caballo puede hacer una de varias cosas. Lo más probable es que, al ver por primera vez al hombre sobre su espalda, su columna se encorve y su cabeza entre las rodillas, y se sacudirá y chillará en cada salto, tal vez manteniéndolo así hasta que la nariz del jinete sangre. El terrible temblor y el caballo empapado de sudor. En estas condiciones, el jinete probablemente utilizará el látigo y las espuelas, no como suelen pensar los "pies tiernos", sólo para castigar al caballo, sino para que deje de corcovear y se ponga a correr. Si puede lograr que se ponga a correr, pronto puede cansarlo y dejarlo sin aliento hasta el punto de que no le quedará mucho dinero. Después de unas horas de este tipo de asuntos, y de muchos tirones fuertes por parte del jinete, primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda para enseñarle a guiar, probablemente le quitará la silla y lo dejará ir hasta el día siguiente. .

Pero si un caballo se resiste mucho la primera vez que lo montan, probablemente lo hará más fuerte la segunda vez, por lo que probablemente habrá mucha diversión por la mañana.

He dicho que cuando se levanta la persiana por primera vez, el caballo puede hacer una de varias cosas, y que lo más probable es que se corcovee. Pero puede que haga algo mucho peor. Puede ponerse de mal humor y negarse a moverse, y tan pronto como el jinete lo insta puede encabritarse y caer hacia atrás, y esto tan rápido que un hombre que no sea tan rápido como un gato seguramente quedaría atrapado debajo de él y terriblemente aplastado. Sin embargo, el tipo de ciclista sobre el que escribo no es fácil de atrapar. Tan pronto como ve que el caballo está erguido sobre sus patas traseras y todavía regresa, apoya una mano en el asta de la silla, le da un empujón rápido y salta hacia atrás, aterrizando ágilmente sobre sus pies con la cuerda en sus manos. manos listas para impedir que su caballo se escape con la silla, tan pronto como el feroz bruto se recupere. Dejar que un caballo se escapara con la silla era algo imperdonable para un vaquero (porque un caballo suelto con la silla puesta haría estampar a todos los caballos sueltos del rancho).

A veces, sin embargo, un verdadero caballo salvaje comienza sin corcovearse, caerse o hacer algo malo, pero esto es muy excepcional. Sin embargo, cuando un caballo puede ser dócil sin dejarle aprender ninguno de estos malos hábitos, después será un caballo mucho mejor. Porque estos malos hábitos aprendidos nunca se olvidan después, y es posible que él los pruebe alguna mañana fría, incluso después de que usted piense que es perfectamente amable.

Recuerdo que cuando era pequeño, mi padre solía montar un caballito que le había prestado el tío Robert. Aparentemente era todo lo gentil que puede ser un caballo, y mi padre solía ensillarlo todas las mañanas y salir a ver el ganado. Una noche tuvimos una ducha bastante fuerte y por la mañana mi padre sacó su caballo, cuando estaba mojado y frío, y lo ensilló. Como lo consideraba perfectamente manso, montó sin sacarlo de donde estaba mientras lo ensillaban. El resultado fue que mi padre cayó derribado y se rompió la clavícula. El caballo simplemente recordó algunos de sus viejos trucos y los intentó esa mañana porque estaba mojado y frío.

Ahora bien, el hombre promedio, o incluso la mujer que conoces, que ha montado caballos mansos, o quizás ha montado un potro que había sido criado de manera gentil en el granero, cree firmemente que él o ella podría montar cualquier caballo. Aunque es posible que hayan visto algunos caballos corcovear un poco en un espectáculo o algo así, creen que sería fácil quedarse con ellos. Pero quiero decirle al hombre o mujer promedio que si un caballo realmente se resiste a ti, te irá bien si todavía estás boca arriba al final del segundo salto. Ser capaz de montar a caballo es algo que sólo se adquiere con una larga práctica y duras experiencias.

II

Nosotros, los niños, mis hermanos y yo, vimos tanto del tipo de vida que he estado describiendo cuando aún éramos demasiado jóvenes para participar en ella, que no es extraño que nuestras mentes jóvenes rcasi exclusivamente a ese tipo de cosas.

En lugar de jugar a diversos tipos de juegos como lo hacen otros niños hoy en día, jugábamos a montar caballos salvajes y a atar ganado salvaje. Es cierto que nuestros caballos eran caballos de palo. Pero cada uno de nosotros teníamos nuestro “caponero” o banco de ellos. El tipo de trabajo que hacíamos pronto hacía que un caballo se cansara o fuera demasiado lento para el trabajo, por lo que cambiábamos de caballo con frecuencia. Y cada caballo que montamos se resistió o cayó hacia atrás, tal vez ambas cosas.

El comportamiento de nuestros caballos siempre estuvo regido por el comportamiento de los caballos reales que vimos montados. Si viéramos a un vaquero montado en un caballo salvaje y corcoveaba debajo de un árbol y tiraba al hombre contra una rama baja, o corría a través de un huerto de cactus, o sobre un montón de madera, o a través de un agujero de barro, el siguiente palo El caballo que montábamos invariablemente corría bajo un árbol y arrancaba al jinete, o atravesaba un huerto de cactus, o sobre una pila de leña, o a través de un agujero de barro, o cualquier cosa que hubiera hecho un caballo de verdad.

Nuestros caballos estaban formados por los palos más rectos que pudimos cortar a lo largo de los arroyos; de media a tres cuartos de pulgada de espesor y de cuatro y medio a seis pies de largo. Cada uno de nosotros tenía un gran paquete de ellos. Y había una serie de animales especialmente feroces en la cadena de cada individuo. Recuerdo como si fuera ayer, cómo salíamos una mañana al lugar donde guardamos nuestros caballos, y cada uno escogía una montura para el trabajo de la mañana. Cómo haríamos los movimientos de ensillar, con muchos subirnos los pantalones mientras lo hacíamos. Luego hay que darle un par de palmadas a la silla después de haberla bien ceñida. (Por supuesto, la parte de la silla de montar era estrictamente imaginaria). Luego hay que levantarle la persiana de los ojos, conducirlo unos cuantos metros y darle la vuelta brevemente para quitarle las torceduras. Luego, después de mucho esfuerzo, nos acercábamos lo suficiente a él para bajar nuevamente la persiana imaginaria que cubría

sus ojos. Luego, enrollando nuestras cuerdas con cuidado y con otro nudo en nuestros pantalones (esta parte era muy importante) nos colmábamos en la silla. Cuando teníamos todo bien ajustado, nos acercábamos y subíamos la persiana. ¡Oh! Se producían corcoveos, chillidos y carreras, y algunos se tiraban de costado, costumbre ésta última que era mala para romper los estribos, además de requerir gran habilidad por parte del jinete para apartarse rápidamente del camino. para evitar ser lastimado. Pero casi siempre nos libramos de estos malos actores.

Entre los hombres que montaban malos caballos, se consideraba una vergüenza ser lastimado por un mal caballo; porque se consideraba falta de habilidad dejar que un caballo se apoderara de ti y te hiciera daño de cualquier manera. Entonces los muchachos teníamos mucho cuidado de no dejar que nos lastimaran. Pero de todos modos, con frecuencia nos encontramos en situaciones terriblemente peligrosas, cuando un caballo, que aún no tenía las bridas, corría bajo un árbol, o cuando un caballo de repente se puso a corcovear cuando teníamos atado a un gran toro salvaje y atrapó a uno de nosotros. enredado en la riata.

La parte más preciada de nuestro equipo era nuestra riata. Cualquier tipo de cuerda que sirviera para tales propósitos era tremendamente escasa y difícil de conseguir. Pero mi padre usó mucha cuerda alquitranada llamada “marlin” para atar los postes al hacer la cerca que describí en el capítulo anterior. Este marlin tenía aproximadamente un cuarto de pulgada de diámetro y era muy fuerte. Estaba estrictamente en contra de las reglas que nosotros, los muchachos, tomáramos algo de esto, pero con reglas o sin reglas, algo así se debe tener, y se tuvo. Un trozo de marlín de unos seis metros de largo con una soga era la riata más fina que cualquier joven vaquero podría desear, y mi padre no siempre podía estar alerta. Mi madre tenía un largo tendedero de cuerda de cáñamo extendido desde la esquina de la casa hasta la esquina del gallinero, unos veinticinco metros tal vez. También tenía una cuerda más corta: unos ocho metros, tal vez, de pequeña cuerda de algodón. Solíamos mirar con ojos anhelantes la pequeña cuerda de algodón y pensar que sería una riata. Pero a mí no se me ocurriría tomarlo más de lo que lo haría ahora en bajar y robarle las botas a un policía. Así que imaginen mi sorpresa un día, cuando uno del grupo – cuyo nombre no revelaré – apareció en una redada que estábamos teniendo, con esta cuerda de algodón. Le hicieron una soga para correr, y seguro que era todo lo que se podía desear cuando un niño hablaba de lo que le gustaría tener como riata. El resto de nosotros cabalgamos a su alrededor y lo admiramos con perfecto asombro. “Pero mamá te obligará a traer eso de vuelta”, dijimos todos al unísono. “¡Oh! No, no lo hará”, dijo, “tiene cinco veces más tendedero del que necesita y nunca le faltará esta pequeña pieza.

Todos pensamos que era un gran honor tener una riata tan excelente en nuestra reunión, pero nuestros honores duraron poco. Esa misma noche, mi madre preguntó qué había sido de su tendedero de algodón. Y hubo que traerlo de vuelta y ponerlo de nuevo, tal como había estado antes. Y a todos nos dijeron lo que nos pasaría a todos si alguna vez volviera a desaparecer. Después que el placer que nos daba aquella cuerda lo obteníamos admirándola donde colgaba cumpliendo su función de miserable tendedero.

Nuestro ganado consistía en varios trozos viejos de madera seca y varios tocones viejos y podridos que podían ser arrastrados desde las colinas y cañones circundantes. Pero lo mejor de todo eran las viejas cabezas blanqueadas de ganado muerto que yacían en el lugar donde habían muerto durante los años secos del pasado. Estos, con los cuernos largos y torcidos todavía sobre ellos, eran simplemente ideales. Poder decirles a los otros compañeros que había un novillo tuyo corriendo por cierto cañón, y preguntarles si tenían tiempo para subir y ayudar a traerlo, fue suficiente para traer alegría a los corazones de los toda la pandilla. Luego estaría ensillar nuestros mejores caballos; no hay caballos medio domados para este tipo de trabajo. Y todos cabalgábamos y nos acercábamos a él de manera que impidiéramos que se metiera en la maleza, antes de que alguien pudiera darle una riata. Entonces, el tipo que le puso la primera cuerda se dirigió hacia su casa a toda velocidad, con el novillo grande, salvaje y

de largos cuernos persiguiéndolo frenéticamente. Y era tarea de los otros compañeros ponerle sus riatas lo más rápido posible y colgarlo entre nosotros para evitar que pusiera cuernos a alguno de los caballos. De esta manera lo trajimos bramando y peleando, y después de derribarlo y quitarle las riatas, había que pastorearlo con cuidado con las demás reses que se habían traído en ocasiones anteriores. Habíamos visto muchas veces a los verdaderos vaqueros arrojando ganado bravo para quitarles las riatas. Esto se hace cuando desean soltar un novillo; es decir, atado por el cuello o los cuernos, por otro hombre atando sus dos patas traseras, y con un caballo tirando en una dirección y el otro tirando en la dirección opuesta, pronto cae de costado. Entonces el que tiene las patas traseras se acercará bastante a él y, dando varias vueltas alrededor del asta de la silla, frenará su caballo sobre sus ancas y evitará que el novillo se levante, mientras el otro aflojará sus patas. riata, cabalga cerca, desmonta y rápidamente le quita la soga del cuello o los cuernos. Entonces no perderá tiempo en volver a montar, porque el novillo tendrá dificultades para levantarse, y si lo hace, es un lugar muy peligroso para ser atrapado a pie. Tan pronto como el hombre que desmontó para quitar la riata de la cabeza del novillo esté de nuevo en la silla, el hombre que lo sujeta por los pies aflojará su riata, y el animal se levantará inmediatamente y seguramente estará en pie. La lucha es muy seria ahora, por lo que todos deben mantenerse fuera de su camino. Si podemos recuperarlo junto con muchas otras reses, pronto se calmará, por lo general.

Otra cosa que se hacía a menudo al lanzar un animal para quitarle las riatas (sobre todo si había mucha gente a caballo) era dejar subir el timón en el instante en que el hombre desmontado le arrancaba la riata de la cabeza. Por supuesto, el novillo estaría en pie y detrás del hombre de a pie en un instante, y el pobre hombre tendría que correr hacia su caballo y montarlo en la carrera, en medio de los gritos y risas de la multitud. He visto este truco muchas veces, pero siempre lo consideré demasiado peligroso para ser divertido.

Nosotros, los niños pequeños, sin embargo, nos divertíamos muchísimo dejando que nuestros novillos salvajes imaginarios se levantaran y persiguieran al tipo que estaba fuera de su caballo. Y se hicieron muchas monturas voladoras, después de arrancar las riatas de alguna cabeza de vaca vieja y decolorada.

Cada uno de nosotros teníamos nuestra casa ranchera. Había muchos grandes arbustos verdes o grupos de arbustos en los diversos cañones, y cada individuo había elegido uno de ellos como su rancho. Donde corre mucho ganado, casi siempre tienen todos los grupos de arbustos podados debajo, donde se encuentran en climas cálidos y cuando las moscas son malas. Por lo tanto, los niños podíamos caminar bajo el espeso follaje de estos arbustos y constituían hermosas "casas de rancho".

También teníamos varios vecinos imaginarios que vivían debajo de otros arbustos. Todos estaban nombrados, y algunos eran buenos vecinos, y otros eran casos muy duros, que acorralaban nuestro ganado y nos cobraban grandes daños, sin razón alguna. Estaba el "Viejo Jack", que vivía bajo un arbusto de zumaque en lo que se conocía como White Hill. También tenía ganado y era un anciano bastante decente. Luego estaba el "Viejo Dick". No criaba ganado, pero era bastante buen vecino. Vivía bajo un árbol de acebo cerca del Cañón de los Buzzards. Pero el "Viejo Stewart", que vivía bajo un grupo de arbustos de caoba de montaña, en el lado norte, era una mala persona y nos causó muchos problemas. Con frecuencia encontrábamos ganado y caballos nuestros que habían sido fusilados por el "Viejo Stewart". Muchos fueron los planes que trazamos para vengarnos de él, y muchas piedras fueron lanzadas contra su casa mientras pasábamos. Luego estaba el "Viejo Conafony". Vivió en Mushroom Canyon y fue un buen tipo durante un tiempo, pero más tarde adquirió la costumbre de molestarnos.

n de varias maneras, y finalmente llegó a asociarse con "Old Stewart". Después de eso ya no tendríamos nada que ver con él.

Ahora pienso a menudo en lo reales que eran para nosotros estos personajes imaginarios. Hablamos de

ellos como si realmente hubieran vivido bajo esos arbustos. Hablamos de haber conocido a uno u otro de ellos mientras cabalgábamos. Y a veces uno de nosotros les contaba a los demás que había visto tal o cual caballo o vaca a quien el "Viejo Stewart" había disparado. Todos eran viejos. Parece extraño que simples niños, como éramos nosotros, hablemos de personajes imaginarios que eran todos viejos, pero así era.

Creo que fue en 1872 (cuando yo tenía cinco años) que se organizó un distrito escolar en nuestro barrio. Se llamaba Distrito Esperanza. El límite sur del distrito era lo que entonces se conocía como San Elijo Creek, que se abre hacia el Océano Pacífico, justo al sur de lo que ahora es la ciudad de Cardiff. El límite occidental era el océano. El límite norte era el arroyo Agua Hedionda, que desemboca en el océano justo al sur de lo que hoy es Carlsbad. No sé hasta qué punto hacia el este llegaba el distrito. No creo que hubiera otros distritos despedidos en ese momento al este de nosotros, a menos que fuera Juliano. Y no estoy seguro de que hubiera uno allí tan temprano, aunque es posible que lo haya habido. Había una escuela en San Luis Rey, a doce millas al norte de nosotros. Creo que se organizó aproximadamente al mismo tiempo que nuestro distrito. Los vecinos se reunieron y construyeron una pequeña escuela de madera tosca. Creo que tenía catorce pies cuadrados, con una puerta y dos ventanas pequeñas, y sin más piso que tierra. Sólo tres familias enviaron a sus hijos a la escuela, pero esas tres enviaron a veinticinco. Estas familias las nombraré: El señor y la señora Feeler vivían en lo que ahora se llama Green Valley y tenían nueve hijos, aunque algunos de ellos ciertamente tenían no menos de veintiún años de edad. El señor y la señora Adams vivían aproximadamente a una milla al este de lo que ahora se conoce como la laguna o pantano de San Marcos (Bataquitos). Enviaron nueve. Nuestra familia estuvo representada por siete. De modo que está claro que no hubo suicidio racial entre aquellas antiguas familias pioneras.

Esa pequeña escuela era bastante tosca con su piso de tierra. Recuerdo muy bien que cuando era un niño muy pequeño, teníamos como maestro a un viejo malhumorado que a ninguno de nosotros le gustaba mucho. Las pulgas se ponían bastante feas en el polvo del suelo de tierra y parecían molestarle más que a los alumnos. Solía tirar agua al suelo para ahuyentar las pulgas, y nosotros, los niños pequeños (que íbamos todos descalzos), recogíamos la arcilla mojada con los dedos de los pies, hacíamos bolas de barro y, cuando pensábamos que el maestro no miraba, las tirábamos por el suelo. habitación a alguien. También puedo dar testimonio del hecho de que a veces, cuando pensábamos que el maestro no miraba, nos equivocábamos. Seguramente tenía una manera de "tratarlos duro".

En 1877 se construyó una ampliación de unos diez o doce pies en la parte trasera, cavando en la colina para conseguir espacio. El maestro (un hombre muy amable llamado Sr. Kay) con la ayuda de los alumnos hizo todo el trabajo de construcción de la ampliación. Si el pequeño edificio parecía tosco antes, lucía aún peor después de que se le hizo esa ampliación. Hubo que cavar la colina para que hubiera un talud de varios pies de altura en la parte trasera, y la tierra se arrojó en grandes montones a los lados, lo que hizo que la pobrecita pareciera una casita que surgía de la colina. Esa fue la única escuela a la que asistí.

En 1872, el tío Robert decidió que tenía en su campo muchos más caballos de los que necesitaba y trató de vender varios cientos de cabezas. La mejor oferta que pudo conseguir por ellos fue nueve dólares por cabeza. Y esa oferta era de un hombre que tenía un contrato con el gobierno de Estados Unidos para suministrar carne para alimentar a los indios apaches en Arizona. Esos indios preferirían, o más bien, comer carne de caballo que ser abastecidos con carne de res de cualquier tipo. El tío Robert se negó a aceptar la oferta de este hombre de nueve dólares por cabeza y decidió llevar un grupo de caballos y mulas a Sale Lake City, en Utah, donde le habían dicho que había una venta lista para ellos entre los mormones.

Como el tío tenía una gran cantidad de acciones que cuidar y un buen número de hombres a su servicio,

le resultó imposible ir con este viaje a Salt Lake. Así que puso a mi padre a cargo de la campaña.

Creo que fue en abril de 1872 que comenzaron con cuatrocientas cabezas de yeguas, mulas y crías. Planeaban hacer el viaje en tres meses y regresar en cuatro meses como máximo. Pero tuvieron todo tipo de problemas, con falta de alimento y el ganado empobreciendo y decayendo. Tuvieron que detenerse varias veces donde encontraron buenos pastos y dejaron que el ganado se alimentara por un tiempo. Cuando llegó el invierno, estaban en el centro de Nevada, cerca de la ciudad de Austin. Allí los inviernos son muy fríos y hay mucha nieve. Construyeron una cabaña de troncos y se instalaron en ese lugar para pasar el invierno. En la primavera, el ganado era tan pobre por haber pasado por el duro invierno, y el alimento llegaba tan tarde, en el col.

d, parte sombría del país, que era verano antes de que pudieran comenzar. Por supuesto, sabían que no habría venta para las existencias deficientes y que debían llevarlas a su destino en buenas condiciones si esperaban venderlas. El resultado fue que mi padre no regresó hasta el otoño de 1873, y estuvo fuera dieciocho meses, en lugar de cuatro, como se esperaba.

La madre se quedó en el rancho todo ese tiempo con los niños y sin ningún hombre que la ayudara con el trabajo del rancho. Mi hermano mayor, Matt, viajaba para el tío Robert y tenía entonces unos dieciséis años. El hermano Charley era el hijo mayor que tenía con ella y tenía unos diez años. El tío se encargó, como había acordado antes de que mi padre se fuera, de que la familia tuviera suficiente para comer, pero sé que fue una gran dificultad para mi madre que la dejaran en un lugar tan apartado, con una familia así. gran familia que cuidar.

Mi padre regresó hasta San Francisco en tren y de allí en vapor hasta San Diego. (No había ferrocarril en esta parte del estado en ese momento. Había una línea de diligencia entre San Diego y Los Ángeles, y la carretera discurría aproximadamente una milla y media al oeste de nuestra casa. Mi padre salía de San Diego en esa línea de diligencia, y pasó por nuestra casa alrededor de las diez de la noche. El correo era muy incierto en esta parte del mundo en esos días, y mi madre no sabía exactamente cuándo regresaría mi padre. Recuerdo, como si fuera ayer, que un vecino, el señor Johnson, vino a nuestra casa una mañana y le mostró a mi madre un periódico de San Diego en el que había una lista de nombres de pasajeros que venían de San Francisco en vapor. Y entre esos nombres estaba el nombre de Matthew Kelly. Recuerdo cómo mi madre lloró de alegría ante la buena noticia y cómo planeamos caminar todos la milla y media hasta el camino del escenario, la noche en que pensábamos que él. Llegaríamos a casa. Allí encendíamos un gran fuego de leña seca y nos sentábamos alrededor de él a esperar desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, cuando llegaba la diligencia. Y mi padre saltó del escenario antes de que el conductor pudiera detenerlo. Era una familia feliz la que caminaba de regreso por ese valle esa noche, con mi padre cargando a mi hermana pequeña (que nació un año después de nuestra llegada a este país).

III

A partir de ese momento, según lo recuerdo, hubo un cambio en nuestras vidas, es decir, en las vidas de los niños más pequeños. Ahora éramos lo suficientemente mayores para empezar a montar caballos de verdad: viejos y amables, por supuesto, pero caballos de verdad de todos modos y, por supuesto, el caballo de palo era cosa del pasado. Más tarde pasé muchos años cabalgando en el campo y monté todo tipo de caballos, buenos, malos, salvajes y gentiles. Y recuerdo esos años como felices, aunque hubo muchas dificultades relacionadas necesariamente con una vida así. Pero (y lo digo con toda seriedad) el placer de montar caballos reales era manso en comparación con el placer de montar caballos salvajes recién cortados de un sauce.

Después de que mi padre regresó a casa de su viaje a Salt Lake, estuvo bastante ocupado con el trabajo

en el rancho, arreglando las cosas y limpiando algunos terrenos de maleza y tocones.

No era una buena mano para el trabajo en el rancho y, por lo general, hacía un trabajo de una manera que lo hacía lo más difícil posible. Los niños íbamos a la escuela en la pequeña escuela que he descrito y ayudamos a Padre por las mañanas y por las tardes y también los sábados con el trabajo en el rancho. Teníamos de seis a ocho meses de escuela cada año, pero las escuelas no estaban calificadas en ese entonces. Cada nuevo maestro que conseguimos nos probó lo mejor que pudo después de preguntar a cada niño o niña dónde habían estado en sus estudios el trimestre anterior y, según lo recuerdo, con frecuencia nos hacían comenzar atrás de donde habíamos estado durante el semestre. término anterior. Por supuesto, las escuelas rurales como las que teníamos eran muy toscas y, en el mejor de los casos, mal administradas. Algunos de los maestros que teníamos habrían sido mucho mejores trabajadores agrícolas que maestros.

Sin embargo, cuando tenía diez años tuve que dejar la escuela para cuidar de un rebaño de ovejas y cabras que teníamos. Antes de esto las ovejas y las cabras habían vagado por los cerros a su antojo, y el único cuidado que teníamos con ellas era vigilar que por la noche las acorralaran. Pero por esa época no pudieron venir una noche, y a la mañana siguiente faltaban ocho cabezas. El padre y el hermano Charley salieron a caballo y encontraron las ocho cabezas muertas, donde habían sido asesinadas por animales salvajes. El padre estaba muy preocupado por esta pérdida y dijo que de ahora en adelante tendrían que ser guiados por uno de los niños. No recuerdo cómo se decidió, pero fui elegido para cuidar de las ovejas y las cabras durante el resto del semestre escolar. El tío Robert dijo que probablemente había sido un puma el que había matado a las cabras, y mi madre estaba muy preocupada de que me llevara. El tío Robert, sin embargo, me aseguró que no habría peligro de que el león me molestara.

A la mayoría de la gente ahora le parecería que un niño de diez años era bastante pequeño para llevar una escopeta de dos cañones, pero yo había sido n disparando a uno durante uno o dos años y se consideró un tiro bastante bueno. Creo que esto, más que cualquier otra cosa, fue lo que hizo que mi padre decidiera poner las ovejas y las cabras a mi cargo. Recuerdo como si fuera ayer su decisión de que "Johnny" fuera quien se hiciera cargo de las ovejas y las cabras. Por mi parte, me sentí muy honrado de haber sido seleccionado para el puesto. Recuerdo cómo mi padre me ayudó a cargar un cañón de la vieja escopeta de avancarga con seis balas de pistola y el otro cañón con perdigones. Me dijeron que podía disparar a codornices o conejos con el cañón cargado con perdigones, tantas veces como quisiera, pero que siempre debía tener el cañón derecho cargado con balas de pistola calibre treinta y seis, en reserva para disparar. usado sólo en algún animal que estaba atacando a las ovejas o cabras. Mi madre se preocupó mucho por miedo a que me llevara un puma, pero yo me sentí muy honrado de haber sido seleccionado para este trabajo, mientras los otros niños tenían que ir a la escuela. Recuerdo que pensé que mamá era muy tonta al preocuparse de que cualquier animal salvaje me llevara mientras estaba tan bien armado y, en mi opinión, tan bien capaz de cuidar de mí mismo.

A menudo pienso ahora cuánto me preocuparía si mi hijo, que tiene once años y es muy grande para su edad, estuviera en las colinas en condiciones similares. Pero luego me sentí muy honrado de haber sido seleccionado para un puesto tan importante, mientras mis hermanos tenían que ir a la escuela. Tenía un pequeño terrier escocés que se llamaba Leach. (El hombre de quien lo conseguimos lo había llamado Leach porque se parecía mucho a un pequeño abogado con ese nombre, que ejercía en los tribunales de San Diego en aquellos días y siempre estaba deseando pelear). Decir que Leach pelearía contra su El peso de los gatos monteses era muy leve. (Ahora estoy hablando de Leach, el terrier escocés). Lo he visto pelear varias veces con su peso en gatos monteses, y los gatos monteses también se alegraron de tener la oportunidad de suspender la pelea en el momento en que tuvieron la oportunidad. para hacerlo. Leach había sido entrenado por alguien que lo había poseído antes que nosotros, como perro de caza. Y era el mejor perro perdiguero que jamás haya visto. En aquella época había miles de codornices en esta parte del país, y era fácil matar unas cuantas docenas.

Las viejas escopetas de avancarga que teníamos eran tan malas para dispersar el tiro que no podíamos depender de que mataran nada con perdigones a una distancia mayor de veinticinco yardas. No

intentamos disparar por las bandas muy a menudo. Solíamos pensar que debíamos cazar al menos tres codornices de un tiro. Menos de tres de un tiro se consideraba simplemente tirar munición. Cinco o seis tiros se consideraban muy buenos, y ocho a doce era un tiro inusualmente bueno. Una vez maté diecinueve codornices con un disparo del cañón de una escopeta del número doce. En los cientos de veces que disparé contra grandes bandadas de codornices, esta fue la única vez que maté cerca de ese número. Creo que doce fue lo mejor que había logrado en cualquier otro tiro, aunque he conseguido ese número muchas veces. No tengo ninguna duda de que a muchas personas les resultaría difícil creer que las codornices fueran tan abundantes en esta parte del país como para que un simple niño pudiera matar una docena de un tiro con las pobres armas que teníamos en aquellos días. Pero cualquier “veterano” le dirá que decir que se pueden ver miles de codornices sería decirlo suavemente. Luego están los llamados verdaderos deportistas que sólo disparan a sus codornices cuando están en vuelo, y que les dirán que disparar a las codornices en el suelo fue una destrucción sin sentido de la caza. El mismo verdadero deportista saldrá y disparará a cada codorniz que vuele, esté o no al alcance de su arma, y herirá a muchas más codornices de las que matará, con toda probabilidad.

Cuando íbamos a cazar cuando éramos niños, con nuestras viejas armas de avancarga, permitíamos que muchas bandadas se fueran volando antes de tener lo que pensábamos que era una buena oportunidad para disparar. Y dudo que hayamos herido a una codorniz cuando el llamado verdadero deportista hirió a tres. Rara vez cazábamos simplemente por el deporte que implicaba, sino más bien con la idea de conseguir algo para abastecer de carne la mesa de casa. Y donde en la mesa había de ocho a diez personas como en nuestra familia, una docena o dos de codornices no duraban mucho.

Pero comencé a contarles sobre mi perrito Leach como perro perdiguero. Cuando me veía preparando el arma y las municiones, sabía que había una cacería. Y estaría tan entusiasmado y ansioso por empezar que estaría temblando por todas partes. Cuando finalmente me puse el arma al hombro y comencé a caminar, Leach ocupaba su lugar a unos tres pies detrás de mis talones y mantenía esa posición a través de matorrales, cactus o cualquier otro tipo de terreno. Sus pequeños ojos vigilantes estaban sobre mí todo el tiempo, y cuando me veía agacharme para acercarme sigilosamente a una bandada de codornices, se escabullía hasta que su barriga casi tocaba el suelo y se arrastraba. En el instante en que el arma cruje Él se adelantaría, lleno de emoción, y si hubiera alguna codorniz herida, es decir, una codorniz con el ala rota pero aún capaz de correr con gran rapidez, Leach se ocuparía de capturarlas y me permitiría recoger los que estaban muertos. Si había varios pájaros heridos, corría tras uno, lo cogía con su boquita y corría orgulloso hacia mí con él, y tan pronto como se lo quitaba, corría tras otro y regresaba corriendo con él. . Luego, cuando aparentemente habíamos reunido a todos los muertos o heridos, él hacía varias vueltas por todo el lugar para ver si había más pájaros heridos escondidos entre la maleza o los arbustos. Y frecuentemente regresaba orgulloso con otra codorniz en la boca después de que yo suponía que ya teníamos a todos los muertos o heridos. Tan pronto como comencé, él volvió a colocarse detrás de mis talones, listo para lanzarse al siguiente disparo. Desde entonces he visto muchos perros de caza excelentes: pointers, setters y otros tipos diferentes, pero estoy seguro de que nunca he visto uno mejor ni más fiel que el pequeño terrier escocés cuyo nombre era Leach. Si salía sin mi arma, Leach me perseguía entre los arbustos como suelen hacer otros perros, ahuyentando conejos y ocasionalmente atrapando una ardilla terrestre o alguna otra presa menor, pero cuando yo tenía mi arma, él conocía su lugar y lo mantuvo – justo detrás de mis talones.

Una mañana muy brumosa, estaba dejando que mi rebaño de ovejas y cabras pastase entre los arbustos de una ladera, cuando de repente vi, a sólo unos metros delante de mí, un gran gato montés o gato montés que luchaba con una cabra medio crecida y trataba de arrástrelo hacia abajo. Tenía mi escopeta de dos cañones, uno cargado con balas de pistola calibre treinta y seis y el otro cargado con perdigones número siete para codornices o conejos. En lugar de disparar de inmediato, como supongo que debería haber hecho, lo que probablemente habría matado tanto a la cabra como al gato montés, me apresuré a gritarle, pero con mi arma lista para dispararle en el instante en que se separara de la cabra. Sin embargo, aproximadamente en esta etapa del juego, Leach de repente pasó corriendo junto a mí y saltó sobre el gato. Antes había tenido miedo de disparar por miedo a matar a la cabra, y ahora no podía disparar por miedo a matar a mi fiel perrito.

El gran gato montés era mucho más grande que Leach, pero ¿qué tiene que ver el tamaño con eso cuando un terrier escocés ve una posibilidad de pelea? Todo lo que podía ver era una masa rodante de perros y gatos monteses atrapados en un combate mortal y antes de que pudiera hacer algo estaban rodando por la empinada ladera bajo una espesa maleza. Corrí entre la maleza lo más rápido que pude en un intento de llegar a ellos a tiempo para salvar la vida de mi perrito, ya que pensé que el gran gato montés seguramente lo mataría. Pero el cepillo de roble era tan espeso que me resultó muy difícil abrirme paso. Para cuando llegué a donde podía ver la pelea nuevamente, el gato montés evidentemente había tenido toda la pelea que quería, pero en ese momento logró soltarse y corrió colina abajo con Leach persiguiéndolo. Tuve que regresar corriendo para reunir a mi rebaño, ya que estaban muy asustados porque el gato atacó a uno de ellos. Hice que los reunieran y los calmaban nuevamente y después de un tiempo, Leach regresó del cañón cubierto de maleza en una condición terriblemente exhausta. Corrí hacia él para ver si estaba gravemente herido. Había mucha sangre alrededor de su cabeza y pude ver que tenía varios rasguños en la nariz y las orejas, pero cuando lo puse boca arriba, su pequeño vientre era una masa perfecta de largos rasguños de las garras del gran felino. Sin embargo, cada herida en él era una prueba de que había mantenido la cara hacia el enemigo. No hubo heridas en su espalda.

Mientras pastoreaba ovejas y cabras, solía dedicar mucho tiempo a hacer varias cosas, especialmente cosas para usar en la caza, como cuernos de pólvora y cuerdas trenzadas para colgar los cuernos de pólvora y los cuernos de perdigones sobre mis hombros. Mi padre me había hecho una oferta permanente de un dólar por cada coyote o gato montés que pudiera matar. Como el dinero era algo muy escaso entre los muchachos en aquellos días, tenía grandes esperanzas de que algún día realmente podría matar un coyote o un gato montés. Sin embargo, estoy bastante seguro de que la recompensa en dólares, aunque muy atractiva, no fue ni la mitad de incentivo que la esperanza de traer a casa un coyote o un gato que yo mismo había matado. Recuerdo que un día estaba sentado a la sombra de un arbusto ocupado raspando un cuerno de pólvora que estaba haciendo cuando escuché el cascabel de las cabras sonar como cuando salen a correr. Mi arma estaba justo a mi lado. Me levanté para ver qué era lo que asustaba a las cabras cuando un coyote grande pasó corriendo a dos o tres metros de mí. Se dirigía directamente hacia las cabras y no me había oído ni visto mientras estaba sentado a la sombra del arbusto. Salté hacia mi arma, pero evidentemente él me escuchó, porque antes de que pudiera salir donde podría haberle disparado, él estaba fuera de alcance y yendo como una racha. Me había sentado durante horas en muchosEn ocasiones esperaba que un coyote se acercara al alcance de mi arma, y ahora, justo cuando estaba con la guardia baja, él había venido y me había sorprendido durmiendo una siesta. Durante varias semanas inmediatamente después, habría sido difícil para cualquier animal acercarse a mi arma sin que yo lo viera.

Un día, al final de la tarde, cuando mi rebaño apenas comenzaba a alimentarse, después de estar a la sombra cerca del agua durante el calor del día, miré hacia el oeste y vi lo que pensé que era un coyote que se acercaba. entre algunos matorrales bajos y maleza alta. Él venía directamente hacia mí, y evidentemente tenía la intención de acercarse sigilosamente a las cabras y ovejas que se alimentaban en el lado opuesto de donde él estaba. Evidentemente todavía no me había visto, y sólo pude vislumbrarlo ocasionalmente mientras atravesaba la maleza baja. Había un viejo tocón de sauce seco, probablemente de cuarenta y cinco centímetros de diámetro y unos cuatro pies de alto, en la orilla del arroyo, muy cerca de donde yo estaba. Muy silenciosamente me deslicé detrás de este muñón y apoyé mi arma en él, mientras esperaba que él estuviera a mi alcance. Había desaparecido de mi vista aproximadamente en ese momento porque la maleza baja a través de la cual se acercaba era un poco más alta que ahora y lo ocultaba completamente de la vista. De repente salió de entre la maleza y las semanas altas a una distancia de unos sesenta o setenta metros de mí y para mi sorpresa vi que no era un coyote, ni un gato montés, pues era mucho más largo y más grande que uno de estos animales. . Inmediatamente decidí que era un puma, aunque nunca antes había visto uno. Era del tipo de los gatos y tenía una cola larga. Tan pronto como decidí que era un león, concluí que estaba lo suficientemente cerca, aunque sin duda se habría acercado a unos pocos metros de mí si me hubiera quedado quieto y no lo hubiera molestado,

porque qué brisa había. venía directamente de él hacia mí, por lo que no podría haberme olido. Sin embargo, él estaba lo suficientemente cerca y decidí hacerle saber que estaba allí, así que apunté deliberadamente y le di el contenido del cañón de mi arma que estaba cargada con balas de pistola. Supongo que si lo hubiera dejado acercarse a aproximadamente la mitad de la distancia que estaba cuando disparé, lo habría matado. Pero tal como estaban las cosas, ante el disparo de mi arma, se dio la vuelta y la maleza baja y la maleza que lo había ocultado la mayor parte del tiempo mientras se acercaba no tuvo tal efecto cuando se retiró. Saltó bastante sobre la maleza y pronto se perdió de vista en la gran maleza que crecía unos cientos de metros más hacia el oeste.

Inmediatamente llevé mi rebaño cerca de la casa y entré y le conté a la familia que había disparado contra un león. Mi madre estaba muy preocupada por miedo a que el león me atrapara en lugar de una cabra o una oveja. El tío Robert vino a nuestra casa esa tarde, y cuando le contaron lo que había visto me aconsejó que tuviera un perro conmigo todo el tiempo mientras pastoreaba, ya que dijo que un león nunca se acercaría a donde estuviera un perro. El tío había estado en este país desde 1851 y había estado cabalgando por colinas y montañas en busca de ganado todo ese tiempo, por lo que estaba bastante familiarizado con los hábitos de los animales salvajes de esta parte del mundo. Seguí como de costumbre, pastoreando ovejas y cabras, y nunca volví a ver al león. De hecho, durante los siguientes treinta años cabalgué por las colinas y montañas de este país en busca de ganado y nunca vi otro león en su estado salvaje. Sin embargo, sólo un año después de que vi a este tipo, dos leones fueron envenenados por un hombre que vivía a unas cinco o seis millas al suroeste de nuestro lugar.

Este hombre se había instalado en un rancho con muchos arbustos con la idea de dedicarse al negocio de las abejas. Construyó una pequeña cabaña en un pequeño terreno despejado rodeado de colinas cubiertas de maleza por todos lados. Tenía dos hermosas yeguas con potros jóvenes. Estos potros eran engendrados por un caballo muy bueno y el dueño los valoraba mucho. Una mañana salió a alimentar a sus yeguas y faltaba uno de los potros. Después de buscar por todo el lugar y no encontrarlo, llegó a la conclusión de que lo había robado alguien que conocía su excelente crianza, o que había seguido a la yunta de alguien, cuando la carretera del condado pasaba cerca de su cabaña. Creo que fue la segunda mañana después de que descubrió que faltaba el primer potro, que el otro potro también había desaparecido. Luego notó una marca en el suelo que se alejaba del lugar donde estaban atadas las yeguas y se adentraba en la maleza alta. Siguió este rastro y pronto encontró no sólo el último potro que faltaba, sino también los restos del primero. Los restos de ambos potros estaban cubiertos con palos y hojas cuando los encontró. Entonces supo que algún animal salvaje los había matado y arrastrado hasta allí. Sin alterar las hojas y los palos que los cubrían más de lo que podía evitar, cortó cortes en la carne y puso una generosa cantidad de estricnina. A la mañana siguiente fue al lugar y encontró dos pumas muertos, con sus patas apoyadas en uno de los potros muertos. Más tarde sírs perdimos varios potros al ser asesinados por leones mientras teníamos nuestros caballos en las montañas entre Fallbrook y Temecula. De hecho, los leones mataron a todos los potros que había en la manada. Una de las yeguas, que era madre de uno de los potros asesinados, también tenía unos rasguños profundos, que evidentemente se hizo al intentar defender al potro. El hombre que teníamos a cargo de los caballos tomó prestados algunos perros de un hombre que vivía en Temecula y los llevó a su campamento, esperando atrapar al león. Los perros, sin embargo, no estaban entrenados para cazar animales tan grandes y se negaron rotundamente a seguir su rastro. De hecho, dijo que los pobres perros se asustaron tanto cuando los puso en las huellas donde había visto al león unos minutos antes que no hacían más que meter el rabo entre las patas y aullar. Así que, disgustado, se los llevó a su dueño.

Evidentemente, el puma realiza prácticamente todos sus viajes y caza de noche, por lo que la gente rara vez llega a verlo.

El gato montés o gato montés es otro animal con el que los criadores de ovejas deben tener en cuenta. Recuerdo muy bien cómo mi padre contaba todas las mañanas las ovejas, y especialmente los corderos, cuando salían del corral. Era principios de primavera cuando los corderos estaban bonitos y gordos. Él decía: "Johnnie, falta un cordero. Debes estar más atento. Los coyotes los están atrapando". Ese día observé la manada muy de cerca y no vi señales de coyotes. La manada siempre corre cuando se acerca un coyote, y el tintineo de la campana me indicaría de inmediato que algo andaba mal. Pero nada

de eso había ocurrido, estaba seguro. Esa tarde mi padre contó los corderos y faltaba otro. Estaba seguro, entonces, de que debía estar descuidando mi trabajo. Pero le aseguré que no. Esto continuó durante varios días. Hacía algún tiempo que no llevaba un arma, ya que las ovejas con corderos requieren mucho cuidado adicional y, a veces, tenía que llevar a casa uno o dos corderos jóvenes, por lo que el arma me molestaba mucho en tales ocasiones. Mi perrito Leach estaba envejeciendo y no se sentía capaz de seguirme la mayor parte del tiempo.

Una mañana, después de haber capturado quizás media docena de corderos, a razón de uno por día, dos perros viejos a los que llamábamos "Smith" y "Sallie" fueron conmigo. A última hora de la tarde, los corderos jugaban en las orillas de unos profundos barrancos que desembocaban en un cañón cubierto de maleza. Estaba sentado leyendo un libro que tenía conmigo, cuando los dos perros se levantaron y corrieron ladrando colina abajo hacia donde jugaban los corderos. Por supuesto, eso asustó a todas las ovejas y salieron corriendo a gran velocidad de las quebradas. Cuando bajé al pie de la colina, encontré a los perros ladrando bajo un macizo de caoba de montaña. Por supuesto, sabía que tenían algo "árbol" y cuando me acerqué a donde se quejaban y ladraban, pude ver un gato montés inusualmente grande sentado tranquilamente en lo alto del macizo de caoba. Sabía, por supuesto, que él se quedaría allí mientras los perros permanecieran debajo del árbol, pero si iba a casa por mi arma, los perros probablemente lo dejarían y volverían a casa conmigo. Si tan solo hubiera tenido algún tipo de cordel para atar a un perro debajo del árbol, el juego estaría allí cuando volviera, sin duda. Pero no tenía cuerda ni cuerda de ningún tipo. Ahora sabía que éste era el tipo que había estado tomando un cordero todos los días durante la semana pasada, y estaba seguro de que no se escaparía. Me puse a pensar en alguna forma de avisar a casa, pero durante mucho tiempo no se me ocurrió ninguna manera de hacerlo sin correr el riesgo de dejar escapar al gato, y no correría ese riesgo bajo ninguna condición. ¡Mi! pero deseaba tener mi arma. Si no hubiera sido por el miedo de que los coyotes mataran a muchas ovejas y corderos, creo que me habría quedado ahí con los perros hasta que alguien viniera al rescate. Pero dadas las circunstancias, ese plan no funcionaría. Finalmente se me ocurrió una idea. Tenía una pequeña bolsa en la que llevaba mi almuerzo, hecha con un trozo de saco de harina. Estaba hecho como un morral de caza, sólo que más pequeño, y lo llevaba colgado de una tira del mismo material del que estaba hecho el morral. Inmediatamente rompí la bolsa en tiras y, al atar las tiras, pronto tuve dos hilos lo suficientemente largos para atar a los dos perros debajo del árbol. Hecho esto, me dirigí rápidamente a casa. Tenía mucho miedo, sin embargo, de que los perros quisieran intentar seguirme y arrancaran los hilos de un mordisco y abandonaran al gato montés. Así que tan pronto como vi la casa decidí no ir más lejos, sino tratar de llamar la atención de mi padre y de un mexicano, que estaban sacando estiércol de los corrales y poniéndolo en el suelo del huerto.

Estaba en la cima de una colina alta al sur de la casa, y la distancia hasta la casa era de aproximadamente media milla. Comencé a gritar y mi madre inmediatamente me escuchó y llamó a los hombres y les dijo que algo andaba mal y que necesitaba ayuda. El padre dejó el equipo con el mexicano y empezó a venir hacia mí, pero pude ver que no me había entendido cuando le grité que trajera un arma. Finalmente logré que entendiera que tenía un gato montés atrapado en el árbol, y regresó y tomó un arma. También subió el mexicano Jesús Orosco. Preguntó en español dónde estaba el gato montés. Cuando le dije que había media milla o más de regreso al cañón, resopló con desdén y dijo: "Oh, ya hace mucho que lleva". Le dije: "No, los perros lo mantendrán en el árbol". "Oh, ¿dejaste perro? Entonces está bien".

En su prisa, mi padre había traído una vieja y miserable escopeta con cargas pequeñas y ligeras para disparar a los conejos en los cactus, donde estaban a sólo unos metros de distancia. Y no había traído munición extra. Le dije que debería haber traído el arma que yo usualmente llevaba y que estaba cargada en un cañón con balas de pistola. Él dijo: "Oh, esto lo matará a tan corta distancia".

Cuando regresamos al árbol, el gran felino todavía estaba sentado pacíficamente en lo alto. Entré por debajo y desaté a los perros antes de que mi padre intentara dispararle. Entonces mi padre se acercó a unos tres metros del árbol y disparó. El gato dio una estocada como si fuera a saltar y luego se instaló pacíficamente en su antigua posición. El mexicano hizo un comentario sobre una "Escopeta no vale nada". (La escopeta no sirve para nada). Mi padre amartilló el otro cañón y se lo dio, con exactamente el

mismo resultado. No pareció desconcertarlo. Con algunos comentarios más poco elogiosos sobre el arma, el mexicano tomó una piedra que probablemente pesaría alrededor de seis u ocho libras y, caminando hacia el lado cuesta arriba del árbol, y donde estaba parado casi al nivel del gato, arrojó la piedra, golpeando al gato con una fuerza tremenda. El tipo grande soltó una especie de gruñido quejumbroso cuando la gran piedra lo golpeó y saltó del árbol. Aterrizó a seis metros de la raíz y comenzó a descender por el barranco con los perros pisándole los talones.

Todos corrimos por el cañón una corta distancia, para encontrar a los perros ladrando y arañando la entrada de un gran sumidero. El gato montés había entrado allí. Estos sumideros se forman por la lluvia durante las fuertes tormentas. Evidentemente, el agua corriente encuentra una abertura subterránea (probablemente un agujero de tuza) que lava hasta que es lo suficientemente grande como para que pase un animal de buen tamaño. Este sumidero tenía dos aberturas, como suelen tener, probablemente a doce pies de distancia: una por donde había entrado el agua y otra por donde había salido.

Inmediatamente nos posicionamos para proteger ambas aberturas. Podíamos escuchar al gato montés gruñir y gruñir mientras los perros ladraban y arañaban, a veces en un extremo y otras en el otro extremo del agujero. Padre nos dejó al mexicano y a mí para ver que el gato no se escapara, mientras él iba a su casa y cogía la otra arma. También trajo un pico y una pala, con la idea de desenterrarlo. Jesús dijo que sería fácil expulsarlo poniendo fuego en un extremo del agujero y dejando que el humo pasara. Mi padre estuvo de acuerdo con él en esto, así que me coloqué con el arma en un punto donde pudiera controlar ambas aberturas y listo para disparar si él saliera. El Padre y Jesús cargaron mucha leña seca y pronto tuvieron un fuego crepitante en un extremo del hoyo. El humo salió como si saliera de una chimenea, pero no salió ningún gato. Todavía podíamos oírlo gruñir allí. Entonces el Padre y Jesús se pusieron a cavar. Trabajaron tal vez media hora, pero el terreno era tan duro que avanzaron poco. Luego hicimos fuego en ambos extremos del hoyo, pero aún así no salía. Finalmente, el padre dijo: "Cerrémoslo con tierra por ambos extremos y asfixiémoslo". Esto lo hicieron, para mi gran decepción, porque pensé que si no lo conseguíamos, habría muy poca gloria en el trabajo; además, no veía cómo iba a conseguir un dólar por un gato que conseguimos. Realmente no lo entiendo.

Bueno, ya estaba oscuro cuando tapamos completamente el agujero con tierra en ambos extremos. Las ovejas se habían ido a casa mucho antes y las mujeres de la familia las habían encerrado en el corral. Regresamos a casa cansados y hambrientos, y puedo dar testimonio de que un miembro del grupo estaba muy decepcionado. Me pareció como si el gato montés se hubiera escapado, porque no trajimos los restos a casa. Creo que fue el jueves cuando ocurrió todo esto. Mi padre me dijo a la mañana siguiente que iríamos al lugar el domingo por la mañana y que si el gato montés no había excavado para entonces lo consideraría muerto y me pagaría la recompensa en dólares. Bueno, fuimos a la hora señalada y encontramos todo tal como lo habíamos dejado. Entonces mi padre sacó un dólar de plata que a mí me pareció tan grande como una rueda de carreta y me lo regaló.

Ya no faltaron más corderos durante mucho tiempo y todos sabíamos que habíamos atrapado al tipo que se los había llevado. Sin duda había permanecido esperando todas las tardes en el barranco seco y cuando los corderos iban allí a jugar, se había abalanzado sobre uno y se lo había llevado sin frig.manteniendo al mínimo el rebaño principal.

No pasó mucho tiempo después de esto cuando mi padre contrató a un niño indio para pastorear ovejas y cabras, y desde entonces no he vuelto a hacer ese tipo de trabajo. Poco a poco aumentamos nuestro rebaño de ganado vacuno y creo que fue en 1883 cuando vendimos las ovejas y las cabras, y nunca más tuvimos ese tipo de ganado después. Seguramente me alegré cuando nos deshicimos de ellos, porque hacían un trabajo muy desagradable para nosotros, los muchachos. Sin embargo, después de que mi padre consiguió que el niño indio pastoreara, mi hermano Will y yo, que nos habíamos turnado para cuidar el rebaño durante los últimos años, tuvimos una mejor oportunidad de ir a la escuela.

Mi padre había construido una cocina en el lado sur de la casa poco después de regresar de Salt Lake. Y unos años más tarde había construido una especie de ampliación de dos pisos en el extremo norte. El

cobertizo no tenía ventanas ni en el lado norte ni en el este, pero sí tenía una pequeña media ventana en el lado oeste de la habitación superior donde dormíamos los niños, y una ventana completa en el lado oeste de la habitación inferior. Había un pequeño jardín de flores de unos seis metros de largo y dos metros y medio de ancho a lo largo del lado este, cercado con toscos estacas. En este, las mujeres de la familia cultivaban algunas flores y arbustos.

Las tablas de la cocina estaban colocadas horizontalmente y la madera con la que estaban hechas era del pino más tosco y no lapeada como si fuera un revestimiento, sino simplemente clavada en postes verticales. Hubo algunos intentos de clavar listones sobre algunas de las grietas, pero, como el lector probablemente sepa, los listones clavados sobre grietas horizontales sirven de muy poco, en lo que respecta a evitar la lluvia.

Las habitaciones en el extremo norte estaban hechas de tablas de una por seis pulgadas clavadas de arriba a abajo, y nunca tuvieron listones sobre las grietas. Puede estar seguro de que tuvimos mucha ventilación en caso de tormenta, sin abrir puertas ni ventanas. Una escalera abierta conducía desde la entrada o el porche a las habitaciones superiores de esta ampliación, y el viento invernal podía aullar por esta escalera sin obstáculo alguno. Esta parte de la casa tenía un buen techo de tejas, de modo que la única lluvia que podía molestarnos era la que entraba por las grietas de los costados. Ahora parece que la gente se congelaría en una casa así, pero crecimos como un grupo bastante fornido y aparentemente no éramos peores por vivir de esa manera.

En enero de 1882 tuvimos una tormenta muy inusual. Fue el día doce del mes que tuvimos una tormenta de nieve que no solo llegó hasta la costa, aquí en el condado de San Diego, sino que también nevó en las islas Santa Catalina y San Clemente. Los nativos de California, que eran todos hombres y mujeres ancianos, nunca antes habían visto algo así. La estación hasta ese momento había sido realmente muy seca. Prácticamente no había llovido y parecía que nos esperaba un año seco a la vieja usanza. El once de enero sopló un viento frío y seco del noroeste. Mi hermano Will y yo salimos ese día con un grupo de hombres ayudando a inspeccionar una carretera entre Escondido y la costa. No íbamos preparados para el frío, ya que cuando empezamos no hacía viento. Ni siquiera llevaba abrigo ni chaleco. Después de llegar a una cresta donde íbamos a comenzar a trabajar, comenzó a soplar el viento frío del noroeste. Fue un día muy desagradable para esta parte del mundo. Pero ese día no había señales de lluvia a la vista. Sólo un viento frío y seco y todo tan seco que el polvo volaba y casi no se podía ver. A la mañana siguiente, cuando nos levantamos, el cielo estaba todo cubierto de nubes pesadas y caían algunas gotas de lluvia. Mientras desayunábamos, mi madre se acercó a la ventana y, al mirar hacia afuera, observó con gran sorpresa que estaba nevando. El padre dijo: "Nevando, que te ahorquen". Pero mi madre dijo: "He visto suficiente nieve en mis tiempos para reconocerla cuando la veo".

Todos corrimos hacia las ventanas y, efectivamente, estaba cayendo en grandes copos. Los niños estábamos encantados de ver algo tan extraño, porque la nieve era algo que nunca antes habíamos visto en esta parte del país. La nieve cayó más o menos durante todo el día, pero no permaneció mucho tiempo en el suelo antes de derretirse. Al anochecer se convirtió en aguanieve y el tiempo se volvió más frío. A la mañana siguiente, las colinas que rodeaban el rancho estaban todas blancas y todos los barrancos estaban llenos de nieve y aguanieve.

Cuando subimos a las colinas, desde donde podíamos ver el campo hacia las montañas, todo lo que estaba al este de nosotros estaba enterrado profundamente en la nieve. Y mirando hacia el mar, las islas de San Clemente y Santa Catalina eran blancas, tal como habíamos visto a menudo las altas montañas al este de nosotros, donde la nieve en invierno es algo común.

Muchas ovejas se perdieron la noche de la tormenta de nieve. Un pastor de ovejas, cuyo campamento estaba en Rose Canyon, tenía tres mil doscientas cabezas en su corral, y a la mañana siguiente mil seiscientas estaban muertas. Muchos otros pastores perdieron casi la misma cantidad.

Los árboles también estaban muy quebrados, ya que habían crecido en un clima donde hasta entonces no había nieve y no estaban acostumbrados a tener tanto peso sobre ellos.

Después supimos que esta fue una extraña tormenta que azotó Kansas, enterrando toda la parte occidental de los Estados Unidos bajo la nieve. En algunas de las colinas más altas (como las que se encuentran justo al sur del Valle de San Marcos, en las que nunca antes habíamos visto nieve) se pudo ver nieve durante dos semanas después de la tormenta. Han pasado treinta y nueve años desde esa tormenta y nunca hemos visto nada parecido desde entonces.

El verano de 1882 construimos una nueva casa en el rancho. Fue construido con “adobe” o ladrillo secado al sol. La casa tenía diez metros de ancho, doce de largo y dos pisos de alto. Los cimientos eran de piedra, de un metro de espesor. Las paredes del piso inferior tenían veinte pulgadas de espesor y las paredes del segundo piso tenían dieciocho pulgadas de espesor. Había ocho habitaciones, además de pasillos, despensa, etc. Los tabiques tenían diez centímetros de espesor para el piso inferior y nueve para el segundo.

Los “adobes” se fabricaban por contrato a razón de doce dólares por mil. (Por McKellar de Cocktail Springs Stage Station) Teníamos un carpintero para hacer el trabajo de madera y un albañil para colocar la piedra y los adobes. Todo el resto del trabajo, como cavar las zanjas para los cimientos, transportar la piedra y los adobes y mezclar el mortero para colocarlos, lo hicimos mis hermanos, Charles y Will, y yo. Los adobes del piso inferior medían veinte pulgadas de largo, diez pulgadas de ancho y cuatro pulgadas de espesor. Para el segundo piso tenían cuarenta centímetros de largo, nueve de ancho y diez de espesor. La construcción de esta casa fue un arduo trabajo de verano, pero después de construida tuvimos una casa muy cómoda.

IV

La vida en el rancho tuvo sus cambios como todo lo demás. Allá por principios de los años setenta, creo que era 1874, el tío Robert decidió abandonar el negocio ganadero, mientras el país se estaba asentando y los ganaderos ya no podían dejar que su ganado anduviera en libertad como lo hacían en los primeros días. En los primeros tiempos, es decir, antes de 1870 aproximadamente, si alguien plantaba cultivos debía protegerlos del ganado y los caballos de los ganaderos cercándolos. Los ganaderos tenían derecho a dejar circular su ganado y si destruían las cosechas del granjero, se le consideraba culpable por no haberlas vallado. Se suponía que el país no servía para nada más que para la ganadería, y cualquiera que fuera lo suficientemente tonto como para intentar dedicarse a actividades agrícolas era considerado un enemigo de los ganaderos. Pero a principios de los años setenta, creo que fue alrededor de 1871: se aprobó un proyecto de ley llamado “Ley de prohibición de vallas”. Es decir, eximió a los agricultores de la necesidad de cercar sus cultivos. Y les daba derecho a cobrar daños y perjuicios si el ganado o los caballos de los ganaderos invadían lo plantado.

Los ganaderos, por supuesto, se quejaron de las injusticias de tal ley. ¿No estuvieron aquí primero? Harían derogar la “Ley de Prohibición de Vallas”. Pero la “Ley de Prohibición de Vallas” no fue derogada y, por supuesto, los ganaderos fueron golpeados. Eso fue antes de los días del “alambre de púas” y la única cerca que se podía usar era madera. Eso era demasiado caro y lo único que podían hacer era vender sus acciones.

Cuando era pequeño solía oír al tío Robert y a los demás ganaderos hablar de lo injusta que era la “Ley de prohibición de vallas” y, por supuesto, pensábamos que era una ley terriblemente mala. El tío Robert había sido muy bueno con nosotros, ¿y la ley no le estaba causando grandes gastos? ¿Cómo podría ser una buena ley? Nunca parecíamos pensar lo difícil que debía ser para los colonos pobres que sus cosechas fueran pisoteadas o devoradas en una sola noche, sin más remedio que cercarlas tan bien que ningún ganado pudiera entrar. Ahora puedo ver que lo que considerada una ley muy injusta era en

realidad muy buena.

Por supuesto, hubo algunos hombres sin principios que plantaron alrededor de un acre de cebada o algún otro tipo de cultivo en lugares donde sabían muy bien que nunca crecería ni produciría un cultivo, pero donde sabían que tendrían un ingreso independiente cobrar daños y perjuicios a los ganaderos. Incluso hubo casos en los que estos desgraciados sin principios salían y reunían una manada de ganado y lo llevaban a su cosecha, lo pastoreaban allí por un tiempo, luego lo metían en su corral y enviaban un mensaje al propietario para que viniera y resolver el daño. Todo lo necesario para organizar este tipo de juego era plantar una pequeña parte de la cosecha y construir un corral. Incluso entraron juntos e hicieron un corral para varias parcelas de cultivo. Es decir, llevaban el ganado de un trozo de cosecha que decían que había sido dañado a la casa de otro tipo, que tal vez no tenía cosecha, pero que tenía un corral y cuando los ganaderos pagaban el daño causado, el tipo que tenía la cosecha y el que tenía el corral se repartía lo recaudado.

Había otra clase aún peor que cualquiera de éstas. Disparaban al ganado o a los caballos cada vez que los encontraban invadiendo sus tierras. He visto tanto ganado como caballos andar terriblemente heridos, tal vez con un disparo en el estómago, donde vivirían tal vez durante días, en una terrible agonía, sólo para morir al final. Y he visto caballos andando arrastrando una pata rota, donde les había disparado uno de estos miserables. Bueno, la guerra entre los ganaderos y los ocupantes ilegales fue muy amarga, pero sólo podía tener un final. Los ganaderos debían deshacerse de sus ganados... y lo hicieron.

En la primavera de 1874, el tío Robert, que había vendido varios rebaños de ganado antes de esto, decidió reunir todo el ganado que le quedaba y venderlo en la primera oportunidad. Los que aún poseía eran en su mayoría "forajidos" salvajes que se escondían en las colinas cubiertas de maleza y salían sólo de noche para beber y alimentarse. Sacarlos de sus guaridas salvajes fue un trabajo muy duro, pero contrató buenos vaqueros y se puso a trabajar, decidido a triunfar a cualquier precio.

Sé por experiencia que ir a un país accidentado, donde la maleza es grande y atar una vaca salvaje o novillo y sacarla, es un pasatiempo muy emocionante y también muy peligroso.

Muchos de ellos eran tan salvajes y feroces desde sus guaridas salvajes que sería muy difícil mantenerlos en la manada después de ser traídos. Todos aquellos que eran excepcionalmente salvajes y, por supuesto, estaban en la lucha todo el tiempo. Inmediatamente los arrojaron, los ataron y les cortaron los cuernos a unos pocos centímetros de sus cabezas. Es sorprendente la rapidez con la que un novillo o una vaca salvajes responden a este tratamiento y se vuelven tranquilos y amables. Esto puede parecer cruel, pero no lo es más que correr el riesgo de que uno de esos animales feroces acorree a un caballo, y tal vez también a su jinete.

Mi hermano Charley, que entonces sólo tenía unos doce años de edad, fue enviado a casa del tío Robert para ayudar a pastorear la banda, cuyo número aumentaba cada día a medida que los vaqueros traían más ganado. Más tarde, mi padre construyó un gran corral y trajeron el rebaño de ganado a nuestra casa, lo pastorearon por las colinas durante el día y lo colocaron en este nuevo corral por la noche. Charley pasó un año o más pastoreándolos y, por lo tanto, perdió todo el tiempo que debería haber tenido en la escuela. Pero el tío Robert había hecho tanto para ayudar a nuestra familia durante los tiempos difíciles que habíamos pasado que mi padre hizo todo lo que pudo para ayudarlo a cambio de lo que había hecho por nosotros.

No estoy seguro de si fue en el año 1875 o 1876 cuando se vendió lo último de este rebaño y el tío quedó fuera del negocio ganadero.

A partir de entonces, durante varios años alquiló el rancho a pastores de ovejas. Las ovejas debían ser pastoreadas y podían mantenerse fuera de los cultivos de los colonos. Desde aproximadamente el año 1874 hasta probablemente alrededor de 1882, las ovejas fueron aproximadamente el único tipo de ganado que se crió en cierta medida en el sur de California.

A principios de los años ochenta se empezó a utilizar alambre de púas en esta parte del mundo para cercar. Al principio era bastante caro, costaba unos quince centavos la libra. Pero incluso entonces era mucho más barata que la madera para cercas y no era tan propensa a sufrir daños en los incendios. En la primavera de 1883, mi tío decidió cercar el rancho con alambre de púas y dedicarse nuevamente al negocio ganadero. Enviando a Chicago y comprando un vagón lleno, podría conseguir la transferencia a once centavos y tres cuartos la libra. El tipo de cable que pretendía utilizar equivaldría a una barra por libra.

El tío Robert había estado viviendo en un hotel en San Diego durante algún tiempo, y recuerdo bien que mi padre regresó una tarde a casa desde San Diego y nos dijo que el tío había encargado un carro lleno de alambre y varios miles de postes de secoya, y que debíamos Todos ayudaron en todas las formas posibles a construir las quince o dieciséis millas de cerca que serían necesarias para cercar el rancho. Todos los muchachos acordamos hacer todo lo posible para ayudar con el trabajo.

La línea del rancho debe estar marcada con banderas, es decir, una línea de banderas compuestas por pequeñas tiras de tela blanca clavadas a listones, que primero se colocaron en una línea lo más recta posible de esquina a esquina del rancho. Mi hermano Charley, con la ayuda de un viejo instrumento topográfico que le prestó un amigo que había sido topógrafo en tiempos anteriores, marcó las líneas, con la ayuda de nosotros, los más jóvenes, para colocar las banderas. El país era muy cubierto de maleza y muy montañoso. Había muchos cañones profundos y llenos de maleza que cruzar y muchas colinas altas.

Después de marcar las líneas para que pudieran trazarse fácilmente, el tío puso a trabajar a indios y mexicanos cortando la maleza a lo largo de esta línea. Esta franja despejada tenía generalmente aproximadamente una varilla de ancho.

Luego los muchachos hicimos varios miles de pequeñas clavijas de madera, de unos veinte centímetros de largo cada una, y las afilamos en un extremo. Estos debían marcar los lugares donde se cavarían los hoyos para los postes. Los postes debían estar separados por dos varas, así que tomamos una línea de unas ocho varas de largo y la marcamos cada dos varas atando firmemente un trozo de percal rojo en cada uno de estos lugares. Luego medimos la línea con esto, colocando una de las clavijas pequeñas en cada una de las marcas de las dos varillas.

Entonces llegaron los hombres que iban a cavar los hoyos para los postes, con sus herramientas de excavación, y cavaron un hoyo de dos pies de profundidad en cada lugar.

Mi hermano Matthew, con un gran carro y cuatro caballos, subió los postes y los fardos de alambre desde la estación de ferrocarril y los distribuyó a lo largo de la vía. Cuando se terminaron los agujeros para los postes a lo largo de una o dos millas de línea, nosotros, los muchachos, llegamos, armados con palas y pesadas barras de acero para apisonar, y colocamos los postes. Los postes eran de secuoya partida, de aproximadamente cuatro por cinco pulgadas y dos metros de largo.

El tío Robert era muy exigente en que la cerca, una vez terminada, fuera sólida, e insistió en que toda la tierra que se había quitado al cavar los agujeros para los postes debía volver a colocarse en el agujero cuando pusiéramos los postes. Por supuesto, como el poste ocupaba bastante espacio en el agujero, fue necesario apisonar mucho para que toda la tierra volviera a entrar, pero había que hacerlo.

Después de colocar los postes de forma segura a una distancia de un par de millas a lo largo de la línea, comenzamos a colocar el cable. Siempre que el suelo era tal que podíamos conducir un carro a lo largo de la línea, tendíamos el cable colocando el carrete de alambre en el extremo trasero del carro, pasando una barra de hierro a través de él y a través de un agujero en el piso del carro. . Luego, tomamos el extremo del cable hacia atrás y lo fijamos al poste de la esquina, que sujetamos firmemente para que no se salga del suelo cuando el cable se tensa.

Luego, con un hombre conduciendo el carro y otro de pie en la parte trasera del mismo con una mano en

la parte superior de la barra de hierro que pasaba a través del carrete de alambre, conducíamos a lo largo de la cerca, con el carrete de alambre girando. dando vueltas y vueltas en la parte trasera del vagón. De este modo se tendería el cable a lo largo de la línea. Como ninguno de nosotros había hecho antes una alambrada, teníamos mucho que aprender sobre este negocio.

Al principio sólo intentamos hacer tramos cortos, de trescientos o cuatrocientos pies por vez. Pero poco a poco empezamos a hacer tirones más largos, y al poco tiempo descubrimos que un carrete entero, que normalmente tenía un cuarto de milla de largo, era tan fácil de estirar como un tirón más corto y ahorrraba mucho tiempo. Cuando se tendía la cantidad necesaria de alambre a lo largo de la línea, lo asegurábamos al extremo trasero del vagón. Luego, cuando todo estaba listo y todos estaban lejos del cable, el conductor ponía en marcha su equipo y tensaba el cable como si fuera la cuerda de un violín. Utilizando un carro bastante pesado y ajustando bien el freno, se podía mantener la tensión del alambre; especialmente si el vagón estaba en un punto donde el tirón era ligeramente inferior. Luego, un par de nosotros volvíamos a grapar el cable a los postes. En un terreno razonablemente plano, esto era una cuestión fácil, ya que uno de nosotros sostenía el cable contra el poste a la altura adecuada (altura que se determinaba por medio de una tira de madera con muescas en un borde a la distancia adecuada para cada uno de los cuatro cables.) El otro hombre llevaba un martillo y un suministro de grapas para cables, y rápidamente engrapó el cable a los postes.

Sin embargo, construir vallas de alambre a través de cañones y sobre terrenos muy accidentados era un asunto diferente. En primer lugar, en este tipo de terreno, el cable debe pasar entre dos hombres por medio de una barra atravesada. Esto en sí no es un trabajo fácil cuando las colinas son empinadas y accidentadas. A veces, el carrete se desenrolla demasiado rápido y varias vueltas salen despedidas a la vez y se enredan gravemente. A veces, una o más bobinas de alambre vuelan alrededor del cuello de los hombres que llevan un extremo de la barra. En esos momentos, si estuviera cerca, probablemente escucharía algunos comentarios de la parte involucrada que no se verían bien impresos. Luego, cuando el equipo o cualquier otro medio que pueda usarse para estirar el cable esté tenso, solo tocará el suelo en las crestas. Al cruzar los cañones, puede que se encuentre a treinta metros de altura. En estas condiciones, se debe tirar hacia abajo en cada poste a medida que se desciende la colina. El hombre que está en el carro debe retroceder un poco aflojando el freno, mientras los hombres que están grapando el cable tiran de él. En esos momentos, es peligroso tirar del cable con las manos. Puede romperse en cualquier momento. Y si lo hace, bajo tanta tensión, las puntas salen volando hacia atrás y las manos pueden sufrir terribles laceraciones. El derribado debe hacerse enganchando las garras de un martillo de carpintero sobre el alambre, o colocando una barra a través del alambre, y un hombre en cada extremo de la barra poniendo su peso sobre ella hasta que llegue al nivel requerido. posición donde se va a grapar firmemente al poste. Durante el verano de 1883 construimos unas dieciséis millas de cerca, gran parte de ella sobre terreno muy accidentado, y ninguna de ellas tenía menos de cuatro alambres y parte de cinco alambres.

Como dije al principio, comenzamos con la idea de tener los postes separados por dos barras, pero después de que construimos varios kilómetros según ese plan, el tío Robert decidió que los postes estaban demasiado separados e hizo cavar otro hoyo para postes entre ellos. cada uno de los puestos, y se fijó otro puesto. Este puesto fue colocado en el lado opuesto de los cables frdonde estaban los otros dos, para que los cables no pudieran caerse fácilmente de los postes, en caso de que un animal chocara contra la cerca. Llevamos a cabo este plan durante todo el trabajo, primero colocando cada dos postes a lo largo de la línea, luego colocando el cable y luego colocando los postes del medio en el lado opuesto de los cables.

La construcción de esta valla fue un trabajo largo y duro, pero seguro que estuvo bien hecho y prácticamente todo sigue en pie, después de treinta y ocho años.

No creo que una historia de la vida en los ranchos sea completa o muy interesante sin algún relato sobre la caza. Mi hermano Matt y yo éramos los únicos dos miembros de nuestra familia que se adaptaron naturalmente a ese tipo de deporte. Matt era un cazador nato. Y aunque ya tiene más de sesenta años, está ansioso por salir todos los años cuando se abre la temporada de ciervos y probar suerte, como siempre.

No hay otro deporte que me atraiga tanto como la caza. Me refiero a cazar con rifle. Nunca pude conseguir mucho entusiasmo cazando con una escopeta. Cuando era un niño pequeño, demasiado pequeño para que se le permitiera llevar un arma, solía seguir a Matt cuando cazaba y llevaba la presa que mataba. Es decir, cuando cazaba caza menor. Muchas veces, he llegado a casa con un montón de juegos que era todo lo que podía hacer tambalear. Y estaba tan cansado de seguirlo por las colinas y los arroyos que apenas podía llegar a casa. Pero siempre fue un placer que me permitieran ir y disfruté al máximo cada uno de esos viajes.

Cuando yo era un niño muy pequeño, la única arma que tenía Matt, además de una escopeta, era un viejo mosquete del ejército. Cuando lo consiguió por primera vez, no tenía molde para balas para fabricar balas, sino que solía verter plomo derretido en trozos de bambú huecos, colocados en el suelo. Cuando el plomo se hubiera enfriado, cortaría el bambú y luego cortaría la barra de plomo así hecha en trozos cortos y los trabajaría para que encajaran en el ánima del viejo mosquete lo más cerca posible, con un pequeño martillo. Recuerdo que mató varios ciervos con esos trozos de plomo hechos a mano. Más tarde hizo un molde para balas, y luego el viejo mosquete Enfield seguramente dispararía algunas. Me he llevado a casa los restos de muchos conejos y conejos que había matado con aquella vieja pistola calibre cincuenta. Creo que fue en el verano de 1875 cuando Matt consiguió su primer rifle Winchester. Se lo compró a un hombre llamado Potter que había sido pastor de ovejas en nuestro vecindario pero que había vendido sus ovejas y se iba. Sé que Matt estaba muy orgulloso de ese bonito rifle, pero estoy seguro de que no estaba más orgulloso de poseerlo que yo de poder seguirlo por las colinas y verlo derribar una presa con él. Era lo que se llamó un "modelo Winchester de 1873", tenía un calibre cuarenta y cuatro y llevaba cuarenta granos de pólvora negra. No se consideraría un rifle de gran potencia entre los rifles de alto poder de la actualidad, pero en ese momento se consideraba un rifle difícil de superar. En aquellos días había muchos ciervos en este país, y no era raro que Matt regresara a casa conduciendo su caballo, con un ciervo atado a su silla.

Entonces, ¡qué alegría fue para mí oírle contar cómo y dónde lo mató! Algunos de esos relatos emocionantes están tan frescos en mi memoria hoy como si hubiera sido la semana pasada cuando ocurrió el evento.

Recuerdo varias ocasiones en las que Matt subió a la colina a primera hora de la tarde y en las que oímos varios disparos en rápida sucesión. (Siempre supimos que buscaba caza mayor cuando disparó varios tiros de esa manera). Luego aparecía a la vista en la cima de la colina y nos gritaba que trajéramos un caballo para transportar un ciervo que tenía. delicado. Mi padre o mi hermano Charley ensillarían el caballo y lo llevarían hasta allí, pero tenían que ir un poco si nos adelantaban a los niños más pequeños hasta el lugar donde yacía el ciervo. Se consideró un gran honor verlo primero. Lo primero fue mirar cuántas púas tenía en los cuernos, y luego examinarlo para ver dónde lo había golpeado Matt. Después de eso fue: "¿Dónde estaba cuando lo viste por primera vez, Matt?" Y luego Matt nos daría un relato muy interesante de cómo llegó a "saltarlo" y de cómo corrió, de dónde estaba cuando "lo solté la primera vez" y de cómo "llegó". abajo" cuando consiguió el que lo derribó. Por supuesto, los ciervos generalmente eran asesinados mientras huían, y eso generalmente requería varios disparos. Matar a un ciervo en lo que se llamaba un tiro de pie, o en otras palabras, mientras estaba parado, era una tarea mansa en comparación con hacer que huyera.

Matt siempre iba a cazar a caballo cuando perseguía ciervos. Y muchas veces lo he seguido a través de colinas y cañones (yo mismo montado en algún viejo y gentil caballo o mula) y lo he visto desmontar y comenzar a disparar rápidamente contra algo, antes de que hubiera visto algo moverse. Y en varias ocasiones, cuando yo era sólo un niño pequeño, lo vi matar dos o tres ciervos en aproximadamente ese

mismo segundo.ds, eso me pareció a mí.

¡Cómo anhelaba el momento en que fuera lo suficientemente grande como para tener mi propio rifle y matar un ciervo yo mismo! Matt me había permitido disparar su rifle varias veces, y yo había hecho muy buenos tiros con él, y estaba seguro de que si tuviera mi propia arma podría cazar un ciervo. A mi padre no le interesaba ese tipo de deporte y consideraba que el dinero gastado en comprar cartuchos era un terrible desperdicio. De hecho, sabía muy bien que el único tipo de rifle para el que podría conseguir municiones sería un arma de avancarga. Empecé a usar una escopeta cuando tenía diez años, como ya he dicho antes, pero cuánto añoraba un rifle.

Creo que fue alrededor del año 1880, más o menos cuando yo tenía trece años, que Matt regresó a casa de un viaje a San Diego y nos dijo que había visto un excelente rifle de avancarga a la venta en una armería por nueve dólares. Charley, Will y yo hablamos del asunto muy seriamente y estuvimos de acuerdo en que deberíamos tener un rifle en el rancho. (He olvidado decir que Matt había estado casado varios años y ya no vivía con nosotros). Entonces, con mucho ahorro, mucho complot y mucha planificación, finalmente juntamos todo el dinero que cada uno podía juntar y raspar. , consiguió el trato, podríamos decir “financiado”. Para resumir, logramos recaudar los nueve dólares.

Matt iba a ir a San Diego otra vez, así que le entregamos el dinero con instrucciones de que se llevara el rifle a casa. Yo estaba en un terrible estado de inquietud por miedo a que volviera y nos dijera que algún otro sindicato se había adelantado a nosotros y había comprado el rifle antes de que él llegara. Pero para mi gran alegría regresó con la mercancía. En otras palabras, tenía ese rifle consigo en el carro cuando regresó.

Fue un placer verlo y apenas pude dormir esa noche pensando en los ciervos que mataría. ¡Pero el único problema era que había demasiado! Era tan largo y tan pesado que no podía apuntarlo para salvar mi vida, a menos que tuviera algo sobre qué apoyarlo. Según recuerdo, el cañón medía cuarenta pulgadas de largo y al menos una pulgada y cuarto de diámetro. Era un cañón octogonal y disparaba una bala del calibre cuarenta y cuatro. La culata también era mucho más larga que la de un rifle moderno, y cuando la puse a mi lado era más alta que yo. Charley y Will no parecían estar muy interesados en ello, pero estuve a punto de quedarme despierto las primeras noches.

Recuerdo que se burlaban de mí acerca de que tenía que pararme en una colina y colocar la culata del rifle en un cañón para poder cargarlo. Pero les dije que no debían preocuparse. Yo me ocuparía de la carga del mismo.

El hombre de quien Matt se lo había conseguido le había enviado medio kilo de balas y también un molde para balas. Entonces estaba listo para el negocio. A la mañana siguiente lo cargué y salí y, apoyándolo sobre una cerca, o algo por el estilo, logré matar varias ardillas.

Cuando hablé de ir a cazar ciervos, los otros chicos me dijeron que tendría que cazar sólo donde hubiera una cerca para apoyar mi rifle. Y algunos de ellos sugirieron que sería mejor que llevara a mis ciervos al corral, donde seguramente tendría una cerca para descansar. Toda la familia, excepto yo, parecía encontrar graciosos esos comentarios y sugerencias, pero yo no podía ver nada divertido en ellos.

Al día siguiente salí y compré un bonito palo recto con un tenedor. Era tan grueso como el mango de una azada, seco y ligero. Lo corté del largo justo, de modo que cuando lo levanté tuviera la altura adecuada para apoyar mi rifle. Lo recorté bien y suave, y tallé el tenedor para que mi arma descansara bien sobre él, y he aquí, estaba listo para ir tras la caza mayor.

Hubo una dificultad para la que tuve que prepararme. Las balas, como sabe cualquiera que haya usado un rifle de avancarga, deben ser forzadas hacia abajo encerradas en un “parche” engrasado. El “parche” es un pequeño cuadrado de tela de algodón de aproximadamente una pulgada y media de lado que está

bien engrasado. Esto se envuelve muy bien alrededor de la bala y se empuja hacia abajo por el cañón mediante una baqueta. Pero la bala encajaba tan apretadamente que no podía arrancarlos con la baqueta. Para superar esta dificultad tomé un trozo de madera dura y resistente, de unas diez pulgadas de largo y una pulgada y media de diámetro. Aproximadamente a una pulgada de un extremo de esto, corté aproximadamente un tercio de su grosor, en todo su alrededor. Luego, desde donde había cortado este anillo a su alrededor, lo afeité hasta que aproximadamente nueve pulgadas fueron lo suficientemente pequeños como para entrar en el cañón del rifle. Luego, al alisar la cabeza con una lima, tenía un "arranque" con el que podía forzar las balas parcheadas hacia abajo con la palma de mi mano a una distancia de aproximadamente nueve pulgadas. Cuando había logrado que la bala entrara tan lejos, podía forzarla hacia abajo con la baqueta. Este "principiante" lo llevaba con una cuerda colgada alrededor de mi cuello y colgada donde pudiera usarla fácilmente. Con el motor de arranque y mi petaca de pólvora colgando de mis hombros, un puñado de balas y una caja de casquillos en mis bolsillos, el bastón bifurcado como apoyo para mi arma en mi bolsillo. Con una mano y mi pesado rifle al hombro, saldría.

Ahora sé que no cazaba con mucha habilidad, porque todavía no había aprendido las costumbres de los ciervos. Solía ir a las colinas donde crecía la maleza más espesa y escabullirme muy silenciosamente, esperando sorprender a un ciervo acercándose a él, cuando él no esperaba que hubiera un cazador tan poderoso en la tierra. En general, la maleza era mucho más alta que yo y, por supuesto, había muy pocas posibilidades de que viera un ciervo. Había huellas de venados en todos los lugares a los que iba y me resultaba difícil entender por qué veía tan pocos venados. Recuerdo haber pasado varios días deambulando entre la gran maleza, sin más que escuchar el ruido sordo, el ruido sordo, el ruido sordo de un ciervo saltando unas cuantas veces, y sin siquiera llegar a verlo.

Se suponía que debía pastorear un pequeño grupo de vacas lecheras, pero las llevaría a algún cañón donde el alimento era bastante bueno y donde estaba bastante seguro de que se quedarían unas horas y luego saldría a ver si pudiera conseguir un ciervo.

Una mañana volví con mis vacas terriblemente cansada y terriblemente sedienta. No tenía agua conmigo, y el lugar más cercano donde podía conseguirla era al final del cañón, aproximadamente a una milla y media, en lo que se llamaba Los Monos Creek. Decidí que lo único que podía hacer era ir allí a buscar agua. Era una mañana calurosa y había estado dedicando cada minuto de mi tiempo desde las ocho en punto a caminar por las colinas y los cañones en busca de ciervos, pero no había visto ninguno. Estaba tan cansado de cargar el pesado rifle que al principio decidí esconderlo entre la maleza hasta que regresara de tomar una copa. Pero luego busqué un lugar donde esconderlo, pero no encontré ningún lugar que me satisficiera. Tenía miedo de que alguien pudiera verme y robarlo mientras no estaba. Así que finalmente decidí llevármelo, aunque estaba seguro de que no habría ninguna probabilidad de que viera un ciervo en el viaje hasta el agua y de regreso.

Me puse al hombro el viejo y pesado rifle y con el palo bifurcado en la mano, me lancé hacia el agua. Había un sendero llano y polvoriento que utilizaba cualquiera que atravesara el cañón a caballo, y seguía el fondo del cañón. Las laderas a ambos lados de este cañón eran bastante accidentadas y cubiertas de maleza.

Había llegado aproximadamente a la mitad del camino hacia el agua y caminaba lo más rápido que podía, cuando de repente una hermosa y grande cierva saltó de entre la espesura de maleza y subió la empinada ladera a mi izquierda. La colina por la que subía era muy empinada, subía sólo parcialmente y se detenía detrás de un grupo de arbustos a una distancia de unos ocho metros de donde yo estaba. Apoyé mi rifle pesado sobre el palo bifurcado que llevaba, justo a tiempo para ver al ciervo salir de detrás de los arbustos y pararse a mi lado. Admito que estaba algo emocionado, pero apunté al centro de su hombro y disparé. Al oír el disparo del rifle, "baló" estridentemente y corrió colina abajo hacia el mismo matorral de donde había huido sólo un minuto antes. Aparentemente ella avanzó a través de esta espesa maleza, aunque estuvo oculta de mi vista mientras estaba en ella. Me apresuraba con todas mis fuerzas para conseguir otra carga en mi rifle, y mientras trabajaba duro, el ciervo estaba justo al otro lado de un

estrecho arroyo, dando vueltas y vueltas y pareciendo muy desconcertado.

Lo podía ver tan claramente (no estaba a más de cuarenta o cincuenta pies de mí) que seguí mirando para ver si había alguna señal de que estuviera herido. Pero aunque pude ver primero un lado y luego el otro cuando giró, no se veía ninguna señal de sangre. Decidí que debía haberlo pasado por alto y me sentí muy disgustado conmigo mismo. Me pareció que nunca había cargado el viejo rifle cuando la bala era tan difícil de forzar como ésta. Por supuesto que no pude evitar estar emocionado. ¿Quién no lo estaría, con un ciervo bailando a menos de doce metros de él y un viejo y miserable rifle de avancarga que cargar? Finalmente conseguí que la bala bajara y me apresuré a sacar un capuchón y ponerlo en el rifle.

Aproximadamente en el momento en que me dispararon, el ciervo se puso en marcha y, justo cuando estaba listo para otro disparo, desapareció al final de una pequeña colina. Corrí tras él, con la esperanza de disparar antes de que se escapara, pero nunca volví a acercarme lo suficiente como para tener alguna posibilidad de acertar, aunque lo seguí durante una milla o más.

En ese momento tenía tanta sed que dejé la caza y corrí hacia el agua y bebí y bebí, acostado boca abajo, con los labios en la corriente. Luego comencé a subir el cañón por el mismo sendero por el que había bajado cuando vi el ciervo. Seguía pensando para mis adentros: "Oh, si tan solo hubiera apuntado con un poco más de cuidado". Y "no había ninguna razón por la que no debería haber matado ese ciervo". Repetí estos pensamientos cien veces durante la tarde, estoy seguro. A la mañana siguiente Matt vino a nuestra casa y le conté sobre dispararle a los ciervos. Cuando le conté cómo había balado cuando le disparé y me dijo: "Si ese ciervo bala, tú lo mataste. Un ciervo nunca bala a menos que esté mortalmente herido". Dije: "Bueno, ese venado balaba bien, pero no resultó herido en absoluto, porque ¿no lo seguí durante una milla o más? Y no había señales de sangre tras su rastro. Además, pude ver claramente, mientras danzaba al otro lado del arroyo frente a mí, que no había señales de ninguna herida en él". Él dijo: "Apuesto a que no fue el mismo ciervo al que le disparaste, el que salió y saltó delante de ti". Estaba igualmente seguro de que era el mismo ciervo. Matt estaba tan seguro de que lo había matado por mi descripción de cómo había actuado que finalmente dijo: "Vayamos allí y echemos un vistazo". Le aseguré que no valía la pena pasarse, pero insistió y empezamos. Cuando llegamos a la colina que domina el cañón donde había matado al ciervo, pudimos ver varios buitres sentados en las rocas del cañón. Matt dijo: "Ahora, ¿qué te dije? Hay algo muerto ahí abajo". Nos apresuramos hasta el lugar y allí yacía una hermosa cierva grande justo en el fondo del arroyo. El hombro que estaba más arriba era el que estaba hacia mí cuando disparé, y había un agujero de bala justo en el centro.

Me quedé allí completamente sin palabras. Matt desmontó de su caballo y le dio la vuelta al ciervo. Había un bulto justo debajo de la piel en el hombro opuesto. Sacó su cuchillo, cortó la piel y sacó la bala. "Ahí está", dijo, "está tu bala. No podrías haber hecho un mejor tiro. Atravesó el corazón".

Seguí mirando los ciervos muertos y luego el sendero que seguía el arroyo a través del cañón. Pasó a seis pies de donde yacía muerto el ciervo, y yo había subido por ese mismo sendero en mi camino de regreso desde Monos Creek aproximadamente una hora después de disparar el tiro que lo había matado. "¿Cómo es posible que no lo haya visto al pasar?" Fue lo que me repetí una y otra vez.

Supongo que debí haber estado mirando hacia la ladera, hacia donde se encontraba el venado cuando disparé, y el venado muerto estaba en el lecho seco del arroyo, con el sendero justo al borde del mismo. Decir que estaba disgustado conmigo mismo sería decirlo muy suavemente. "¿Por qué no pude haber mirado y visto ese ciervo tirado tan cerca de mí cuando pasé?"

Por supuesto, ahora todo estaba muy claro para mí, cómo había confundido otro ciervo con aquel al que le había disparado. Al oír el disparo de mi rifle, el ciervo había balado y se había acercado saltando colina abajo, casi hacia mí, hacia la gran maleza que la ocultaba de mi vista. Inmediatamente después de que ella desapareció de mi vista, otro ciervo salió de la espesa maleza, tal como debería haberlo hecho uno al que le había disparado si hubiera seguido la dirección en la que se dirigía la última vez que lo vi. Naturalmente pensé que era el mismo ciervo al que le había disparado. Y cuando dio vueltas y vueltas

justo delante de mí y no mostró signos de estar herido, por supuesto concluí que había hecho un mal tiro.

Desde entonces he matado a muchos ciervos. Pero siempre he pensado que si realmente hubiera conseguido ese primero, para traerlo a casa, habría significado más para mí que media docena de los que maté en años posteriores.

Poco tiempo después, Matt me invitó a ir a la antigua casa del rancho (es decir, la casa del tío Robert) donde vivía y cazar ciervos con él. Él había estado en nuestra casa con su carro ese día y yo preparé mi viejo rifle y mi equipo y me fui a casa con él. Llegamos a su casa bastante temprano por la tarde y alrededor de las tres salimos a pie a cazar. En aquellos días había muchas posibilidades de ver un ciervo a una milla de la casa. Aproximadamente a esa distancia de la casa nos separamos, él saliendo hacia el Cañón de Monos, y yo siguiendo por las colinas de salvia, detrás de las "Pequeñas Encinas".

Había viajado una distancia de aproximadamente dos millas y luego, cuando el sol se estaba poniendo, giré hacia el sur y caminé hacia la casa. Justo cuando el sol se ponía, vi un pico, a una distancia de unos cien metros. Evidentemente acababa de levantarse de donde había estado acostado durante el día y se alejaba directamente de mí. Era evidente que todavía no me había visto ni oído. Apoyé mi rifle en mi bastón bifurcado y le disparé. Se tambaleó hacia la derecha y cayó sobre un manojito de artemisa. Pensé que lo había matado, pero comencé a cargar de nuevo lo más rápido que pude. Antes de que terminara de cargar, se levantó, emprendió la marcha y desapareció al final de una pequeña colina. Corrí tras él tan pronto como terminé de cargar, y pronto lo vi de nuevo. De nuevo venía directamente de mí y evidentemente estaba gravemente lisiado en su pata trasera derecha. Nuevamente preparé mi descanso, le disparé de nuevo y nuevamente cayó. Cargando de nuevo lo más rápido que pude me sorprendió verlo levantarse, igual que antes, y seguir adelante. Corrí tras él tan pronto como terminé de cargar, y pronto vi su h Dirigí por encima de la maleza, donde él estaba parado, mirándome. Apunté deliberadamente y le disparé directamente en la cabeza. Seguramente me sentí algo eufórico, porque realmente había conseguido un ciervo. Corrí a la casa y le dije a la esposa de Matt que había matado. Ella se alegró mucho de mi éxito y me dijo que ensillara un caballo y regresara a buscarlo, lo cual hice. Antes de llegar muy lejos, me encontré con Matt entrando. No había matado nada y se sorprendió un poco al saber que yo sí. Volvimos a estar juntos y trajimos el juego, y pueden estar seguros de que esa noche era un niño orgulloso.

No pasó mucho tiempo después de esto que un niño indio llamado Frank vino a nuestra casa. Tenía un viejo "Henry Rifle" y se ofreció a cambiarlo por la avancarga. Su rifle estaba levemente estropeado, pero rápidamente vi que podía arreglarlo sin muchos problemas, así que pronto hice un intercambio con él. No tenía cartuchos para el "Henry Rifle" y esa era la razón por la que quería comerciar, ya que pensó que probablemente tendría más posibilidades de conservar la munición del arma de avancarga que comprar cartuchos para el "Henry".

No me llevó mucho tiempo arreglar la pieza rota y entonces sentí que tenía un rifle de verdad. Pronto logré conseguir una caja de cartuchos. (Venían cincuenta en una caja.) Y no me llevó mucho tiempo probarlo y descubrir si podía disparar con precisión o no. Descubrí que era un arma de tiro inusualmente verdadera. De hecho, creo que se apuntó de la forma más correcta posible para fabricar un rifle. En años posteriores he usado muchos rifles y, por supuesto, un rifle de alta potencia es muy superior al viejo Henry. Pero para disparar con precisión a una distancia de, digamos, cien yardas, no creo que nunca se haya fabricado un rifle que lo supere. Tenía quince cartuchos en el cargador y uno en el cañón, dieciséis en total, y era lo suficientemente corto y liviano como para que no tuviera que llevar un palo con forma de horquilla para apoyarlo.

Llevé ese viejo rifle durante diez o doce años y maté muchos venados y coyotes con él. Lo cambié por un modelo posterior de carabina Winchester, pero daría mucho ahora por tener ese viejo rifle nuevamente en mi poder como recuerdo. El viejo rifle de avancarga que solía llevar era tan torpe, pesado y

desgarbado que ahora no lo llevaría ni una milla; no puedo imaginar por qué la gente pensaba que era necesario fabricar rifles tan largos y pesados como solían hacerlo en la época de las armas de avancarga. No podían compararse en cuanto a tiro duro con los cargadores de retrocarga cortos fabricados en años posteriores; ni dispararían con mayor precisión.

En la época en que tomé posesión de este viejo “repetidor”, nuestro rebaño de ganado había aumentado a tal punto que era necesario que nosotros, los muchachos, estuviéramos en el rancho a caballo la mayor parte del tiempo, cuidándolos. Así que los siguientes veinte años de mi vida los pasé casi exclusivamente sobre la silla de montar.

Teníamos quince mil acres cercados y eso es bastante terreno para recorrer.

Siempre había muchos ciervos en las colinas cubiertas de maleza del rancho, y cuando cabalgaba detrás del ganado siempre estaba atento a las huellas de los ciervos. Se parecen mucho al ganado o a los caballos en un prado. Seleccionan un determinado lugar de alimentación y permanecen bastante cerca de ese lugar hasta que alguien los mata o los asusta. Entonces, cada vez que veía señales de venado en alguna parte particular del campo, era una apuesta bastante segura que al día siguiente me vería allí con mi rifle sobre la silla. Especialmente si las huellas parecían hechas por mucho dinero. Y seguro que maté a algunos tipos importantes.

VI

Habíamos vallado el rancho en el verano de 1883, como ya he dicho antes. Tan pronto como el tío Robert tuvo el rancho cercado, comenzó a comprar ganado para reabastecerlo. Mi padre y los diversos miembros de nuestra familia ya tenían quizás setenta u ochenta cabezas de ganado en el rancho, y el tío compró varios cientos de cabezas más, de modo que en muy pocos años teníamos unas mil cabezas que cuidar. También teníamos muchos caballos.

El tío era muy exigente con el cuidado de las cercas alrededor del rancho, y como había muchos kilómetros que cuidar, eso tomó mucho tiempo en sí mismo.

Nosotros, los muchachos, teníamos que cuidar su ganado además del nuestro. No recibimos ningún salario por hacerlo, pero nos permitió dejar nuestro ganado y nuestros caballos en el campo de forma gratuita, y lo que obtuvimos de la venta de estos fueron todos los ingresos que teníamos.

En años anteriores, cuando el tío tenía mucho ganado y ningún campo cercado, andaba a caballo todo el tiempo. De hecho, en mi juventud recuerdo muy pocas veces que lo vi viajando en algún tipo de vehículo. Generalmente montaba un caballo bastante bueno y generalmente iba acompañado de uno de sus mejores vaqueros.

Sin embargo, después de vallar el rancho, se dedicó a pasear en un carro de muelles, con una envergadura de caballos fuertes y mansos. Mantenía a un anciano llamado Peter Drugan en la casa del rancho, quien cocinaba y hacía las tareas del lugar. Peter era un típico irlandés y tenía una buena parte del ingenio nativo irlandés. Era un tipo viejo y extraño con una pierna coja. Esta pierna se había roto al caer de un carro en su mediana edad. Dijo que él mismo había colocado el hueso, y seguramente parecía que fácilmente podría haber mejorado el trabajo que hizo al colocarlo, porque estaba muy deformado. Se había roto justo por encima del tobillo, y desde el lugar donde se había roto el hueso formaba un ángulo con respecto al resto de su pierna, y su pie giraba hacia dentro en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados.

El tío Robert le dio a Peter órdenes estrictas de preparar una comida para cualquiera de nosotros, los

muchachos, que pudiera venir a la casa mientras íbamos detrás del ganado en el rancho. Así que casi todos los días algunos de nosotros estábamos allí para almorzar. Cuando el tío estaba en el rancho, los niños nos sentábamos en la sala delantera de la casa y hablábamos con él mientras Peter preparaba la comida. Pero cuando el tío estaba en San Diego, donde pasaba gran parte de su tiempo, nos sentábamos en la cocina y escuchábamos el relato de Peter sobre sus muchas aventuras. Había escuchado sus historias tantas veces que en el momento en que comenzó una de ellas supe exactamente lo que vendría. Siempre se convertía en el héroe de la historia, y la cantidad de “Sezzes” que podía meter en una historia era algo maravilloso. Si empezase a contar algo que otro hombre le hubiera dicho sería así, “me dice el muchacho, dice él, 'Pedro', dice él”, y luego cuando hubiera contado lo que el “muchacho” había dicho, comenzaría su respuesta con “Le digo yo al chico, le digo yo, le digo yo”, etc., etc. Sus historias eran divertidas por su propia ridiculez. Pero había una cosa que puedo decir de las historias de Peter: él siempre contaba lo mismo. Y el hecho de habernos obsequiado con un largo relato de alguna de sus aventuras en un día no le impediría ni por un momento contarla toda al día siguiente. Si alguno de los niños se quejaba después de que nos hubiéramos marchado de haber estado aburrido con la historia de Peter, al día siguiente seguramente tendría que escucharla de nuevo, porque sabíamos exactamente qué comentario hacer para evocar cualquier historia que tuviéramos. Le interesaba escuchar, y seguramente alguien contaría la historia de la que se habían quejado. Tenía una aversión especial hacia los “chinos”, como él llamaba a los chinos. Según Peter, los “chinos” habían dejado sin empleo a “todos los trabajadores decentes” en muchos casos.

El tío Robert tenía otro viejo divertido llamado Hett que trabajó en el rancho durante bastante tiempo. Hett era alemán y un socialista de lo más radical. No sé por qué el tío retuvo a un hombre así, a menos que fuera por lástima hacia el viejo, porque si había algo peor que otro en opinión del tío era el socialismo. Solía sermonear a Hett en un lenguaje mucho más contundente que elegante en este sentido. Le he oído decirle a Hett en varias ocasiones que, en su opinión, “un socialista era otro nombre para un ----- ladrón”. Y Hett siempre estuvo de acuerdo con el “Sr. Kelly” en todo. Cuando el tío decía: "Hett, ¿sabes que un socialista es sólo otro nombre para un ----- ladrón?" Hett decía: "Sí, señor".

El tío Robert normalmente hablaba en voz bastante alta, pero cuando sermoneaba a Hett sobre algún tema, alzaba la voz hasta que se le podía oír en todo el local. Una vez le comenté al “Viejo Peter” que mi tío no tenía intención de que Hett no lo escuchara. "Sí", dijo Peter, "varias veces salí corriendo del granero pensando que estaban peleando, pero cuando llegué a la casa descubrí que el Sr. Kelly solo estaba aprendiéndolo".

Hett solía decirme que "si un hombre en Alemania tuviera tanta tierra como su tío, elegiría que todos los soldados lo siguieran". Es decir, supongo que tendría un guardaespaldas.

Para nosotros, los muchachos, fue muy divertido escuchar a Peter y Hett competir entre sí en sus esfuerzos por ganarse el favor del “Sr. Kelly”. A veces se peleaban mientras estaban en el trabajo y luego, cuando se acercaban a la mesa, Peter (como era un verdadero irlandés) intentaba ver qué tan terco podía actuar. Hett decía: "¿Tienes más patatas, Pete?". y Peter decía: “Déjalos ahí, yo puedo rastrearlos”. Luego se ponía de pie y avanzaba lo más que podía sobre la mesa para obtener lo que acababa de negarse a quitarle a Hett.

Recuerdo muy bien que el tío Robert me dejó en el rancho y Hett se encargó de cocinar mientras él pasaba una semana o dos en San Diego atendiendo algunos asuntos. Pasaba la mayor parte del tiempo en el campo atendiendo el ganado, pero cuando estaba en casa, Hett me atendía como si hubiera sido el tío Robert en casa. Un día, cuando me llamó para cenar, se disculpó en voz alta por no haber preparado un poco de arroz. Había estado “demasiado ocupado esa mañana para prepararlo”. Le aseguré que todo estaba bien y que de todos modos no me importaba mucho el arroz. Pero siguió hablando de ello como si fuera un asunto muy importante no tener arroz en la mesa. Finalmente dije: “Oh, está bien, Hett, puedes

cocinar un poco esta tarde. Él dijo: “Sí señor, sí señor, lo haré, señor.Kelly”. No pensé más en el asunto y, después de terminar de cenar, me senté en el salón a leer.

Después de haber estado sentado leyendo quizás durante un par de horas, Hett de repente abrió la puerta y asomó la cabeza, gritando: “Sr. ¡Kelly! ¡El arroz está listo! e inmediatamente desapareció, cerrando la puerta detrás de él. Me quedé asombrado ante un anuncio tan repentino, pero al salir al comedor, allí estaba Hett con el sudor rodando por su rostro, y un gran cuenco de arroz hervido sobre la mesa, y mi plato y mi silla, todos en su lugar. Le dije: "Bueno, Hett, quise decir que podrías cocinar un poco de arroz durante la tarde para nuestra cena". Bueno, finalmente se le metió en la cabeza que no me interesaba participar en un festival de arroz tan pronto después de cenar, así que lo guardó y se dedicó a su otro trabajo.

A veces, tres o cuatro de nosotros estábamos en el rancho para cenar el mismo día. El tío inmediatamente ordenaba a Hett que preparara la cena para la multitud, y nos sentábamos en la sala delantera con el tío Robert y escuchábamos su sermón sobre la forma correcta de hacer una cosa u otra, mientras se preparaba la comida. En el transcurso de media o tres cuartos de hora, Hett abría la puerta del comedor y, con expresión de terrible preocupación, contaba a los invitados, señalando con el dedo a cada uno de los presentes. . Luego desaparecía, cerrando la puerta detrás de él. En el transcurso de los siguientes diez o quince minutos aparecía de repente otra vez, con grandes gotas de sudor rodando por su rostro, y nuevamente hacía los movimientos de contar la multitud, y nuevamente desaparecía. Por esa época el tío Robert decía: “¡Muchachos! Tendré que salir y decirle a Hett cuántos lugares preparar en la mesa. El pobre -----tonto nunca las entenderá bien a menos que yo se lo demuestre. Y salía, dejándonos sonreiéndonos al otro lado de la habitación y escuchando una conferencia sobre cómo poner una mesa que nos llegaba a través de la puerta del comedor.

El tío Robert fue uno de los hombres más extraordinarios que he conocido. Era un hombre muy exigente en muchos sentidos. Si alguien prometía hacer algo, esperaba que se hiciera. Solía dedicar horas a sermonearnos a los chicos (o como solíamos pensar, a regañarnos). Al recordar ahora mi niñez y mi juventud, tengo grandes motivos para estar agradecido por las conferencias y consejos que me dio. Pero en aquel momento lo consideré un viejo tío muy irritable y consideré sus comentarios simplemente como los desvaríos de un viejo muy desagradable. Como he dicho antes, el tío Robert era un viejo soltero, pero se interesaba diez veces más en que nosotros, los muchachos, creyéramos con ideas adecuadas sobre cómo ocuparnos de los asuntos comerciales y cómo hacer nuestro trabajo adecuadamente, que mi padre. . Todos sabíamos perfectamente que si habíamos hecho algo que no deberíamos haber hecho, o no habíamos hecho algo que deberíamos haber hecho, y el tío Robert lo descubriera, seguramente recibiríamos un sermón la primera vez que nos encontráramos. a él. Como he dicho antes, siempre hablaba en voz alta, pero cuando nos reprendía a alguno de nosotros por algo que habíamos hecho o dejado de hacer, elevaba su voz a un tono que se podía escuchar a una distancia de una cuadra de la ciudad. . Y después de haber continuado así durante quizás media hora, de repente decía: “Ahora, crees que te estoy regañando, pero sólo te estoy aconsejando”. Y bendito sea su viejo corazón, ahora sé que soy un mejor hombre de lo que podría haber sido si no hubiera sido por los sermones del tío Robert.

Solía emplear a los indios que vivían en varias partes del interior del país para que cabalgaran para él cuando estaba en el negocio ganadero, y muchos de ellos eran excepcionalmente buenos en esa línea. Y conocía bien a casi todos los indios de todo el interior del país. Estos indios siempre le llamaron “Patrón”. (Que en español significa Protector o Maestro.) Estos viejos indios sabían muy bien que el “Patrón” les daría un sermón severo si hacían algo que él pensaba que no debían hacer, o si fallaban en hacer algo que él pensaba que debían hacer. debería haberlo hecho. Pero lo consideraban su amigo. Y era realmente patético la forma en que acudían a él en busca de consejo cuando tenían algún problema. Muchas veces he visto a un viejo indio llegar hasta la casa del rancho, después de haber recorrido sesenta u ochenta millas, para pedir consejo al “Patrón”. Quizás algún hombre blanco estaba tratando de quitarle su pequeño pedazo de tierra. O tal vez su hijo había sido arrestado por una cosa u otra. O tal vez su india o algunos de sus hijos estaban enfermos y necesitaban “medicina” y no tenían dinero. Todos estos indios hablaban el idioma español, pues habían trabajado toda su vida en las distintas estancias

ganaderas, y éstas eran prácticamente todas propiedad de gente de habla hispana en aquellos tiempos. El tío Robert podía conversar en español tan bien como en inglés, y cuando veía acercarse a uno de estos viejos indios, tomaba sus binoculares y lo observaba detenidamente antes de que el viejo se acercara mucho. La antigua casa del rancho estaba en un punto elevado de tierra y cualquiera que se acercara podía ser visto a bastante distancia.

Con frecuencia estaba sentado en el porche hablando con mi tío y de repente él decía: "¿Quién es ese que viene ahí?". Inmediatamente cogía sus prismáticos y echaba un largo vistazo. Luego decía, al acercarse el jinete: "Parece el viejo Celedonio", o tal vez: "Parece el viejo Francisco de la Sierra".

Luego dejaba las gafas y salía al final del largo porche y en cuanto el viejo estaba a cincuenta metros y era reconocido con seguridad, lo saludaban en voz alta, en español. con "¿Qué hay? Celedonia". O, "¿Qué hay, Francisco? ¿Cómo estamos? Pues, hombre? Luego se daban la mano y luego decía: "¿Como esta la familia?" (¿Como está la familia?).

El antiguo estilo español era que un visitante nunca se bajara de su caballo a menos que se lo pidieran. Y si llegaba uno que no era bienvenido y no se le pedía "A pie ti" (desmontar), simplemente se sentaba en su caballo y declaraba su negocio, y luego seguía su camino.

A estos viejos indios que habían trabajado en la estancia en tiempos pasados siempre se les pedía que desmontaran, y si el pasto era bueno, "quitaran la silla" y sacaran el caballo con piquetes. Luego el cocinero recibía órdenes de prepararle algo de comer, "en la cocina". (El tío nunca permitió que un indio comiera en su mesa, sino siempre en la Cocina).

Después de comer, el viejo salía y él y su tío se sentaban y conversaban largamente. Y si el indio pensaba al principio que iba a ocultar parte de la verdad por cualquier motivo, se encontraría muy equivocado. Porque cuando terminara esa entrevista descubriría que lo había contado todo. Pero, por lo general, esos viejos indios sabían antes de salir de casa que tendrían que decirle la verdad al "Patrón Kelly", porque él los interrogaría de tantas maneras indirectas, que estaba seguro de llegar a toda la verdad. antes de que él terminara, ya sea que hubieran pretendido que lo hiciera o no.

Cuando tuviera todos los hechos del caso, le daría buenos consejos. En aquellos momentos hablaba con uno de esos tipos sencillos como un padre habla con un niño, y si pensaba que su caso lo merecía, les prestaba dinero, aunque fuera una cantidad considerable.

Voy a relatar un caso de este tipo, incluso a costa de aburrir a algunos lectores, porque sé que algunos que leerán esto en años futuros y que conocieron al tío Robert lo apreciarán.

Después de la muerte del tío, ocurrida en noviembre de 1890, un viejo indio que se hacía llamar "Kanack" vino a la estancia a decirnos cuánto lamentaba la muerte del "Patrón". Había sido uno de los viejos vaqueros del tío y había trabajado en el rancho, de forma intermitente, durante muchos años. Mostró un dolor genuino y nos dijo que si se hubiera enterado a tiempo de que su antiguo "Patrón" había muerto, habría venido y habría intentado hacer algo para mostrar su gratitud por las muchas cosas que su "Patrón" había hecho por él durante años. pasado. Luego nos dijo que siempre debería considerarse que tenía obligaciones mayores de las que jamás podría pagar. Al preguntarle qué era lo que le hacía sentirse en tal obligación, contó la siguiente historia.

"Fue hace muchos años", dijo el viejo Kanack, "estuve enfermo durante mucho tiempo, pensé que seguramente moriría. Mi mujer también estaba enferma. Lo pasamos muy mal. Finalmente mejoré un poco pero todavía no estaba bien. Mi mujer también estaba mejor pero ninguno de los dos estaba bien. Nos hemos visto obligados a vender nuestros caballos y todas nuestras gallinas para conseguir algo de

comer mientras estábamos demasiado enfermos para trabajar. Luego, cuando estuve lo suficientemente bien como para levantarme, no tenía fuerzas y nadie me daba trabajo. Dijeron que yo no servía para el campo, y tenían razón, porque no tenía fuerzas. Finalmente, en la casa sólo teníamos comida suficiente para mantenernos con vida unos tres días. Entonces le dije a mi mujer que me iba. Ella dijo: "¿Por qué te vas?" Le dije: "La comida te durará tal vez una semana, pero si nos quedamos los dos aquí, se acabará en tres días". Ella dijo: 'Será mejor que te quedes y moriremos juntos; no eres lo suficientemente fuerte para conseguir trabajo'. Sabía que tenía razón pero no dije nada y me fui.

"No sabía a dónde ir, pero me dirigí hacia el norte por el camino carretero, había iniciado "Muy mañanita" (muy temprano en la mañana). Mi mujer todavía dormía cuando me fui. Bueno, viajé todo el día y esa noche dormí al borde del camino. Tenía mucha hambre y estaba muy cansada. Me levanté y comencé a la mañana siguiente, 'muy mañanita'. A media mañana llegué a la casa del Rancho Agua Hedionda. El Patrón salió y dijo: '¿Qué hay Kanacka? ¿Qué tienes, hombre?' (Hola, Kanacka. ¿Qué te pasa, hombre?) Le dije que llevaba mucho tiempo enfermo. Me preguntó adónde iba. Dije que no lo sabía. Luego llamó al cocinero y le ordenó que me preparara algo de comer. Mientras el cocinero preparaba la comida, el Patrón me pidió que le contara mi historia. Luego me dijo que fuera al cocina y comí, lo cual hice, porque tenía mucha hambre. Después de comer, el Patrón me preguntó si había comido bastante. Le dije que sí. Luego dijo: "Ve y ensilla mi caballo". Hice lo que me dijo. Luego dijo: 'Ve a buscar al caponero (banda de caballos de silla) y tráelos al corral. Monté en su caballo y salí y cabalgué hasta que encontré al caponero y los llevé al corral. Luego entré al corral con una riata y señalándome un caballo gris, me pasó la riata y me dijo que lo atara. (Todos los caballos tenían que ser atados en esos días.) Até el caballo y lo conduje hasta la puerta, donde el Patrón tenía una silla, una brida y todo listo. Me dijo que ensillara el caballo y yo hice todo tal como me ordenó el Patrón, sin hacer ninguna pregunta.

"Mientras ensillaba el caballo, el patrón entró en la casa. Cuando tuve el caballo listo salió el Patrón con algo atado en un pañuelo. Me lo entregó con órdenes de no abrirlo hasta que llegara a una tienda que estaba a unas quince o veinte millas de mi casa. Me dijo que en el pañuelo había suficiente para conseguir algunas provisiones para mi mujer, y que yo debía tomar el caballo e ir rápidamente a buscar las provisiones y medicinas necesarias, para llevarlo a casa, y en cuanto mi mujer estuviera bien. Lo suficiente y ya estaba lo suficientemente bien como para regresar al rancho. Me dio órdenes muy estrictas de no hablar con nadie en el camino a casa. Cuando llegué a la tienda desaté el pañuelo y encontré en él treinta dólares en oro. Cogí todas las provisiones que podía llevar el caballo y las llevé a casa. Mi mujer lloró y dijo: 'El Diós (Dios) lo había enviado'. Pero le dije 'No'. Mi viejo Patrón me lo había enviado.' A los pocos días me sentí bien nuevamente y regresé al Rancho Agua Hedionda y trabajé para mi Patrón por mucho tiempo. Se quedó con una pequeña parte de mi salario todos los meses hasta que saldé toda la deuda. Ojalá hubiera podido hacer algo por él para demostrar que no lo había olvidado. Podría haber cavado su tumba si me hubiera enterado a tiempo de su muerte. Era un muy buen hombre".

Ésta era la sencilla historia del viejo Kanack, por lo que puedo recordar. Preferiría que un indio dijera eso por mí después de mi muerte, que que me erigieran una lápida tan alta como el Monumento a Washington.

Por supuesto su historia me la contaron en español y cambiarla al inglés le ha quitado mucho belleza. Cuando se trata de belleza de expresión, el idioma inglés falla por completo en comparación con el español. He relatado este pedacito de historia antigua simplemente para dar una pequeña idea de la verdadera vida de un antiguo pionero de este condado, y un hombre que generalmente fue incomprendido por muchos de los que lo conocieron. El tío Robert casi nunca hablaba de las dificultades por las que había pasado, aunque había pasado por algunas experiencias que la mayoría de cualquiera habría considerado emocionantes. Al llegar a California en 1850 y al pasar por la parte de Arizona conocida como el "País de los indios apaches", él y otro hombre retrocedieron seis u ocho millas y enterraron a tres o cuatro miembros de la familia Oatman que habían sido asesinados por los apaches. el día antes. Viajar a través de ese hostil país indio con yuntas de bueyes en aquellos primeros días no era una excursión de placer. Pero para que dos hombres solitarios retrocedieran seis u ocho millas desde la caravana para enterrar a un grupo que acababa de ser brutalmente asesinado por esos demonios

apaches ciertamente requeriría algo de coraje. Y, sin embargo, nunca escuché al tío Robert siquiera mencionar que había tenido esa experiencia. Y probablemente nunca lo hubiera sabido, sólo que me llegó al leer el relato del “Se llevan a las niñas Oatman por los indios apaches”.

Al principio fue uno de los jueces de las llanuras. Eran hombres designados por los supervisores del condado para resolver todas las disputas sobre la propiedad del ganado. Naturalmente, provocaron enemistad, especialmente por parte de la parte ilegal de la comunidad. Justo al anochecer de la tarde del 15 de julio de 1856, después de un duro día de viaje cuidando ganado, fue atacado en El Cajón por una banda de desesperados mexicanos que intentaron matarlo. Lograron herirlo gravemente, surtiendo el efecto de tres balazos. Uno le rozó la parte superior de la cabeza, otro le golpeó en la nuca y le salió por la mejilla, y el otro le atravesó el brazo izquierdo. Que escapó con vida se debió en parte al hecho de que montaba un mejor caballo que cualquiera de los bandidos que intentaban matarlo. La mayoría de los hombres habrían hablado mucho después de años de un acontecimiento tan emocionante en sus vidas. Pero en todos los años que conocí al tío Robert, nunca lo escuché mencionar este evento de su vida pasada más que una vez. Y luego simplemente recordó haber estado en el hospital cuando le dispararon tres balas.

Poco tiempo antes de su muerte, le pedí que me contara sobre este evento, y lo hizo, en aproximadamente tantas palabras como he usado para relatar cuándo y dónde sucedió. Atribuyó su fuga de la muerte en ese momento a la mano protectora de Dios.

Una vez montó una mula desde Fort Yuma hasta San Diego en dos días consecutivos. Esta era una distancia de doscientas millas y fue uno de los paseos más notables que jamás haya oído que alguien haya hecho. Una vez le hice algunas preguntas sobre ese viaje. No pareció considerarlo tan extraordinario. Le pregunté si la mula no estaba completamente cansada cuando terminó el segundo día. Él dijo: “No, no lo era. Cuando bajaba las montañas detrás del Rancho Jamacha, me encontré con una manada de mis caballos subiendo por el sendero. Para hacerlos retroceder disparé mi pistola al aire, lo que asustó a la mula, y ella se escapó conmigo. Y tuve que tirar mi pistola para poder sujetarla. Después de que la tranquilicé tuve que volver a buscar mi pistola”. Esa sería una buena prueba de que todavía quedaba mucha vida en esa mula, incluso si había recorrido casi doscientas millas en las últimas treinta y seis horas. He realizado muchos viajes largos y duros, pero estoy seguro de que nunca he recorrido cien millas en un día. Para recorrer cien millas, habría que mantener una marcha de seis millas por hora durante más de dieciséis horas y media. Y mantener esa marcha durante tantas horas en un día, y luego levantarse por la mañana y volver a hacerlo al día siguiente, es algo que muy pocos animales podrían hacer. También sería una dura prueba para la resistencia de un hombre. Recibí mis primeras lecciones de montar en la misma mula que hizo ese extraordinario viaje. Pero cuando la monté probablemente tenía más de veinticinco años. Nunca superó su miedo a las armas de fuego y resoplaba y corría, incluso en su vejez, si se disparaba a su alrededor.

Cada vez que el tío Robert veía a uno de nosotros, los niños pequeños, montarla, decía: “Sé bueno con la vieja mula. Está envejeciendo, pero ha sido un animal espléndido en su juventud”.

VII

En 1881 se construyó el primer ferrocarril a San Diego. Antes todo lo que se cultivaba en los ranchos, como el heno y el grano, debía ser transportado hasta ese lugar en carretas. No había otro mercado y San Diego era entonces sólo una ciudad muy pequeña.

En aquellos días, cuando un granjero que vivía en las montañas cultivaba cualquier tipo de grano, debía cargarlo todo en un carro y transportarlo por caminos miserables hasta San Diego. Veinticinco millas por

día era un viaje duro con una carga. Así que un rancho que vivía a cuarenta millas de la ciudad tenía al menos un viaje de dos días con una carga al mercado.

Y en aquellos días, si alguien hablaba de ir a la ciudad, todos sabían que iba a San Diego, porque no había otra ciudad en el condado.

La mayoría de los ganaderos o agricultores tenían un carro que podía transportar de una a cuatro toneladas. Enganchaban cuatro o seis caballos o mulas a este carro y lo cargaban con sacos de grano, tantos sacos como pensaban que su equipo podía tirar. Ate una caja de campamento, que contenga algunos utensilios de cocina y suficientes provisiones para el viaje, y también un rollo de ropa de cama, encima de la carga y comience a partir.

Los caminos siempre estaban en mal estado, porque en aquellos días, cuando una parte del camino se deterioraba tanto que los camioneros no podían pasar una carga por encima, en lugar de reparar el camino, generalmente abrían una nueva vía y viajaban por ella hasta que También se volvió imposible. Luego, después de que las lluvias del siguiente invierno llegaban y asentaban el polvo, volvían a recorrer el antiguo camino, “a horcadas sobre los surcos” (es decir, colocaban una rueda a cada lado de los viejos surcos), y así avanzaban por el camino. mejor manera que pudieron.

Una carga de cuatro caballos solía pesar entre tres y cuatro mil libras, pero los camioneros nunca hablaban de toneladas o miles de libras. Eran “trescientos”, “quinientos”, “sesentacentos”, etc. 1

La mayoría de los niños que vivían en ranchos aprendieron, desde muy jóvenes, a conducir un tiro, es decir, un tiro de cuatro o seis caballos. Porque si no conducían una yunta por el camino, tenían que conducir una yunta de arado. Todas las cosechas se sembraban mediante arados en grupo, que generalmente eran tirados por seis u ocho caballos o mulas. Se esperaba que estos equipos estuvieran en el campo, listos para trabajar, tan pronto como hubiera suficiente luz para ver por la mañana. Y no se esperaba que abandonaran el campo hasta que estuviera demasiado oscuro para ver el surco.

Los equipos debían ser alimentados al menos una hora antes de partir hacia el campo, y el conductor no sólo debía alimentar a su equipo, sino que también debía prepararlos y enjaezarlos antes del desayuno.

Estas largas horas durante la temporada de siembra, que en este país es aproximadamente del primero de diciembre al primero de febrero, se hicieron necesarias debido a la gran cantidad de arado que se debe hacer en ese corto tiempo. Se esperaba que un buen equipo de seis animales arara al menos doscientos acres durante la temporada de siembra. Y como aquí es la temporada de lluvias, deben esperar perder muchos días a causa de la lluvia.

Aquellos que tenían que contratar conductores para sus equipos de arado nunca parecieron tener problemas para conseguir hombres dispuestos a trabajar esas largas horas. Los hombres parecieron darse cuenta de que el tiempo para tal trabajo era limitado y que el trabajo debe ser apresurado. Y los primeros cultivos plantados solían ser los mejores.

1 2000 libras. = una tonelada corta o 2240 lbs. = una tonelada larga.

Si los sacos pesaran 100 libras cada uno, entonces 30 sacos pesarían 3000 libras. o más de una tonelada.

Por supuesto, estoy escribiendo sobre los viejos tiempos antes de que la guerra en Europa hiciera que los trabajadores perdieran la cabeza y exigieran una jornada de ocho horas. Y con sólo la mitad del trabajo realizado en esas ocho horas que un hombre común y corriente podría realizar en ese período de tiempo.

Tan pronto como se terminaba la siembra, siempre había mucho trabajo arreglando caminos y cercas, etc., hasta que comenzaba la cosecha. Primero fue el heno, el corte, el rastrillado, el sacudido y luego el apilamiento.

Después vino la cosecha de cereales. El grano se cortó con cabezal. Con esta máquina los caballos empujan el cabezal que tienen delante. Por lo general, corta una franja de unos doce pies de ancho y normalmente es empujado por seis caballos. Se gobierna mediante un timón como si fuera un barco. El conductor se encontraba detrás de los caballos, detrás de una pequeña plataforma y montado sobre el timón. Tiene una palanca larga mediante la cual puede subir y bajar la barra de corte. Puede variar la altura de la barra de corte desde seis pulgadas hasta tres pies. El grano cortado cae sobre una lona de lona y es transportado hacia arriba a través de un pico con cortina hasta los carros cabezales que son conducidos a lo largo y debajo del pico.

Un hombre conduce el cabezal, otro conduce cada vagón (hay dos o tres vagones) y un hombre carga o coloca el grano en los vagones. Cargar los vagones portapeines es un trabajo muy duro. A veces, un cabezal corta treinta acres por día, y cuando un hombre tiene que cargarlo todo, cambiando de un vagón a otro a medida que se llenan los vagones, seguramente se necesita un hombre que conozca su negocio para realizar este trabajo.

El escritor ha realizado casi todo tipo de trabajo que se puede hacer en un rancho y en la mayoría de las ocasiones ha podido ocupar el lugar de un hombre en cualquier tipo de trabajo. Pero nunca intenté cargar vagones con plataforma sino parte de un día. Y en ese momento decidí –como el elefante que intentó trepar al árbol– que “no se podía hacer”. Al menos que no pude hacerlo. El grano era muy pesado y subió por el pico en tal volumen que me nevó y tuve que dedicar todo mi tiempo a sacarlo. Sin embargo, un hombre que entiende cómo cargar, aparentemente tendrá pocos problemas, no importa qué tan rápido suba por el pico.

Por supuesto, después de cortar y apilar el grano, hay que trillarlo. En mi infancia los trilladores siempre eran lo que se conocía como “caballos de fuerza”. Es decir, en lugar de tener algún tipo de motor para impulsar la maquinaria, se enganchaban varios caballos (generalmente de doce a dieciséis) a una serie de barridos, y el conductor motorizado se encontraba en una plataforma en el centro y los mantenía dando vueltas. y alrededor todo el día. La potencia así generada se transmitía a una rueda llamada "Jack" por medio de una serie de varillas giratorias. Una correa larga iba desde el “gato” hasta una polea de la trilladora, impulsándola así. Había tantos caballos con uno de esos anticuados trajes de trilla, y hacían tan poco en un día, que casi limpiarían las cosechas de un granjero antes de trillarlas. Luego iban de doce a veinte hombres con ese traje y tenían que ser alimentados por el granjero. ¡Y qué apetitos tendrían estos tipos! Ver venir la trilladora fue suficiente para provocarle una pesadilla a la esposa del granjero.

Por supuesto, en años posteriores, estas viejas máquinas de caballos dieron paso a grandes trilladoras impulsadas por vapor, que no tenían más de la mitad de caballos que los antiguos, y que trillaban dos o tres veces más en un día como lo hicieron ellos. Estos grandes grupos también trajeron consigo un carro de cocinero y abordaron a sus propios hombres. Eso fue un gran alivio, especialmente para las mujeres del rancho.

Pero en los primeros días, antes de que llegara el ferrocarril, transportar las cosechas al mercado era sin duda una tarea larga y tediosa. Sin embargo, la mayoría de los niños, cuando eran lo suficientemente grandes para manipular sacos de grano, lo consideraban un buen trabajo. Ser enviado con un tiro de cuatro o seis animales y una gran carga de grano a San Diego, y estar fuera de casa al menos tres o cuatro días, les parecía una gran diversión. Pero antes de que se hubiera recogido toda la cosecha, la diversión ya había desaparecido hacía mucho tiempo.

En aquella época siempre había muchos equipos en la carretera y, naturalmente, había mucha rivalidad entre los camioneros en cuanto a quién podía soportar la mayor carga. Por supuesto, algunos agricultores tenían equipos mucho mejores que otros. Pero había casi tanto en el piloto como en el equipo. Algunos pilotos podían tomar un equipo muy común y corriente y transportar una carga mayor que otros que tenían muy buenos equipos.

Al principio también había muchos de los que se conocían como “equipos largos”, es decir, equipos de ocho, diez, doce o incluso dieciséis animales, y estos camioneros tenían dos, y a veces tres, grandes carros para transportarse. cada uno de esos equipos. Estos “equipos largos” siempre eran conducidos con una sola línea, lo que se llamaba línea de tirón.

Hay muchos auto conductores que ahora presumen de su habilidad como conductores. Pero para manejar uno de esos “equipos largos” que transportan cargas por pendientes montañosas se necesitaba cien veces más habilidad de la que cualquier conductor de automóvil jamás hubiera soñado. Los antiguos caminos de montaña eran muy empinados y sinuosos. Y cualquiera que hoy recorra esos caminos nunca pensaría que un largo tiro de seis u ocho tramos de mulas o caballos, con dos grandes carros muy cargados, podría alguna vez tomar las curvas cortas de esos caminos, sin tomar al menos uno de los vagones fuera de la carretera. Pero aquellos camioneros de antaño eran conductores realmente hábiles. Y rara vez tenían problemas, incluso si las carreteras estaban en mal estado.

Ahora bien, soy muy consciente de que esta descripción bastante larga de la agricultura y el trabajo en equipo tal como la he escrito es bastante poco interesante, pero comencé a escribir un relato de la vida en un rancho y cada rancho tenía que tener algo de ese tipo. Y todos los muchachos teníamos que hacer algunos de los trabajos desagradables, así como otros que eran más de nuestro agrado. El rancho en el que crecí se dedicaba principalmente a la ganadería. Pero también teníamos que dedicarnos a la agricultura.

VIII

Como he dicho, después de que se cercara el rancho en 1883, el tío Robert compró un buen número de ganado, y con el que teníamos en el rancho y el aumento natural, el rancho pronto estuvo bien abastecido.

Nosotros, los muchachos, nos encargamos de montar y cuidar el ganado. De hecho, uno o dos de nosotros montábamos en el campo todos los días.

Criábamos muchos caballos y nos manteníamos bastante ocupados domando caballos jóvenes para montarlos o conducirlos. Me parecía que siempre iba montando caballos medio domados. Tan pronto como conseguíamos un caballo bien domado, alguien lo compraba y entonces llegaba el momento de domar otro.

Por supuesto, con todo lo que teníamos que montar, cambiábamos de caballo con bastante frecuencia. Porque no éramos como el famoso personaje de Owen Wister, "El Virginiano", que podía montar un caballo cada día, año tras año, en un gran campo ganadero; Monte seguramente debía haber sido un caballo maravilloso. Tampoco andábamos como los personajes de las "películas" modernas, que siempre andaban corriendo.

Al montar a caballo, un hombre que realmente entiende su trabajo nunca monta un caballo rápido, a menos que sea necesario. Si lo hiciera, su caballo probablemente estaría tan cansado y tan casi exhausto cuando realmente surgiera una emergencia que no estaría a la altura de la ocasión.

La equitación ordinaria se realiza al paso o al trote. Es decir, cuando simplemente estás cabalgando entre el ganado y no los mueves de un lugar a otro, ni haces ningún trabajo especial con ellos. Con ese paso, un caballo puede aguantar todo el día y aun así poder subirse y hacer un trabajo muy duro al final. Pero si un hombre montara como lo vemos en las "películas", seguramente necesitaría muchos caballos para seguir adelante. He venido muchas veces de noche, montando un caballo muy cansado, pero nunca se me ha escapado ningún caballo. Esa fue una de las cosas que aprendimos de los viejos "españoles californianos". Nunca montaban a caballo innecesariamente, al menos no cuando iban detrás del ganado. Porque sabían muy bien que, en cualquier momento, tendrían que esforzarse al máximo. Y, por supuesto, si lo hubieran cabalgado al galope durante una o dos horas, estaría tan sin aliento y exhausto que podría hacer muy poco cuando surgiera una emergencia en la que sería necesario que hiciera lo mejor que pudiera.

Al montar detrás de un caballo bien domado, el jinete debe andar con calma (y especialmente al subir colinas) y no montar con una silla bien ceñida. Por supuesto, si estuviera montando un caballo salvaje o ligeramente domado, mantendría la silla bien apretada. Porque nunca sabría cuándo a su caballo se le ocurriría montar a caballo o hacer algún negocio extraño. Y en ese caso, si viajaba con la silla suelta, quizá tendría que caminar hasta casa. Nos enseñaron a guardar siempre las fuerzas de nuestros caballos para una posible emergencia, pero cuando surgiera una emergencia, a darle lo mejor que pudiera y no ahorrarle en lo más mínimo hasta que la emergencia hubiera pasado.

Debes quitarle las riendas, aflojar la silla y dejar que tu caballo beba cuando llegues al agua. Y haga esto varias veces al día si es posible. Y no dejes que un caballo esté sin agua por tanto tiempo que, cuando le des de beber, beba tanto que se sienta miserable durante aproximadamente una hora después por haber bebido demasiado.

Además, cuando el alimento es abundante, es una buena idea quitarle las bridas y dejarle comer, aunque sólo sea durante unos minutos. Y haga esto, si es posible, varias veces al día. Si nunca lo has probado antes, te sorprenderá cómo diez minutos de pastoreo pueden reanimar a un caballo en un duro día de cabalgata. Tómate diez minutos varias veces al día, si no tienes mucha prisa, y deja que tu caballo coma, sin las bridas y con la silla aflojada. Usted estará descansado y su caballo estará casi como uno nuevo. No hay nada que canse más a un hombre que montar un caballo cansado.

Algunas personas que no estaban familiarizadas con este tipo de trabajo me preguntaron por qué en un campo cercado era necesario viajar tanto entre el ganado. Hay muchas razones por las que es necesario vigilar de cerca esta población. El ganado vacuno y los caballos, al igual que las personas, están sujetos a muchos problemas y dificultades. Les duelen varias cosas y tienen una manera de lastimarse unos a otros.

Probablemente la dificultad más común entre el ganado sea que uno enganche o ponga cuernos al otro. Una herida leve de cualquier tipo, especialmente en climas cálidos, hará que comience a sangrar. Entonces las moscas “soplarán” la herida y pronto aparecerá una llaga fea. Hay que atar a ese animal y arrojarlo, limpiarle la herida y aplicarle algún desinfectante. Cuando hace calor solemos llevar con nosotros una botella de algún tipo de desinfectante fuerte cuando cabalgamos entre el ganado, y dondequiera que encontramos un animal con problemas de este tipo lo arrojamos y atendemos la herida, y lo soltamos de nuevo en cualquier lugar. parte del rango en el que se encuentra.

Luego, al ganado o a los caballos a veces se les pegan “chollas” (una especie de cactus con forma de bola) en la nariz mientras se alimentan. Estos causan mucho sufrimiento e impiden que el animal paste cómodamente. Por supuesto que hay que amarrar estos casos, tirarlos y quitarles las chollas.

Luego, por supuesto, hay mil otras cosas que pueden suceder y que requerirán atención. Una vez encontramos una yegua joven en el campo atada por el pelo de la cola a un viejo tronco o arbusto roto. La habían mantenido así durante cuatro o cinco días (a juzgar por su estado) cuando la encontraron, y habría muerto por falta de comida y agua si mi hermano Charley no la hubiera encontrado. Una vez me acerqué a un gran abrevadero en un manantial en el valle de Agua Hedionda. Teníamos un molino de viento casero que bombeaba agua a este abrevadero. El ganado normalmente bebía el abrevadero hasta dejarlo seco por la tarde, y el molino de viento rara vez empezaba a bombear de nuevo hasta que la brisa del mar empezaba a soplar a la mañana siguiente, alrededor de las diez en punto, por lo que el abrevadero permanecía vacío toda la noche y hasta que el molino comenzaba a bombear. por la mañana. La mañana a la que me refiero fue en una época del año en la que el clima era bastante cálido y el ganado había llegado a regar algún tiempo antes de que hubiera suficiente viento para hacer que el molino bombeara. Había varios caballos reunidos alrededor del abrevadero y la brisa del mar apenas había comenzado a soplar lo suficientemente fuerte como para poner en marcha el molino de viento. Probablemente el molino había estado bombeando unas cuantas paladas y luego se había detenido y esperado a que la brisa se hiciera más fuerte, luego bombeaba unos minutos más y esperaba de nuevo. Pero cuando llegué allí, el viejo molino empezaba a tener viento favorable y empezaba a verter un chorro constante en el gran abrevadero. Este abrevadero estaba hecho de tres grandes tablas de secoya, de seis metros de largo y veinticuatro pulgadas de ancho, y estaba ensanchado de modo que tenía aproximadamente tres pies y medio de ancho en la parte superior. Al acercarme me sorprendí al ver las patas de un animal sobresaliendo del comedero y galopando rápidamente para ver qué pasaba, encontré una yegua grande y gorda de cuatro años boca arriba en el comedero, y el viejo molino de viento bombeando un chorro sólido de cinco centímetros sobre ella. En menos de una hora el abrevadero se habría llenado y la yegua se habría ahogado. Sucedió que ese día estaba montando un caballo de silla bien domado, y apresuradamente poniendo mi riata alrededor del cuello de la yegua y hasta el cuerno de la silla, detuve mi caballo hacia atrás y giré a la yegua hacia el suelo. Ella no estaba peor por su experiencia, pero unos minutos más habrían acabado con su vida. Los caballos habían llegado sedientos y encontraron el abrevadero casi seco y se mordían y pataleaban, queriendo cada uno llegar a la parte del abrevadero donde salía espasmódicamente un poco de agua de la bomba. Y al tratar de apartarse de los talones de una yegua vieja y viciosa, esta había caído contra el abrevadero y luego dentro.

Por supuesto, estos dos incidentes que acabo de describir son cosas que rara vez les pasarían a los animales que corren en un campo, pero los he mencionado sólo para mostrar a aquellos que no están familiarizados con este tipo de trabajo las condiciones inesperadas que enfrentamos en veces.

Cuando el ganado es pobre, como en tiempos de sequía, la dificultad más común en la que se encuentran es quedar atrapados en algún lodazal. Siempre me pareció que cuanto más pobre y débil era una vaca vieja, más segura estaba de llegar a algún lugar del que un animal fuerte y gordo no tendría

problemas para salir. Solíamos tratar de mantener vallados los peores pozos de lodo para que el ganado no pudiera entrar en ellos y enlodarse, pero en las estaciones secas, a finales del otoño, el ganado estaba muy escaso y débil y eso nos mantenía alerta todo el tiempo intentándolo. Para ver que los animales que quedaron atrapados fueran sacados tan pronto como fuera posible después de haber entrado. Porque si se los deja mucho tiempo en el barro frío, no podrán mantenerse en pie después de ser sacados, por lo que es casi seguro que morirán. No sólo se quedarán atrapados en el barro, cuando estén flacos y pobres, sino que caerán en barrancos secos y en todo tipo de lugares. Generalmente conseguíamos sacarlos de sus apuros con nuestros caballos de silla, tirando del asta de la silla, pero algunas veces cuando encontrábamos alguno atrapado en un lugar muy difícil teníamos que tirar con varios caballos para sacarlo. Mientras escribo en esta línea voy a contar un caso bastante divertido que me viene a la mente.

Mi hermano Charley tenía un indio trabajando para él que se llamaba Frank. Tenía una mano espléndida con los caballos, ya fuera montándolos o conduciéndolos. Una mañana, estaba cabalgando entre el ganado cuando vi a Frank que bajaba de la casa de Charley, con un grupo de grandes caballos jóvenes atados a un fuerte carro agrícola. Los caballos trotaban lo más rápido que podían e intentaban correr de vez en cuando.

Cuando llegó a donde yo estaba sentado en mi caballo al borde del camino, detuvo el tiro y puso el freno. Le dije: "¿Adónde vas con tanta prisa, Frank?" "Oh, el señor Charley me envió a sacar una vaca muerta del barro en el "Macario Spring", dijo. Le dije que iría allí y lo ayudaría. "Oh, supongo que estos dos caballos pequeños pueden sacarla", dijo Frank y comenzó a avanzar tan rápido como siempre. Lo seguí a buen paso, pero llegó al manantial bastante tiempo antes que yo. La vaca quedó atrapada en medio de un trozo de barro que probablemente tenía dos o tres varas de diámetro y ya estaba muerta. Pero Charley había enviado a Frank para que la sacara y le quitara la piel. Me senté en mi caballo y observé cómo haría para sacarla de ese lugar. Condujo la carreta alrededor del lodo y se detuvo con la parte trasera lo más cerca posible del borde del lodo. Luego ató rápidamente sus líneas al freno, que estaba apretado con fuerza. Luego bajó del asiento y tomó un gran rollo de fuerte "cuerda de torre" del carro. Dando la vuelta hacia la parte trasera, ató un extremo de la cuerda al eje trasero y, tomando el otro extremo, comenzó a caminar en el barro. Llevaba pesadas botas de piel de vaca con las perneras del pantalón metidas dentro de la parte superior. A medida que avanzaba, el barro se hacía cada vez más profundo, hasta que cuando llegó junto a la vaca, el barro le llegaba casi hasta la parte superior de las botas. Luego ató firmemente el extremo de la cuerda al cuello de la vaca muerta. Aproximadamente en esta etapa del juego, el equipo, que había estado resoplando y pataleando mucho en la tierra, de repente se abalanzó y comenzó a correr. Yo estaba en el lado opuesto de un gran barranco y no pude llegar a ellos a tiempo para hacer nada bueno, y Frank estaba en medio de este lodo que era tan profundo y pegajoso que no podía correr a través de él para atrapar al equipo. Pero como la cuerda era larga, había bastante holgura, y en el tiempo que le llevó al equipo correr lo suficiente para tensar la holgura, Frank probablemente había llegado a la mitad del camino desde donde yacía la vaca hasta el borde del barro. Evidentemente vio que le sería imposible llegar al equipo a tiempo para evitar que huyeran, pero nunca se supo que su cabeza le fallara en ningún tipo de emergencia relacionada con el comportamiento de los caballos. Cuando de repente la cuerda se tensó, la vieja vaca se soltó de donde había estado atascada y comenzó a perseguir al equipo volador a un ritmo terrible. Frank lanzó una mirada al equipo que corría, y otra a la vaca que ahora se movía rápidamente, y cuando ella pasó junto a él, haciendo volar el barro, de repente saltó sobre su espalda y agarró sus cuernos, salió volando del barro y descendiendo por el cañón en medio de una nube de polvo.

Creo que fue la visión más cómica que jamás haya visto. Un equipo huye con un gran carro, con una vaca muerta enganchada detrás y un indio montado en el lomo de la vaca. Por supuesto, pensé que el equipo seguramente resultaría gravemente herido y que el carro probablemente se rompería en pedazos. En cuanto al indio, lo había visto en tantas peleas con caballos salvajes de las que había salido sano y salvo, que sentí que saldría de esto sin daño. Bueno, después de correr bastante, el equipo descubrió

que habían bajado entre las bifurcaciones de un barranco seco y profundo, con orillas rectas hacia arriba y hacia abajo y de unos seis u dos metros y medio de profundidad. Habían estado corriendo a lo largo del borde de un profundo barranco que estaba justo a su izquierda, y al llegar de repente a otro profundo barranco que venía desde la derecha y tan profundo que no podían cruzar, de repente giraron bruscamente hacia la derecha y comenzaron a caminar. salir corriendo de este bolsillo en el que se habían topado. El indio estaba, como ya he dicho, sobre la vaca muerta, al final de la cuerda, que probablemente estaba a sesenta o setenta pies detrás del carro. Cuando vio que el equipo giraba, de repente saltó del lomo de la vaca, corrió hacia la derecha y cuando el equipo lo pasó, se agarró al costado del carro y ágilmente se subió a él y subió al asiento alto del carro. Se agachó, desenrolló las líneas del freno y, con unos cuantos tirones fuertes, pronto detuvo al equipo y se dirigió contra un viejo árbol de saúco. Volvió a atar las cuerdas con fuerza, saltó ágilmente del carro, rodeó sus cabezas y pronto tuvo al equipo bien atado. o el árbol. Luego se acercó a donde yacía la vaca, desató la cuerda y cuando llegué a su nueva ubicación estaba empezando a desollar a la vaca, como si todo hubiera salido como él había previsto originalmente. Mientras me acercaba a él, sonrió y dijo: "Bueno, Don Juan, ¿qué te parece esa forma de sacar una vaca del barro?" Frank era un indio muy peculiar. En ese momento probablemente tenía poco más de veinte años y había sido criado por gente blanca, o más bien había trabajado para ella, toda su vida, y hablaba inglés tan bien como un chico blanco común y corriente. Hay mucha gente que te dirá que el indio americano no tiene sentido del humor. Pero Frank ciertamente fue una excepción a la regla, porque tenía un sentido del humor tan agudo como cualquier joven que haya conocido. No sabía leer, pero solíamos leerle artículos e historias divertidas de revistas y periódicos, y él se reía y disfrutaba al máximo. Si alguna historia divertida le divertía especialmente, la disfrutaba durante semanas y citaba las partes que más le habían interesado en su trabajo y en todas las demás ocasiones. Pero el pobre Frank siguió el camino de muchos indios. Se disipó y finalmente tuvo que abandonar este país y saltar a la Baja California para mantenerse fuera de las garras de la ley. Posteriormente se informó que había sido asesinado por algunos miembros de una banda dura con la que había estado asociado. Si hubiera considerado adecuado llevar una vida sobria y honesta, habría sido difícil encontrar un peón de rancho mejor que él. Pero la bebida y las malas compañías lo arruinaron, como han arruinado a muchos hombres blancos.

He descrito algunos de los trabajos rutinarios en un rancho ganadero y, por supuesto, algunos son trabajos agradables y otros son totalmente al revés. En la primavera del año, cuando todo el ganado está gordo y fuerte, no hay nada, en mi opinión, más bonito que una gran "reunión" de ganado vacuno o de caballos. Los terneros en un rancho ganadero deben ser "marcados" y "marcados" mientras el clima es fresco. Porque en climas cálidos, si se hace este tipo de trabajo, no habrá fin de problemas porque las moscas "soplan" las heridas, lo que requiere mucho trabajo, siempre tratamos de terminar esta parte del trabajo lo antes posible. de mayo, si es posible.

En nuestras rondas de primavera, siempre teníamos claro de antemano qué parte del área debía cubrir cada hombre al reunir el ganado. Cada hombre llevaría todas las vacas con terneros (si era un arreo de ganado) y lo mismo con las yeguas con potros, si era un arreo de caballos. Intentaríamos reunirlos a todos en el valle cerca de la antigua casa del rancho lo más temprano posible, lo que normalmente sería alrededor de las nueve y media o las diez de la mañana. Entonces todos tendrían que trabajar duro para meterlos en el gran corral. El ganado traído de las distintas partes de la pradera donde tiene la costumbre de correr hará todo lo posible para escapar del rodeo y regresar a sus antiguas zonas de alimentación. Entonces, cuando la manada está en el corral, es probable que todos los caballos en el trabajo estén empapados de sudor. Y como las vacas y sus terneros frecuentemente se separan unos de otros cuando el rebaño se precipita hacia el corral, siempre hay un estruendo perfecto de bramidos y berridos, de modo que cuando la gran puerta se cierra tras ellas, apenas se puede Escúchese pensando en el ruido. Luego hay prisa por encender el fuego y preparar los hierros para marcar.

Entre nosotros, por lo general, cada uno tenía su trabajo habitual en tales ocasiones. Mi trabajo siempre fue trabajar en el corral a caballo lazando y echando terneros, o potros, según fuera el caso. Esto no se debía a que yo fuera mejor jinete a caballo que los otros hermanos, sino, creo, a que no era tan bueno

como los otros muchachos a pie. Se trataba de poner a cada hombre donde pudiera lograr el máximo. Y cuando terminaba el día, todos estaban cansados y tan cubiertos de polvo y mugre que era realmente ridículo mirarse unos a otros. Cuando el ganado sale del corral por la tarde, es interesante ver cómo los que han sido traídos de distintas partes del prado se separan de los demás y regresan a sus propios lugares de alimentación. Parece ser una especie de “ley no escrita” para ellos permanecer en su propia parte particular del territorio.

Pero arrear caballos es un trabajo mucho más duro que uno de ganado. Es cierto que es mucho más fácil recogerlos del campo y meterlos en el corral, pero entonces comienza el verdadero trabajo. Después de un día de trabajo atando y lanzando caballos, las manos de todos estarán tan doloridas y llenas de ampollas que apenas podrán sostener una cuerda. El procedimiento habitual es que un hombre a caballo ate al potro o al caballo por el cuello y lo mantenga alejado de los otros caballos (generalmente cerca de la puerta del corral). Luego, otro hombre le ata las dos patas delanteras y pronto cae de costado. Pero un potro salvaje, grande y fuerte, es muy veloz, y el hombre que le ata la cabeza o los pies probablemente se quedará con la mano quemada o ampollada antes de que pueda conseguir sus “turnos” en el cuerno de la silla. Luchar con caballos adultos que son salvajes es una prueba mucho mejor de buena equitación que luchar con ganado salvaje. Por supuesto, con el ganado salvaje el principal peligro es que el animal cortine o cornee a su caballo. Y seguramente se requiere una habilidad considerable para mantenerse alejado de una vaca o un novillo feroz. Pero con un caballo salvaje, el principal peligro es que haga perder el equilibrio al caballo que estás montando. Pasará corriendo a tu lado a toda velocidad y seguramente hará falta una sacudida terrible para detenerlo. El jinete siempre debe mantener su caballo dirigido en la dirección en la que va a venir el tirón, porque si no lo hace, pero deja que el caballo lo tire lateralmente, seguramente su caballo perderá el equilibrio. Luego a esto se suma el peligro de que se rompa la riata. Para alguien que no esté acostumbrado a este tipo de trabajo, esto podría parecer de poca importancia: simplemente dejar escapar al caballo. Pero puedo testificar, por experiencia, que la ruptura de una riata es a veces un asunto muy grave. Una vez estábamos atrapando algunos caballos en el corral del rancho y yo estaba en el corral a caballo haciendo el lazo. De repente, un gran caballo joven y salvaje saltó por encima de los barrotes y salió. Los otros muchachos bajaron los barrotes y yo salí a caballo para intentar llevarlo de regreso al corral. Justo cuando lo llevaba hasta la puerta, pasó a mi lado, hice girar mi caballo y lo até cuando pasó a mi lado. Estaba bajando una pendiente y a toda velocidad. Obtuve mis vueltas en la silla cuando él había quitado aproximadamente tres cuartos de la longitud de mi riata, y para evitar que se rompiera, dejé que las vueltas se ejecutaran en el cuerno de la silla hasta que tomó todas menos aproximadamente un pie de ella, e incluso entonces lo detuve tan repentinamente que cayó en toda su longitud. Uno de los niños estaba bastante cerca de él cuando cayó (porque había estado allí tratando de llevarlo de regreso al corral) y corrió para asustarlo y obligarlo a regresar. Le grité que lo dejara. El caballo permaneció donde estaba hasta que pude montar y girar aproximadamente a la mitad de la riata (que tenía casi sesenta pies de largo), pero antes de que pudiera hacer algo, el caballo se puso de pie y pasó a mi lado a una velocidad terrible. Sólo tuve tiempo de hacer girar a mi caballo para tomar el tirón, o tirón, de frente, y cuando llegó al final, la riata se rompió (como sabía que sucedería) y el final volvió como un Latigazo cervical y me golpeó en el ojo derecho con tanta fuerza que casi me derriba del caballo. Entonces pensé que tendría que pasar el resto de mi vida con un solo ojo. Pero después de varias semanas en una habitación oscura bajo el cuidado de un oculista, salvé la vista. Pero durante mucho tiempo me resultó difícil no agachar la cabeza cuando ataba a un caballo o a un novillo que estaba huyendo.

He usado la palabra “riata” tantas veces en esta narración que se me ha ocurrido que algunas personas que no están familiarizadas con el idioma español podrían no entender exactamente lo que significa o cómo se hizo.

La mayoría de los escritores lo llaman "lariat". Pero eso en realidad es juntar dos palabras para formar una. “La riata” sería lo mismo que “la riata”. Si le preguntaras a un hispanoamericano cómo llamaba a tal cosa, “la riata” o “esa la riata”, que en inglés sería “the riata” o “that is the riata”. Está fabricado en cuero

crudo. Generalmente se trenzan cuatro hebras entre sí, aunque a veces son de seis hebras. Hacer una buena riata requiere mucho trabajo. En primer lugar se debe quitar la piel del animal con mucho cuidado para que no queden cortes en ella. Luego, tan pronto como se toma del animal, se debe extender suavemente sobre el suelo, o mejor aún, sobre un piso, y clavarlo en los bordes con estacas o clavos para evitar que se arrugue. Luego, cuando se haya secado lo suficiente como para quedar firme, comenzará el hombre que la va a hacer riata, con un cuchillo muy afilado y cortará un círculo de como un pie de diámetro justo en el medio de la piel.

Luego comenzará a cortar la hebra, alrededor y alrededor de este círculo, trabajando desde el centro de la piel hacia el exterior. Cortará el hilo mucho más ancho de lo que pretende tener cuando estén listos para ser trenzados en la "riata". Por lo general, los corta como de una pulgada de ancho. No será muy exigente en cortarlos bien e incluso en este momento, porque es necesario remojarlos en agua hasta que estén bastante blandos y luego hay que estirarlos hasta que no se estiren más. Para hacer esto, los antiguos "riataros" o fabricantes de riata solían atar un extremo de las hebras a una rama fuerte y baja de un árbol, y luego llevaban el otro extremo de las hebras a otra rama larga y baja, que era bastante más lejos de la primera rama que la longitud de las hebras, y acercando las dos ramas entre sí hasta que las hebras se alcanzaran, átelas firmemente, mientras las hebras de piel cruda estaban muy suaves y húmedas. Luego, a medida que las hebras se estiraban, las dos extremidades fuertes estaban en una fuerte tensión. encendido, mantendría los hilos tensos, sin importar cuánto se estiraran. Después de haberlos mantenido tensos como las cuerdas de un violín durante un par de días, les quitarían todo el estiramiento. Luego se bajan y se pasan a través de un "bloque calibrador" que tiene un cuchillo afilado, y esto los recorta a un ancho en toda su longitud. Ambos bordes de las hebras se recortan en este bloque calibrador y la cuchilla se coloca inclinada para que los bordes de las hebras queden biselados. Esto es para que el lado de la fibra de las hebras sea un poco más estrecho que el lado de la carne. Como la piel es más gruesa en algunos lugares que en otros, las hebras también deben recortarse hasta lograr el mismo grosor en forma plana. Esto también se hace con un cuchillo clavado en un bloque de madera, pero antes de este último calibrado en forma plana, se debe raspar el cabello de los mechones con un cuchillo. Cuando todos estén bien calibrados a un ancho y un grosor, y los bordes bien biselados, estarán listos para trenzar. Como ahora estarán duras y secas, hay que humedecerlas lo suficiente para que queden blandas, y luego después de hacerle un nudo que los marineros llaman "Matthew Walker" al final, se enrollan en bolitas de manera que, como el A medida que avanza el trenzado, los hilos se pueden sacar del centro de las bolas. (Yo mismo he enrollado estas bolas muchas veces, pero no pude escribir una descripción de cómo se hace para que otro pueda entenderme). El extremo anudado ahora está sujeto a algo y, manteniendo las hebras húmedas, se puede comenzar el trenzado. Este trenzado debe hacerse lo más apretado posible si quieres tener una "riata" bonita y uniforme. Y es importante tener los cuatro hilos lo más cerca posible de la misma tensión para que uno no se rompa por estar más apretado que los demás cuando se ponga a prueba. La riata, una vez terminada, suele tener entre cuarenta y cinco y sesenta y cinco pies de largo. Las hebras deben ser aproximadamente una quinta parte más largas de lo que deseas que sea la riata terminada. Ahora se debe hacer un bonito "hondo" de cuero crudo y ponérselo (algunos vaqueros prefieren un hondo de latón) y estará listo para comenzar. La riata quedará dura y rígida al principio, pero el uso la suavizará. No creo que una riata sea más fuerte que una cuerda de manila nueva y en buen estado, del mismo diámetro, pero es más pesada y mejor para lanzarla desde un caballo corriendo y además durará más.

Todavía conservo mi antigua riata, es decir, la última que tuve mientras trabajaba en el negocio bursátil. No lo hice, pero es uno de los mejor hechos que he visto. También tengo mis viejas espuelas plateadas y mi brida de montar. Mi silla se quemó en un incendio desde que me mudé a la ciudad.

El tipo de bridas que utilizan los ganaderos es otra cuestión que quiero abordar. Siempre viajamos con lo que se llamaría un "poco severo". La mayoría de las personas que no están acostumbradas a un caballo bien controlado dirán: "Qué bocado más cruel para ponerle en la boca a un caballo". Pero cuando comprendas toda la situación no la pensarás tan mal. En primer lugar, como he dicho en un capítulo anterior, a un caballo bien domado se le monta con un hackamore hasta que esté manso, y luego se le

monta tanto con un hackamore como con el freno severo, que se llama freno español. Mientras lo montan los dos a la vez, el jinete le enseña a detenerse en seco levantando suavemente las riendas de la brida y al mismo tiempo tirando con fuerza de las riendas del hackamore. Lo mismo ocurre con enseñarle a girar rápidamente. Las riendas simplemente se presionan contra su cuello y se le tira bruscamente con las riendas del hackamore. Es un proceso lento, pero después de que un caballo está completamente domado de esa manera, el mero peso de las riendas hará que se detenga en seco, o el simple toque de las riendas contra su cuello hará que gire hacia la derecha o hacia la izquierda. o si se lo sostiene firmemente contra su cuello, girar completamente lo más rápido que le sea posible.

Al enlazar a caballo, esto es absolutamente necesario, ya que debes tener tu caballo bajo perfecto control en todo momento: para detenerte, girar a la derecha o a la izquierda, o completamente en un segundo. Y como debes sujetar las riendas y vueltas de tu riata con la mano izquierda, mientras con la otra manejas los giros del cuerno de la silla, si tu caballo tiene que ser tirado con una rienda o se necesitan ambas manos para controlar él, te lastimarás. Y el caballo también resultará gravemente herido si no está en todo momento bajo perfecto control.

Ahora bien, soy muy consciente de que la persona promedio que ve a un jinete experto lazando caballos o ganado piensa que el caballo está tan entrenado que no requiere atención de su jinete. He oído a muchas personas, tanto hombres como mujeres, comentar en tales ocasiones: “¿Notaste cómo estaba entrenado su caballo? ¿Para que supiera exactamente cuándo girar, detenerse o avanzar a toda velocidad, sin ninguna atención por parte del ciclista? Ahora bien, cualquier hombre que realmente haya hecho este tipo de trabajo sabe que el caballo estuvo en todo momento completamente bajo el control de su jinete. Si no crees que tengo razón, simplemente pon a un hombre en el lomo de ese mismo caballo que no intente controlarlo. y verás cómo rápidamente se enredan todos, o el jinete se cae del caballo. Puedo testificar por experiencia real (y he montado muchos caballos que estaban tan bien entrenados como normalmente lo están los buenos caballos vaqueros) que el caballo siempre está controlado por el jinete. Pero un caballo bien domado se controla con tanta facilidad que un espectador que no estuviera acostumbrado a realizar ese trabajo no notaría los movimientos de la mano del jinete. Un caballo que tiene “duro de boca” no es seguro para utilizarlo en trabajos de este tipo. Y no sólo es inseguro y peligroso para el jinete, sino también para él mismo, ya que fácilmente podría resultar gravemente herido si no estuviera en la posición adecuada cuando se produjera un fuerte tirón. Y he visto muchos caballos orientales cuyos dueños los llamaban excelentes caballos de silla, que serían tan inútiles como un caballo de madera en el negocio ganadero. Esto se debía simplemente a que eran duros en la boca por no estar domados como lo hacen los buenos caballos vaqueros. Así que espero haber dejado claro por qué los ganaderos viajan con frenos severos.

Otra cosa que mucha gente critica es el uso de espuelas. Puede que sus críticas tengan algún mérito. Y puedo entender cómo lo que ellos llaman caballo de montar de caballero o guarnicionero podría y probablemente debería ser montado por caminos o calles o a través del campo sin espuelas. En esa forma de montar, el jinete tiene una mano para guiar su caballo y la otra para utilizar un látigo, si es necesario. Y en su caso, si el caballo no comienza a caminar y correr en el instante que él quiere, no se produce ningún daño particular. Pero para el vaquero que sostiene un gran novillo en el extremo de su cuerda, la situación es muy diferente. Tanto su vida como la seguridad del caballo dependen de que el caballo actúe instantáneamente según la voluntad del jinete. El jinete tiene ambas manos muy ocupadas y debe controlar la velocidad de su caballo con los pies.

Y el tipo de espuelas que usan los ganaderos no son las miserables y puntiagudas ideas que usan los “jockey” y los “caballeros de Kentucky”. Las filas de un par de espuelas de vaquero suelen tener desde el tamaño de medio dólar hasta el tamaño de un dólar. (Cuanto más grande sea la paleta, menos fácilmente le sacarán sangre a un caballo). Y las puntas de las paletas no están limadas hasta obtener puntas afiladas como agujas, como las de las pequeñas espuelas “jockey”. En conclusión, diré que no es

necesario herir a un caballo más cuando lo montas con espuelas que cuando lo montas con un látigo. Pero si un jinete pierde los estribos puede ser cruel con cualquiera de los dos. Y muchos caballos se han salvado de ser astados por una vaca feroz o un novillo mediante un rápido toque con las espuelas, cuando las manos del jinete estaban ocupadas de tal manera que no habría podido usar un látigo si hubiera querido hacerlo.

Los antiguos herreros españoles solían incrustar sus bridas y espuelas con auténtica moneda de plata de la manera más elaborada. Y algunos de sus trabajos eran muy bellos además de caros. También utilizaban el mejor "hierro noruego" para fabricar sus productos, por lo que no existían bridas o espuelas que se rompieran. Simplemente se desgastaron o se oxidaron después de largos años de servicio.

Los viejos "españoles californianos" nunca andaban a pie con las espuelas puestas. Y entrar en una casa con espuelas era señal de la mayor falta de respeto hacia el dueño de la casa. Tan pronto como desmontaron del caballo, se quitaron las espuelas y las colgaron de la silla o las llevaron con cuidado en la mano. Pueden entrar en un salón o en una tienda con espuelas, pero nunca en una casa particular. Personalmente creo que muchos de nuestros vaqueros modernos y aspirantes a vaqueros bien podrían aprender algo de esos viejos "Dons españoles". Con qué frecuencia vemos ahora a los héroes (?) alegremente ataviados, dentro y fuera, con sus zahones de cuero, chalecos de cuero, cinturones de cuero anchos y elegantemente ornamentados, sombreros de "diez galones" y espuelas tintineantes. Para mí es asqueroso. Las riendas elegantes de piel trenzada de becerro o ciervo ya no son tan comunes como solían ser, aunque todavía se ven ocasionalmente. He visto muchos pares de riendas que eran auténticas obras de arte. Y debieron haber representado semanas y semanas de paciente trabajo para lograrlos. De ocho, doce o catorce hilos, bellamente trenzados y adornados con todo tipo de botones bellamente trenzados. Y unido a las riendas había un "ramal" o látigo bellamente trenzado. Algunos de los antiguos vaqueros españoles, así como algunos de los antiguos indios de las misiones, eran ciertamente expertos en trabajos sofisticados de este tipo. Recuerdo que un viejo indio de la misión que vivió durante años y años en el Rancho Guajome solía hacer hermosos trabajos de este tipo. El viejo "Nalberto" ciertamente fue un artista en esa línea. Ojalá ahora hubiera guardado un par de riendas de su obra. Sin duda serían una reliquia que valdría la pena conservar. Siempre que necesitaba un par de riendas, o una riata nueva, iba donde el "Viejo Nalberto" y le preguntaba si tenía alguna en venta. Probablemente estaría trabajando en un par en ese momento. Cuando le pregunté si ya había hecho alguno, miraría hacia el espacio por un momento, como si tratara de recordar si tenía alguno o no. Luego se levantaba lentamente de la caja en la que estaba sentado y se dirigía a su habitación en la vieja casa de adobe. Pronto regresaría, trayendo un par de riendas bellísimas, y silenciosamente me las entregaría para que las inspeccionara. Después de revisarlas, decía: "Bueno, Nalberto, cuánto vale las riendas" (Bueno, Nalberto, ¿cuánto valen las riendas?). La respuesta que daba era invariablemente la misma "Déjame pensar". (Déjame pensar). Y luego se sentaba y "pensaba" por un tiempo. Era inútil intentar apurar al viejo. Pero después de pensarlo durante bastante tiempo, fijó un precio que representaría unos diez centavos por día durante el tiempo que llevaba fabricando las riendas. Los indios ahora cobran el precio completo por sus mercancías. Han aprendido que muchos de los turistas que vienen a California tienen dinero y ofrecerán ofertas elevadas por su trabajo.

Las cestas indias, tan buscadas por los turistas, ahora tienen precios elevados. Pero hace años, los indios traían un fardo de cestas desde las montañas a la costa y las vendían a un dólar cada una.

Una vez estuve en la antigua tienda dirigida por Henry Wilson en el "Rancho Warner". Mientras estaba allí, un par de hombres llegaron a la tienda en un cochecito y se detuvieron para comprar algo. La tienda estaba en un antiguo edificio de adobe. En lo alto, estaba parcialmente cubierto de piso, y el propietario solía arrojar las cosas que tenían poca demanda sobre esas tablas. Mientras uno de los caballeros atendía algún asunto de negocios con el Sr. Wilson, el otro observaba la tienda observando los diversos productos que se ofrecían a la venta. Finalmente miró hacia arriba y vio algunas cestas indias en las tablas de arriba.

Después de caminar y contemplar las cosas un rato más, casualmente le preguntó al Sr. Wilson cómo vendía las cestas. El Sr. Wilson dijo: "Oh, tengo que intercambiarlos con los indios y trato de conseguir un dólar por cada uno". El extraño dijo: "Me gustaría conseguir algunas cestas". "Está bien", dijo el Sr. Wilson, "¿cuántos quieres?" "Oh, tomaré la cantidad que tengas a ese precio", dijo el hombre. El anciano se subió al mostrador y empezó a tirar las cestas y cuando las contaron, había treinta y seis en el lote. El caballero extendió su cheque por treinta y seis dólares y él y su socio se marcharon con cestas atadas por todo el coche. Y mientras se alejaban, el viejo Henry Wilson los cuidó y me comentó que "De vez en cuando viene por aquí algún _____ loco como ese". Y luego volvió a mirarlos y dijo: "¿Y ahora qué crees que va a poner el _____ tonto en esas cestas?" Como no pude aclararlo, sacudió la cabeza, como si el problema fuera demasiado profundo para él, y regresó a la tienda. Cada una de esas treinta y seis cestas representaba de una a varias semanas de trabajo paciente de alguna pobre y vieja india. La cestería es un arte que está desapareciendo rápidamente entre los indios. Muchas de las viejas indias que hicieron tan hermoso trabajo en esa línea han muerto, y las más jóvenes no han retomado esa tarea. Por lo tanto, dentro de unos pocos años más, será difícil conseguir alguna de las cestas realmente bonitas. Y aquellos que tienen colecciones hechas cuando se podían conseguir fácilmente tienen algo que se vuelve más valioso cada año. Muchos de los diseños elaborados en colores en estas viejas cestas son realmente muy bonitos. Se dice que cada india tenía unos diseños especiales para sus cestas. Así que cualquiera que estuviera familiarizado con estos puntos podría saber tan pronto como vio una canasta quién lo había logrado. Algunos hicieron el diseño de la "serpiente de cascabel" en la canasta; algunos una "estrella fugaz" o un "meteorito". Estos fueron trabajados maravillosamente y se hicieron diseños muy bonitos. Hay una historia de una pobre y vieja india que solía hacer cestas con el diseño de una "serpiente de cascabel". Finalmente su hijo fue mordido por una serpiente cascabel y murió. Después hacía sus cestas con el mismo diseño, pero siempre hacía cortar la serpiente en varios pedazos. La Sra. Ambler de Mesa Grande tiene una canasta con su serpiente en secciones.

Es realmente maravilloso cómo aquellos antiguos cesteros podían imitar en sus trabajos los colores del "cascabel de diamantes". En la cestería se trabajó el "diamante negro" o la variedad roja y más grande de serpiente de cascabel Diamante en colores que eran muy fieles a la vida real.

IX

Al montar a caballo por el campo solíamos correr un poco persiguiendo gatos monteses y coyotes con perros. Casi siempre teníamos de dos a cuatro perros que nos seguían a todos lados. No teníamos perros de caza, sino sólo algunos perros corrientes de rancho. En realidad, en mi opinión, los perros de caza, como otros perros, no son adecuados para un trabajo como el que hacíamos nosotros, porque un perro de caza sigue un rastro demasiado viejo. Y lo seguirá por mucho tiempo. No puedes dejar tu trabajo para seguirlo cada vez que toma un rastro y el animal que está siguiendo puede estar varias horas por delante de él. Por supuesto, es muy probable que él esté siguiendo el rastro de un coyote como el de algún animal que pudiera "arborizar". Y luego, después de seguirlo tal vez todo el día, al final no lo entendería.

Un perro corriente que no sea un sabueso no prestará atención a una huella a menos que tenga unos pocos minutos de antigüedad. Y tampoco lo seguirán por mucho tiempo. Por lo tanto, si lo que están siguiendo es un coyote, puede estar seguro de que pronto lo abandonará y regresará con usted. Pero un perro probablemente lo seguiría todo el día.

Nuestros perros solían “arbolar” a muchos gatos monteses. Siempre nos propusimos tratar de averiguar si habían arbolado algo y ayudarlos a sacarlo del árbol, ya sea disparándole con un revólver o tirándolo del árbol con piedras y dejando que los perros mataran. él. Pasamos muchos momentos emocionantes al sacar un gran gato montés de un árbol, y muchas peleas emocionantes que tuvieron los perros después de tenerlo en el suelo.

La capacidad de un perro para seguir un olor es algo maravilloso para mí. Por supuesto, se supone que un perro tiene ese rasgo muy desarrollado. Pero cualquier perro de rancho común y corriente puede sorprenderte en ese sentido si sólo así lo desea. Recuerdo bien una pequeña experiencia que tuve una vez y que nunca olvidaré. Porque me demostró lo que un perro corriente podía hacer cuando lo intentaba. Era un perrito moteado, mitad pastor y otra mitad solo perro. Tampoco era todavía un adulto todavía. Íbamos a reunir caballos y llevar una banda del rancho a la casa de mi hermano Charley. Cuando salí de casa esa mañana, uno de mis perros no estaba disponible y lo dejaron atrás. Después de recorrer toda la parte sur del rancho conduciendo caballos, finalmente conseguimos reunir a una banda de unas cien cabezas o más en el valle justo al norte de la antigua casa del rancho. Éramos varios en el trabajo, y algunos de los niños “manejaban el rebaño”, mientras Charley y yo recortábamos. Al hacer esto, cabalgábamos hacia la manada y expulsábamos a dos o tres que queríamos separar de los demás, y dejábamos que un hombre los mantuviera cerca de la manada principal mientras regresábamos y seleccionábamos otros que queríamos, y los conducíamos a este pequeño grupo. De esta manera, entré y salí de la gran manada probablemente treinta o cuarenta veces, y luego volví a entrar y salir. Finalmente, un potro grande y salvaje de dos años se separó de la manada y tuve que perseguirlo casi un cuarto de milla hasta otro brazo del valle y traerlo de regreso a la banda. Luego seguí adelante con el “recorte” como antes.

Después de haber separado probablemente treinta cabezas, los hicimos subir la colina hacia el rancho de Charley. Cuando habíamos conducido a este grupo cuesta arriba, Charley y su hombre dijeron que podían llevarlos desde allí a casa sin la ayuda de mi hermano Rob y de mí. Así que volvimos a un punto de la colina que dominaba el valle del rancho, donde acabábamos de reunir a los caballos y de separarlos. Mientras estábamos sentados sobre nuestros caballos, mirando hacia el valle, de repente vimos a mi perrito (cuyo nombre era “Tray”) que venía desde el oeste corriendo rápido y evidentemente siguiendo el olor de mi caballo. Ahora yo había estado conduciendo una banda de treinta o cuarenta cabezas de caballos, pero pude ver que él estaba siguiendo el curso en zigzag que mi caballo había tomado mientras yo conducía los caballos valle arriba. Como estábamos en una posición dominante donde todo el valle estaba a la vista, decidimos observar y ver si el fiel pequeño realmente podía seguir la huella de mi caballo entre todas las otras huellas que había para confundirlo. Avanzó a paso rápido, tomando todos los giros que mi caballo había dado al conducir la banda. Observamos para ver qué haría cuando llegara al lugar donde habíamos hecho el “recorte”. Estábamos seguros de que se confundiría y perdería el rastro de mi caballo. Pero después de haber dado algunas vueltas alrededor del lugar donde había estado la manada, tal como lo había hecho yo, comenzó a ir y venir tal como lo había hecho yo al cortar los caballos. Daba vueltas en zigzag y luego corría hacia donde había estado retenido el pequeño grupo, luego regresaba al lugar donde había estado la manada y salía nuevamente como antes. Después de hacer este movimiento de ida y vuelta varias veces, de repente salió corriendo hacia el oeste y se alejó por la cresta hacia el otro brazo del valle, tal como lo había hecho yo cuando el potro grande se había separado de la manada, y yo lo había seguido hasta allí y lo había traído de regreso. Ahora observábamos con el mayor interés, para ver cuál sería el resultado. Cuando llegó a donde yo había adelantado al potro, se dio vuelta y vino bastante volando hacia donde había estado la manada. Luego comenzó a ir y venir, de un lado a otro, tal como lo había hecho yo quizás una docena de veces más. Luego se alejó valle arriba hacia la casa de Charley, todavía zigzagueando sobre el rastro de mi caballo. Cuando llegó a donde habíamos dejado a los otros niños y se volvió, se dio la vuelta y vino volando entre los arbustos, y llegó hasta mi caballo, donde se encabritó sobre sus patas traseras y apoyó sus dos patas delanteras en mi estribo. en un perfecto éxtasis de delbien por haberme encontrado. Por supuesto, me alegré tanto de tal demostración de habilidad y también de cariño por parte de mi amiguito, que desmonté y lo tomé justamente en mis brazos. Sus pobres costados estaban bastante palpitantes,

estaba muy cansado por la larga carrera. Y por supuesto estaba jadeando a un ritmo terrible. ¿Pero cómo pudo haberlo hecho? ¿Seguir a un caballo a través de todo tipo de curvas entre cien otros? Es demasiado para mí. Simplemente no lo hubiera creído posible.

La fidelidad de un perro es otra cosa difícil de explicar. No parece importar mucho quién sea su amo: su perro será fiel hasta el final.

Los últimos seis u ocho años que dediqué a montar tras ganado, tuve dos perros que me seguían a todas partes. Cabalgando con fuerza, por todo tipo de terrenos, cualquiera debe saber que, en cualquier momento, podría resultar gravemente herido si su caballo cayera con él. Y resultar gravemente herido en las colinas, lejos de recibir ayuda, podría ser un asunto muy grave. Nunca me preocupé en absoluto por el peligro de un accidente, pero sabía, por supuesto, que siempre existía la posibilidad, además de la probabilidad, de que tal cosa ocurriera. Y siempre fue un consuelo estar seguro de que mis dos fieles perros se quedarían a mi lado hasta que murieran de hambre si fuera necesario.

Un perro

Nunca he conocido a un perro que menee

Su cola de alegría no la sintió,

Ni dejar a su viejo amigo para etiquetar

En algún talón más influyente.

El perro más amarillo que he conocido.

Era verdad para el hombre que lo amaba.

Nunca he conocido un perro para mostrar

Devoción a medio camino hacia su amigo,

Para buscar un hombre más amable para saber,

O más rico, pero hasta el final.

El perro más humilde que he conocido.

Era verdad para el hombre que lo amaba.

Nunca he conocido a un perro que finja

Afecto por una ganancia presente,

Una falsa muestra de amor para hacer.

Algún pequeño favor que lograr.

Nunca he conocido a un Príncipe de Spot

Eso parecía ser lo que él no era.

Pero he conocido un perro para pelear.

Con todas sus fuerzas para proteger a un amigo,

Y si está mal o si está bien

Seguir con él hasta el final.

Y tengo un perro para lamer

La mano de aquel que los hombres patearían.

Y he conocido un perro para soportar

Los dolores del hambre día a día

Con aquel que se había alegrado de compartir

Su pan y carne en el camino.

Ningún perro, por malo o grosero que sea,

Es culpable de ingratitud.

El perro está incluido con el mudo.

No tiene voz para proclamar su credo,

Sus mensajes a los humanos vienen

Por conducta fiel y por obra.

Muestra, como rara vez lo hacen los mortales

Un alto ideal de ser verdad.

(De campo americano)

Es casi imposible vivir en un rancho sin perros. Conozco a varias personas que lo intentan, pero los animales salvajes, como los coyotes y los gatos monteses, los molestarán tanto matando gallinas, cerdos, etc., etc., que al final tendrán que quedarse con perros. Por mi parte, de todos modos no viviría en un rancho sin un perro. Muchas noches oscuras y tormentosas me he acostado en una cama cálida y he escuchado a mis fieles perros salir corriendo hacia la tormenta y el frío para ahuyentar a algún intruso. ¿Por qué lo hicieron? No ganaron nada saliendo al frío y a la tormenta. Entonces, ¿por qué no se quedaron bajo refugio y dejaron que el coyote o lo que fuera asaltara el gallinero o el chiquero? Sabía muy bien por qué lo hicieron. Era porque sabían que si se tumbaban en un lugar cómodo y cálido y dejaban que el animal salvaje se llevara algo, no actuarían fielmente ante su amo. Pero hay pocos hombres que sean tan fieles.

Y hay algunas personas de las que los perros desconfían. Cada vez que aparece una persona así y un

viejo perro doméstico, que normalmente es amigable con todos, gruñe un poco, puedes estar seguro de que ese tipo soportará la observación. Un perro sabe por algún instinto animal cuándo no se puede confiar en una persona.

Una vez estuve hablando con un viejo amigo sobre este tema. Cuando dije que un perro sabía, por algún instinto, cuándo no se podía confiar en un hombre, mi viejo amigo dijo: "Puedes apostar que un perro sabe cuándo no se puede confiar en un hombre". Luego pasó a hablarme de un cuñado suyo a quien su viejo perro siempre le gruñía. Dijo que había oído decir a la gente que no se podía confiar en un hombre al que le gruñía un perro, pero, dijo, pensaba que el viejo perro estaba equivocado en este caso. Pero él dijo: "Más tarde descubrí que nunca había conocido realmente a ese cuñado mío. Y cuando lo hice descubrí que el perro viejo lo había evaluado correctamente".

Un perro también reconocerá en un hombre un valor que la gente podría considerar completamente inútil.

"Y he conocido un perro que lamía

La mano de aquel que los hombres patearían".

El coyote es una criatura de la que se maltrata mucho. Lo he perseguido toda mi vida y he matado a muchos miembros de su tribu. Supongo que no hay una persona entre una docena que alguna vez haya perdido la oportunidad de matar a un coyote. Y, sin embargo, a finales de año he llegado a creer que probablemente ha hecho menos daño a los ganaderos que bien. Es un terror para el avicultor. Y quienes crían ovejas o cerdos pierden mucho con sus depredaciones. Pero pocos se detienen a pensar en el bien que hace. yo hHe notado desde que era lo suficientemente grande como para notar las cosas de cerca, que siempre que los coyotes eran numerosos, los conejos y las ardillas eran mucho menos numerosas. Y cuando abundaban los conejos se veían muy pocos coyotes.

En otras palabras, sabemos que los coyotes se alimentan casi exclusivamente de conejos y ardillas. Y siempre que haya muchos coyotes, habrá un número mucho menor de conejos. Recordamos algunas estaciones en las que los conejos eran tan numerosos que todo el país parecía estar invadido por ellos. En una temporada así, si prestabas atención, veías muy pocos coyotes. Pero cada vez que los conejos se vuelven muy abundantes y comienzan a destruir cultivos y jardines, etc., etc., lo siguiente que notarás es que los coyotes se vuelven mucho más numerosos y luego los conejos desaparecerán muy rápidamente. "Donde hay carroña allí se juntarán las águilas", es un dicho escrito hace muchos siglos. Y es muy cierto, como todos sabemos. También es cierto que donde abunda cualquier cosa de la que se alimentan los coyotes, allí se reunirán los coyotes. Parecen acudir en masa a una determinada parte del país cuando hay algo que los atraiga, y emigrar a algún otro lugar cuando el alimento escasea.

¿Alguna vez te paraste a pensar en lo rápido que crecen los conejos? Una coneja dará a luz de cuatro a seis crías a la vez y criará dos o tres camadas en un año. Las hembras de estas camadas darán a luz a crías antes de que cumplan un año. Entonces, si quieres hacer algunos cálculos, puedes llegar fácil y seguramente a la conclusión de que si no hubiera nada que los destruyera, en muy pocos años invadirían todo el país en cantidades tan incontables que se comerían todo lo verde. Las ardillas terrestres comunes se multiplican casi tan rápido como lo hacen los conejos, por lo que entre ambas tendríamos muy pocas posibilidades, si la naturaleza no hubiera proporcionado alguna forma de limitar el aumento. Los científicos nos dicen que cada plaga de insectos, así como otras plagas, tiene algún enemigo natural. Y siempre que una plaga de cualquier tipo se convierta en una amenaza, si podemos encontrar su enemigo natural y juntarlos, las cosas se equilibrarán. El Creador Todopoderoso evidentemente prestó atención a estas cosas desde el principio.

Tampoco tengo ninguna duda de que el coyote tiene sus enemigos naturales (probablemente el hombre sea el peor) o se volvería tan numeroso que lo invadiría todo. Y aunque, como dije, he matado a muchos de ellos por molestar a nuestras ovejas, cerdos o gallinas, y espero que otros granjeros y ganaderos hagan lo mismo, estoy perfectamente seguro de que si el coyote fuera completamente exterminado, podríamos tener cosas aún peores. enemigos. Hace algún tiempo me encontré con un pequeño poema escrito por un hombre que parecía tener las mismas ideas que yo sobre este animal tan despreciado. Te lo daré aquí, ya que creo que se ajusta exactamente al caso.

Al Coyote

Por Fran N. Linderman

Solía odiarte una vez, pero ahora

He debilitado algunos y me pregunto cómo

Vivís en un lugar abandonado y cercado.

Y últimamente, de alguna manera, comencé

Para que te guste.

Yo opto por el engendro del diablo

Pero, maldita sea, todo mi odio se ha ido.

Te veo merodear y ganar tus apuestas

De nuevo las trampas que pone un nido

Para atraparte.

Una vez que practiqué todos los rasgos,

Y os tenté con cebos envenenados:

Pero si confiaras en mí y lo olvidarías,

Haría que la jugada estuviera igualada todavía,

Y os daré de comer.

Me tomó un tiempo ver

¿Qué te pasa? Me ha atrapado:

Tu tribu, como la mía, tiene pocos...

Así que vamos a fergit: y aquí está para usted

Viejo temporizador

Si pudiera cambiaría los días

De vuelta a formas fronterizas más salvajes:

Entonces fortaleceríamos nuestro tratado,

Y hacemos todo lo posible para seguir adelante,

Te has ido.

Los indios, y muchos mexicanos, consideran al coyote un animal muy sabio, aunque hablan de él como lo haríamos nosotros de alguien que fuera más astuto que sabio. Lo consideran demasiado inteligente para dejarse engañar por lo que fácilmente engañaría a otros animales. "No hay otro animal que tenga buen cabeze como el coyote". (Ningún otro animal tiene tan buena cabeza como el coyote). Ésta es una expresión muy común tanto entre los indios como entre los mexicanos. Recuerdo bien haber oído a un viejito mexicano hablar en este sentido. Nos dijo que era completamente inútil engañar a un coyote. "¿No lo había intentado y fracasado el señor Smith, que era dueño del rancho San Dieguito?" "Señor. Smith había colocado dos trozos de carne en el camino de la colina, a la vista desde su casa. Una pieza tenía veneno y la otra no. Se sentó en su porche y observó a un coyote que se acercaba al lugar donde yacía la carne. El coyote olió ambos trozos, luego se acercó, se comió el trozo que no tenía veneno y siguió trotando. "¡Mira! Que cabeza, hombre. (¡Mira, qué cabeza, hombre!) Los españoles frecuentemente hablan de un hombre como "Un Hombre muy coyote". De lo que se entendería que era un hombre muy astuto en velar por sus propios intereses. Entonces, si bien consideran que el coyote es muy inteligente, es una especie de inteligencia astuta.

El gran búho cornudo es considerado por la Indians como un pájaro muy sabio. De hecho, tienen la creencia supersticiosa de que el búho contiene el espíritu difunto de algún viejo indio sabio. Pero se considera que la sabiduría del búho es para buenos fines, y no para la astucia, como el coyote.

He oído al tío Robert aprovecharse de esta superstición entre los indios, pero siempre la utilizó para su bien. A veces estaba hablando con un indio y de repente lo acusaba de haber estado relacionado con algún asunto que no era nada digno de crédito. Probablemente el tío había obtenido su información de algún otro indio, y siempre hacía la acusación como si no hubiera ninguna duda sobre su veracidad. El indio probablemente lo negaría al principio, pero cuando el tío Robert le dijo que no había ninguna duda sobre su culpabilidad, diría: "¿Pero cómo me descubrió, patrón?" "El tecolote me cuenata." Sería la respuesta que le daría el tío (me dijo el Búho). Y el pobre y supersticioso indio confesaría enseguida. ¿De qué servía mentirle a quien obtuvo su información del "Tecolote"?

El Oso era otro animal que se consideraba que tenía más inteligencia que la ordinaria. Y algunas de las historias contadas por los viejos vaqueros eran muy interesantes. Un gran deporte en los primeros días de California era atar al oso grizzly y traerlo vivo. Luego difundirían por todas partes la noticia de que un día determinado habría una gran pelea entre un toro o novillo salvaje y el oso pardo cautivo. Soy muy consciente de que hay muchos hombres que cuestionan las afirmaciones de que los osos pardos adultos fueron traídos vivos de esta manera. Pero quienes cuestionan que lo hayan hecho son hombres que no conocían la habilidad de los "viejos vaqueros de California". He oído a hombres absolutamente confiables contar cómo ayudaron a enlazar y traer algunos de los osos más grandes que jamás hayan corrido en las montañas de California. Y no dudo que así lo hayan hecho.

Cuando un hombre solo traía el novillo más grande y salvaje, ¿qué espectáculo tendría un oso con cuatro o cinco hombres así? Por supuesto, he leído la historia de Ernest Thomson Seton sobre "Monarch

the Big Bear", y de cómo se llevó consigo todos los caballos del vaquero, y muchas cosas más. Pero eso encaja muy bien con el resto de su historia, que está muy bien escrita. Sin embargo, quiero decir aquí que si cuatro o cinco viejos vaqueros de California hubieran estado allí ese día, "Monarch the Big Bear" habría regresado. Y habría regresado sin que le importara si quisiera o no. Simplemente no le habrían consultado cuáles eran sus deseos al respecto.

Cuando era niño, me sentaba durante horas y escuchaba a algunos de los veteranos hablar de cómo atar osos. Algunos de ellos que no afirmaban haber participado en tales aventuras no podían nombrar un sínfín de otros hombres que sí lo habían hecho. Y si un hombre, o incluso un caballo, hubiera sido asesinado en cualquiera de estas ocasiones, se hablaría de ello durante al menos dos generaciones. Por supuesto, muchos de los que podían contar las historias más importantes sobre cómo traer osos vivos, o cómo verlos traerlos, no eran sinceros. Y algunas de las historias que contaban eran divertidas por su propia ridiculez. Muchos de los pobres viejos ignorantes creían total y firmemente que un oso grizzly podía sentarse sobre sus ancas, agarrar la riata con sus patas y atraer al caballo y al jinete hacia él. Cuando lazas a un oso, siempre debes tener un cuchillo afilado listo en tu cinturón para cortar la riata en caso de que se ensucie con el cuerno de la silla y el oso comience a tirar de ti hacia él mano sobre mano. De nada servía decirles que un oso no podía agarrar una cuerda con sus patas de esa manera. "¿No les había dicho su padre que vio, con sus propios ojos, a un hombre arrastrado de esta manera hasta un oso y asesinado?"

Un viejo, "Don Casildo", nos contaba cómo engrasaban la mitad de la riata (La mitad al lado de la honda o extremo del lazo) y dejaban la otra, o mitad al lado de la punta, seca o libre de grasa. . Al hacer eso, serían más listos que el oso. Porque podían sujetar muy fácilmente el extremo seco de la riata. Pero si el oso intentaba sentarse sobre sus ancas y tirar del caballo hacia él, la riata, al ser tan grasosa, se le escaparía entre las patas y no corrían peligro.

"Pero el Oso es un animal muy valiente".

Mientras hablo de osos, debo contar una historia que solía contar el viejo Qurino, de cómo los osos tenían lugares regulares en el bosque donde realizaban bailes campestres regulares, tal como lo hace la gente. Él no lo había visto personalmente, pero un viejo amigo suyo, "Don Francisco", se lo había contado todo y él podía dar fe de la verdad de todo ello.

"Don Francisco" había sido, en los primeros tiempos, el mayordomo de un gran rancho ganadero en la parte central de California. Él y uno de sus viejos vaqueros cabalgaban una vez detrás del ganado en las montañas donde había muchos osos. El viejo vaquero que lo acompañaba estaba mucho más familiarizado con estas montañas entonces era "Don Francisco". Finalmente llegaron a unos robles grandes, de ramas anchas y extendidas, y "don Francisco" quedó muy sorprendido al ver que el suelo debajo de estos robles estaba perfectamente barrido. Como nunca antes había visto algo parecido, le preguntó al viejo vaquero que cabalgaba con él qué carne tenía. "Pues don Francisco, ahí es donde bailan los osos de noche", dijo el vaquero. Don Francisco, sin embargo, se mostró escéptico. Él dijo: "Esta poniendo mentiras". (Me estás diciendo mentiras). El vaquero entonces dijo: "Si no me crees, te convenceré. Esperaremos aquí hasta después del atardecer y lo comprobarás por ti mismo". Así que se alejaron del lugar y ataron sus caballos. Luego retrocedieron sigilosamente y se escondieron en la ladera de la montaña, desde donde tenían una buena vista del lugar bajo los robles que estaba tan limpio.

Allí permanecieron escondidos en silencio. Después de que se puso el sol y comenzaba el crepúsculo, se vio a un viejo oso de cabeza gris que bajaba de las colinas hacia el lugar donde se iba a realizar el baile. Se sentó con la espalda apoyada en el gran árbol. "Es el musicaro" dijo el vaquero. Luego vieron que muchos otros osos bajaban al lugar en parejas. Llegaban de todas direcciones pero siempre en parejas. En ese momento había unos treinta o cuarenta reunidos allí bajo los robles. Entonces el viejo

“musicaro” de cabello gris se sentó erguido contra el gran árbol y comenzó a cantar: “¡Hoo-ha! ¡Ho! ¡Ho! ¡Ho! ¡Ho!” y cada oso escogió un compañero y se pusieron de pie sobre sus patas traseras, abrazándose, y bailaron valeses, polcas y cuadrillas, tal como lo hace la gente. “Ahora, ¿qué dice, don Francisco?” (¿Y ahora qué dice usted, Don Francisco?) ¿Podría algo requerir más pruebas que ésta?

Otro viejo vaquero que estaba sentado escuchando la historia, inmediatamente declaró que en su opinión la historia de Qurino no era cierta. Dijo que no tenía ninguna duda de que los osos bailaban, pero no bailaban tanto a la manera de los seres humanos como indicaría esta historia. Dijo que había oído con frecuencia a algunos de los “veteranos” contar que habían visto varios osos reunidos bajo un árbol grande, con ramas bajas y extendidas. Y cuando el baile estuvo listo para comenzar, cada oso se estiró y agarró una de las largas ramas oscilantes con sus patas y todos saltaron hacia arriba y hacia abajo, en perfecto ritmo, mientras el músico cantaba su Ho--ho-- ho. -- ho-- ho-- ho-- ho—como si cada uno hubiera agarrado un poste de resorte. Podía creer fácilmente que los osos bailaran de esta manera, pero sobre la historia de Qurino tenía algunas dudas.

Qurino, sin embargo, nos aseguró que no había ninguna duda sobre la veracidad del hombre que le había dado este relato.

Había otro viejo personaje que se llamaba “Manuel Durazno” pero que se hacía llamar “Panza Leche” por el hecho de haber estado a punto de suicidarse una vez tratando de beber más leche que cualquier otra persona en el campamento.

“Panza Leche” (que era cocinero) dijo que una vez estaba cocinando para unos ganaderos en lo que ahora se llama Palomar Mt. En ese entonces se llamaba “Smith's Mountain” – por el hecho de que un hombre llamado Smith tenía un rancho en la cima. de ella, donde criaba ganado vacuno y porcino.

Estos ganaderos con los que estaba habían llevado su ganado a la montaña para intentar llevarlo durante una estación muy seca, cuando el pasto era muy escaso en la zona costera. Era la estación muy seca de 1864. Dijo que en aquella época había muchos osos en las montañas. Y mientras él estaba allí ese verano, le estaban causando muchos problemas al Sr. Smith matando su ganado.

Como medio para evitar mayores pérdidas, el Sr. Smith finalmente hizo construir un corral grande y muy fuerte y conducía allí a todo su ganado todas las noches, con la esperanza de que los osos no los molestaran mientras estuvieran protegidos por la fuerte cerca.

Pero, para su gran disgusto, descubrió que el corral no tenía protección alguna. De hecho, empeoró mucho las cosas, ya que los osos hicieron de ello una pista de circo habitual. Dos o tres de ellos trepaban la cerca hacia el corral y cada uno agarraba una vaca por la cola, se la envolvía en la mano y, de pie sobre sus patas traseras, perseguía a las vacas alrededor y alrededor del recinto como niños jugando a caballo con unos y otros. Y mientras perseguían así a las pobres vacas, los osos cloqueaban con la boca, como hombres que conducen caballos. Cuando la vaca se cansó y se negó a seguir jugando a caballo, el oso perdió la paciencia y con un golpe de su gran pata en un lado de su cabeza, esparció sus sesos por todo el suelo. Luego atrapó a otra y realizó una actuación similar con ella hasta que él mismo se cansó. Luego, después de que todos se hubieron comido hasta saciarse del ganado muerto que yacía en el corral, los osos saltaron la cerca y regresaron al bosque.

Pero según “Panza Leche” había un gran oso pardo que era el “capitán” de todos los osos de la montaña. Probablemente era el oso gris más grande que jamás haya existido. Y el señor Smith ofreció cuatro de los novillos más grandes y gordos de su rebaño para este viejo “vivo o muerto”. Eso, según

Panza Leche, pronto acabó con su carrera; pues al día siguiente de anunciada esta oferta, cuatro de los mejores vaqueros que entonces trabajaban para el ganadero para quien éste cocinaba, partieron para conseguir esa recompensa. Sabían que este monarca de la familia de los osos pasaba sus días escondido en un gran pantano de tule en uno de los valles húmedos de la montaña. Cada vez que tenía miedo de salir de este pantano, corría por un cierto pantano verde y suave hasta el pesado bosque, donde estaba a salvo de la persecución. Así, dos de los vaqueros se apostaron en aquel borde de los tules, y los otros dos entrando en el pantano por el lado opuesto, pronto lo sacaron de su escondite.

Tan pronto como estuvo bien fuera del pantano estos dos “Buenos vaqueros” se acercaron a él, y no pasaron dos segundos desde que la primera “riata delgada” estuvo alrededor de su garganta hasta que el otro hombre se puso la suya de igual manera. y el gran oso estaba colgado entre los dos jinetes. Luego, con un caballo en cuclillas a la izquierda y el otro en la misma posición a la derecha, “¿qué posibilidades tenía el oso?” En menos de quince minutos murió asfixiado.

Luego sacaron sus riatas del cadáver y cabalgaron hasta reclamar la recompensa. El señor Smith, cuando le dijeron que habían terminado la carrera del viejo cazador de ganado, no podía creerlo posible. “Ven con nosotros”, le dijeron, “y te convenceremos de que lo que decimos es verdad”. Entonces montó en su caballo y lo llevaron hasta donde yacía el monarca muerto.

El Sr. Smith estaba tan contento que dijo que se habían ganado con creces la recompensa prometida. No sólo les obsequió cuatro de los novillos más grandes y gordos de su rebaño, sino que hizo matar a otro de los más grandes y mejores y al día siguiente lo asaron al mejor estilo, y todos los vaqueros de los alrededores con todos sus amigos y familiares fueron invitados a la fiesta más grandiosa que jamás se haya celebrado en las montañas.

Ahora bien, estas historias contadas por el “Viejo Quirno” y el Viejo Panza Leche” las he contado más para mostrar al lector que algunos de estos viejos ignorantes podían contar una historia interesante, incluso si no hubiera una palabra de verdad en ella, que para cualquier otro. otra razon.

Ninguno de estos mexicanos sabía leer ni escribir una sola palabra. Todo el conocimiento que tenían procedía de cosas que realmente habían visto o de lo que alguien más les había contado. La mayoría de sus amigos y conocidos eran tan ignorantes como ellos mismos. Y cuando varios de estos viejos se reunieron alrededor de una fogata y el humo del cigarrillo comenzó a calmar los puntos ásperos de sus recuerdos, entonces pudieron contar algunas historias bastante interesantes. Algunas personas los llamarán mentirosos de primera magnitud. Pero, si esos hombres hubieran tenido ventajas educativas, ¿no habrían sido buenos escritores de ficción? Sus historias no son peores que las que la mayoría de nuestra gente educada lee todos los días bajo el título de ficción.

En cuanto a la historia de “Panza Leche” sobre los vaqueros atando al oso, no había nada imposible o improbable en ella. Se había hecho muchas veces, según lo atestiguan algunos de los hombres más confiables que jamás hayan vivido en California o en cualquier otro estado. Pero su relato de los osos jugando a caballo con el ganado en el corral es donde difunde el romance.

Mientras hablo de este asunto de los vaqueros de California lazando osos, recuerdo el relato de una aventura de este tipo que me contó don Juan Ortega. Durante muchos años residió en el condado de San Diego y vivió a sólo unas pocas millas de donde se crió el escritor. Lo presenté a mis lectores en uno de los primeros capítulos donde describí cómo trajo un novillo para mi padre cuando yo era un niño pequeño.

Juan Ortega era conocido como uno de los mejores vaqueros de la parte sur de California, y dudo mucho que hubiera muchos mejores en alguna parte de este gran estado. Creo haber dicho antes que, en mi opinión, los nativos españoles de California eran los mejores vaqueros que el mundo jamás había producido. Era un hombre que nunca se jactaba de su capacidad. No era necesario. Todos los veteranos que lo conocieron sabían que entre los buenos vaqueros, Juan Ortega era tan bueno como ellos lo hacían. Nació en 1842, creo que en el condado de Ventura. Así que tenía seis años cuando California quedó bajo la bandera estadounidense.

La ganadería en aquellos días era la única industria real en este estado. Fueron asesinados por miles por sus pieles y William Heath Davis, en su libro llamado "Sesenta años en California" da una buena descripción de cómo se llevó a cabo esta matanza. Dice que solían reunir una manada de ganado en algún lugar elegido y seleccionar unas cincuenta cabezas para la matanza. Estos fueron atados por los vaqueros y masacrados. Las pieles se colgaban sobre postes o cuerdas para que se secaran. Pero se utilizó poca carne; prácticamente todo queda para los animales salvajes, ratoneros y buitres para devorar.

Heath Davis también nos cuenta que los osos abundaban en aquellos días y que acudían en gran número por la noche al lugar donde se había celebrado una de estas matanzas durante el día, para darse un festín con los cadáveres del ganado muerto. Dice que estos viejos rancheros consideraban deporte que los reyes salieran en las noches de luna, montados en sus mejores caballos, a donde llevaban una matanza y un lazo a los osos que habían bajado de los cerros para darse un festín de carne fresca.

Un rancho que tenía un gran rancho cerca de la Bahía de San Francisco le dijo que en una noche él y sus vaqueros habían atado y matado cuarenta osos.

Pero volvamos a mi relato sobre la aventura de Juan Ortega. Dijo que él y su hermano cabalgaron temprano una mañana hacia donde habían visto una vaca muerta que había sido asesinada por un oso el día anterior. Pensaron que si llegaban temprano podrían encontrar al oso en el desayuno. Tenían preparadas sus riatas y estaban montados en dos de sus mejores caballos. Manteniendo una pequeña elevación de terreno entre ellos y el cadáver hasta que estuvieron bastante cerca de él, de repente subieron por esta elevación y allí, comiendo el cadáver no había uno, sino dos grandes osos pardos. Entraron corriendo y cada uno ató a un oso. Juan dijo que agarró a su oso por el cuello y el viejo, tan pronto como lo descubrió, comenzó a gruñir y gruñir de una manera horrible. Frenó su caballo hacia atrás, manteniendo la riata tensa como la cuerda de un violín, y en muy poco tiempo ahogó al oso. Al mantener un tirón constante, no pasó mucho tiempo hasta que lo estranguló hasta la muerte. Tan pronto como estuvo seguro de que el oso estaba muerto, cabalgó hasta él, le quitó la riata y fue en ayuda de su hermano. El hermano había hecho un mal lanzamiento y había metido a su oso por el cuello y una de sus patas delanteras a través del lazo. Con ese agarre no pudo estrangularlo y el oso le estaba dando un forcejeo terrible.

Juan dijo: "Tan pronto como llegué a él, lo até alrededor del cuello y mientras mi hermano tiraba hacia un lado y yo tiraba hacia el otro, pronto estrangulamos al oso hasta matarlo". Dijo que pensaba que cualquiera de esos osos pesaría al menos mil libras y tal vez mil doscientas. Esto ocurrió en los primeros días en el condado de Ventura. La mayoría de las personas pensaría que se habrían sentido satisfechos con tener un oso. Y ciertamente se estaban arriesgando mucho al unir a los dos. Pero esos dos hermanos eran hombres entre hombres cuando se trataba de hacer ese tipo de trabajo. Juan Ortega aún vive. Ahora tiene su hogar en Santa Ana, Condado de Orange.

En los primeros días de California, lo más apropiado era que aquellos viejos vaqueros trajeran un oso vivo a la ciudad. Para ello saldrían varios hombres y lo atarían. Es posible que tengan al menos cinco o seis riatas encima. Pero dos de ellos lo agarrarían por el cuello y una pata delantera. Luego tomaban una piel seca de buey y le hacían dos agujeros cerca del extremo del cuello mientras los otros hombres sostenían al oso colgado entre ellos. Los dos que lo tenían por el cuello y una pata delantera pasarían las puntas de las dos riatas a través de los agujeros en la piel seca y trabajarían la piel lo más cerca posible de él con seguridad. Luego, mientras estos dos hombres arrastraban al oso hacia adelante, la piel se deslizaba hacia atrás sobre las riatas y pronto lo tendrían sobre la piel y podrían arrastrarlo como si estuviera en un trineo.

Habiendo expresado varias veces en esta narración la opinión de que los españoles californianos superaban a todos los demás como vaqueros, explicaré aquí que no quiero que mis lectores confundan el término “españoles californianos” con mexicanos.

Antes de que este país se convirtiera en parte de los Estados Unidos, las personas que vivían en lo que entonces se conocía como Alta California se consideraban bastante distintas de las que vivían en Baja California y México propiamente dicho. Muchas de las familias principales de Alta California eran descendientes directos de los primeros exploradores españoles y eran una excelente raza. Algunos de ellos, por supuesto, se habían casado con mexicanos, y sin duda había algo de sangre india mezclada donde nunca se pretendió. Pero también había un gran número de españoles, quizá más especialmente entre las mujeres españolas que se habían casado con americanos o ingleses.

Entonces, tomando todas las cosas en consideración, muchas de las mejores familias españolas de California se han mantenido hasta el momento como una excelente raza de personas. Por supuesto, muchos de sus caminos no son los nuestros, pero tampoco los nuestros son los suyos. Tienen tanto derecho a sus formas de vida como nosotros a las nuestras. Son personas amantes del placer como lo son todas las razas latinas y como resultado a muchos de ellos les queda poco para vivir cuando envejecen. Cuando la vejez los encuentra en la pobreza, suele ser a causa de su extrema hospitalidad.

La mayoría de ellos hacen honor a la advertencia de que si “tienes dos abrigo y tu vecino no tiene ninguno”, debes darle uno de los tuyos. La mayoría de las antiguas familias que tenían algo de dinero esperaban tener que cuidar de algunos de sus amigos que no eran tan afortunados. Hay otro asunto que deseo abordar en justicia a estas personas. Parece ser la opinión general de una gran mayoría de los orientales y de los europeos en general que los californianos españoles eran una raza cobarde y traicionera y que un miembro de su clase podía igualar a media docena de ellos en un encuentro. Ahora bien, nunca hubo un error mayor que este. Los españoles de California y también el mexicano promedio son tan valientes y valientes ante el peligro como cualquier persona promedio. Si alguno duda de lo que digo, que se ponga a atropellar o pisotear los derechos de uno de ellos y pronto tendrá motivos para cambiar de opinión. He vivido entre españoles y mexicanos toda mi vida y he visto muchos, muchos ejemplos de gran valentía mostrados por ellos.

La mayoría de los que se burlan de esta gente dirán: “Mira el disco que hicieron en la época de la guerra con México, allá por finales de los años cuarenta. ¿No fueron rechazados cada vez que las tropas estadounidenses entraron en contacto con ellos? Debemos admitir que lo fueron. ¿Pero qué era su ejército sino una simple chusma? Con armas (donde las tenían) que tenían al menos medio siglo de retraso. En su mayoría iban armados con palos afilados que llamaban “lanzas”. Una banda medio hambrienta y andrajosa; dirigido por un miserable grupo de estafadores políticos que carecían tan absolutamente de principios que en muchos casos tenían miedo de sus propios hombres.

En un gobierno corrupto siempre mandan los más despreciables. ¿Qué ejército logró algo sin un buen líder? ¿No se dijo hace muchos siglos que “un ejército de asnos comandados por un león derrotará a un ejército de leones comandados por un asno”? Nunca se pronunció un dicho más verdadero. Pero en la Guerra de México enviamos un ejército de leones comandados por un león y se encontraron con un ejército de leones medio hambrientos comandados por un asno.

La mayoría de nosotros sabemos que las razas latinas en general son un grupo vengativo. Si alguien los insulta o les hace daño, se esforzarán mucho en vengarse de él. Y como su memoria es buena a la hora de recordar rencores o heridas, suelen conseguir llegar bien e incluso con quien creen que les ha hecho un daño.

Los indios del sur de California también estaban en el mismo orden. Es decir, si alguien abusaba de ellos o intentaba dañarlos de alguna manera, era muy probable que en poco tiempo descubriera que se habían vengado de él de alguna manera. Quizás descubriría que le habían robado los caballos. O se había cometido alguna otra diablura. Seguramente se vengarían si se les ofreciera alguna oportunidad. Cuando tanto los caballos como el ganado corrían sueltos, se los podía ahuyentar fácilmente.

En nuestra familia siempre fue una regla tratar a todas estas personas de manera justa y honesta como si hubieran sido de nuestra propia raza. Y aunque criamos caballos en grandes cantidades durante los cuarenta años que estuvimos en el negocio ganadero en el condado de San Diego, nunca nos robaron ni uno solo. Hicimos matar algunas reses y se llevaron parte de la carne (probablemente algún pobre desgraciado cuya familia estaba medio muerta de hambre) y es posible que se hayan llevado algunas reses de las que nunca supimos. Porque es imposible seguirles la pista a todos. Pero con el ganado de caballos les llevábamos la cuenta a todos, aunque frecuentemente teníamos hasta doscientas cincuenta cabezas en el rancho. Sabemos que nunca nos robaron ni uno solo.

Podría nombrar a muchos otros colonos de este condado a quienes les robaron caballos. No era nada raro oír hablar de caballos robados directamente de los establos o corrales. Por supuesto, el robo de caballos no lo realizó ninguna clase o raza de personas en particular. En todos los grupos hay gente sin ley y sin principios. Vemos prueba de ello en los numerosos crímenes de todo tipo que se cometen a nuestro alrededor en estos días. Me sentiría muy orgulloso de ello si pudiera decir sinceramente que la raza estadounidense es menos propensa a cometer crímenes que cualquier otra. A uno siempre le gusta creer lo mejor de su propia raza. ¡Pero Ay! Cuando miramos las noticias del día y leemos la gran cantidad de crímenes de todo tipo que se registran, tenemos que confesar que están divididos de manera bastante equitativa entre todas las razas.

Mientras hablo de los viejos vaqueros españoles, hay algunos otros rasgos de carácter entre ellos de los que me gustaría hablar antes de terminar. Una cosa que he notado especialmente es la confianza que tenían entre sí cuando trabajaban con stock. Por ejemplo, si uno de ellos tenía una vaca o un novillo salvaje y feroz atado y lo sujetaba con su caballo y se hacía necesario que el otro hombre desmontara para hacer cualquier parte del trabajo que no podía hacer desde su caballo, lo haría aparentemente sin temor a que el otro hombre dejara que la vaca o el novillo lo cornearan o lo cornearan. He visto hacer esta prueba muchas veces y varias veces se me han puesto los pelos de punta por miedo a ver a un hombre de pie con cuernos. Pero el tipo que estaba asumiendo todo el riesgo parecía no tener miedo, sino que confiaba implícitamente en la capacidad de su compañero para sujetar al feroz bruto incluso cuando estaba en peligro. abalanzarse y lanzarse hacia él y ganar uno o dos pies significaría su muerte. Recuerdo un caso de este tipo que me impresionó profundamente. Ocurrió en el verano de 1896. Yo estaba a cargo de un rebaño de unas trescientas cincuenta cabezas de ganado que habíamos llevado hasta el pantano cerca de la desembocadura del río Santa Ana, en el condado de Orange, para

transportarlas durante el año seco. .

En aquella época había cientos de acres de sauces de diez a diez metros de altura en aquella región pantanosa. Y era casi imposible atravesarlos. Para llevar nuestro ganado al pantano tuvimos que conducirlo durante varias millas por un camino cortado a través de uno de esos matorrales de sauces y este camino sólo tenía el ancho suficiente para que pasara una carreta. Al pasar por este tramo del camino perdimos una vaca y dos novillos. Después de haber instalado nuestro ganado en el pasto al que lo llevábamos, regresé y encontré los que habían desaparecido. Como eran salvajes, en ese momento no intenté llevarlos al pasto porque sabía que se dispersarían entre los sauces y podría perderles la pista por completo.

Don Marcos Forster tenía un rebaño de setecientas u ochocientas cabezas de ganado en un potrero contiguo al nuestro al oeste, y su ganado estaba a cargo de Garibaldo Carrillo. Carrillo y yo nos ayudamos mutuamente en todo lo que pudimos y cuando le conté de los perros callejeros en los sauces aceptó venir y ayudarme a llevarlos a nuestro pasto. Algunos días después de esto, Johnnie Forster (un hijo de Don Marcos) vino al campamento de Carrillo para quedarse por uno o dos días. Mientras estuvo allí, él y Carrillo vinieron una mañana para ayudarme a buscar a los perros callejeros.

Cabalgamos hasta donde los había visto por última vez y pronto localizamos a los callejeros. Uno de los toros estaba con el ganado de otro hombre y él dijo que podía dejarlo en su pasto todo el tiempo que quisiera. Así que decidimos que la mejor manera de coger a los otros dos sería juntarlos para evitar que se separaran y luego intentar sacarlos a través del matorral de sauces.

Johnnie Forster (que recibía el sobrenombre de Chico) ató a la vaca y, dando la vuelta a un pequeño sauce, la arrastró hasta él. Seguí al toro entre los espesos sauces por un corto tiempo y finalmente lo saqué a un pequeño espacio claro donde lo até y lo llevé cerca de donde Carrillo y Johnnie tenían la vaca. Mientras Johnnie sostenía a la vaca bastante cómodamente contra el árbol, Carrillo desmontó y comenzó a atar una cuerda alrededor de sus cuernos, por medio de la cual pretendía atar al toro y a ella juntos. Tan pronto como Carrillo se acercó a ella a pie, la vaca se puso a pelear y ella bramó y se abalanzó sobre él con perfecta furia. Él estaba parado justo frente a su cabeza y atando la cuerda alrededor de sus cuernos, cuando ella se abalanzó terriblemente sobre él y finalmente lo atrapó contra un pesado grupo de sauces a través del cual corría una vieja cerca de alambre, de modo que no hubiera podido retroceder ni un segundo. pulgada más lejos. La vaca se abalanzaba sobre él con perfecta furia y sus afilados cuernos no le llegaban al estómago a más de veinte centímetros. Esperaba verlo intentar batirse en retirada, pero siguió atando la cuerda alrededor de sus cuernos y al mismo tiempo diciéndole a Johnnie en voz alta: “¡No la aflojax ningun dedo Chico!” (¡No le des la longitud de un dedo, Chico!) Lo único que le impidió molestarlo fue el hecho de que Johnnie no “afloja ningun dedo”. Ahora a eso lo llamo tener confianza en tu pareja. Bueno, al fin los juntamos y con un jinete delante con una riata y otro detrás para contenerlos, los bajamos entre los sauces y nos soltamos con la manada principal.

Ese mismo verano mientras me quedaba allí cuidando el ganado, subí un día a Santa Ana a hacer un recado. Estando allí conocí a Don Marcos Forster, y me dijo que sus vaqueros traían una partida de setecientas cabezas de ganado del Rincón (cuyo lugar está en el río Santa Ana debajo de Corona) y las iban a llevar a Las Bolsas. al potrero donde Carrillo cuidaba otra banda (de la que he hablado antes). Me preguntó si le diría a Carrillo que viniera al día siguiente y se encontrara con el rebaño en algún lugar del Rancho San Joaquín y les mostrara el camino al pasto Las Bolsas. Acepté hacerlo. Esa misma tarde cabalgué hasta su campamento y le conté a Carrillo lo que don Marcos había dicho. Me preguntó si podía bajar y acampar con él esa noche y que saldríamos muy temprano a la mañana siguiente y así encontraríamos a los hombres con el ganado en el Rancho San Joaquín. Así que volví a mi hospedaje y les conté nuestros planes y luego bajé nuevamente al campamento de Carrillo. A la mañana siguiente me

llamó a las dos y mientras preparaba el desayuno salí a ensillar los dos caballos que íbamos a montar. Luego, cuando terminamos de comer, salimos apresuradamente, montamos en nuestros caballos y partimos antes de las tres. Era una mañana fresca y agradable de principios de otoño. A esa hora de la mañana todavía habría estado bastante oscuro si no hubiera sido por el hecho de que brillaba una luna brillante.

Íbamos montados en dos de los caballos de silla de Don Marcos Forster. Tan pronto como atravesamos el agua y los tules cerca del campamento y llegamos a un lugar donde el suelo debajo de nuestros caballos era razonablemente firme, Carrillo, que encabezaba el camino, se lanzó a un rápido galope. Eran varios kilómetros a través del suelo húmedo de la zona pantanosa, pero íbamos siguiendo un camino por donde habían ido las carretas, así que cabalgamos de lado a lado. Cuando llegamos al lado este del valle tuvimos que ascender una gran colina para llegar a la mesa. Habíamos cabalgado a un largo galope a lo largo de todo el valle o pantano. Cuando llegamos a las estribaciones del lado este, busqué a Carrillo para que redujera la velocidad, pero mantuvo el mismo paso durante todo el camino hasta la pendiente bastante empinada que conducía a la mesa, a la que llegamos un poco al oeste del pequeño pueblo de Fairview.

Desde allí teníamos un terreno llano o ligeramente descendido hasta el valle de la Estancia San Joaquín. Aún así cabalgábamos al galope. Seguía pensando que deberíamos reducir la velocidad y darles a nuestros caballos la oportunidad de recuperar el aliento (aunque no resoplaban ni respiraban con dificultad en lo más mínimo, aunque ya habíamos caminado al galope durante al menos siete u ocho millas). dijo: "Carrillo, será mejor que disminuyamos la velocidad por un momento y les demos a estos caballos un respiro". Pareció sorprendido por mi preocupación por los caballos y dijo: "¡No! Estos caballos no están nada cansados. De este paso irán hasta San Juan si es necesario, y tampoco estarán cansados cuando lleguen. (De Las Bolsas a San Juan había entre veinte y veinticinco millas). No dije más acerca de disminuir la velocidad y mantuvimos el mismo paso a través del valle del Rancho San Joaquín y nos encontramos con los vaqueros con el ganado cerca de las colinas en el lado este.

No sé cuál fue la distancia que recorrimos esa mañana, pero debe haber sido al menos catorce o quince millas. Y cada metro de esa distancia lo recorrimos a paso rápido.

Don Marcos Forster llevaba muchos años criando buenos caballos y en gran cantidad. En aquella época tenía un lote espléndido de caballos de silla bien domados y también muchas yuntas espléndidas.

Ese día me divertieron mucho mientras conducíamos el ganado hacia la costa, con las discusiones entre Johnnie Forster (que estaba a cargo del arreo) y uno de sus viejos vaqueros. Este viejo, que había encanecido al servicio de don Marcos, estaba muy impaciente y quería mantener el rebaño en movimiento todo el tiempo. No dejaba de decirle a Johnnie que, a menos que los mantuviéramos en movimiento, no llegaríamos a Las Bolsas esa noche. Yo mismo tenía algunas dudas sobre si llegaríamos a nuestro destino ese día. Pero Johnnie, muy sabiamente, siguió dejando que la manada se detuviera aproximadamente cada hora para descansar y alimentarse. Y cada vez que detenía la manada, llamaba con buen humor a este viejo y le preguntaba qué pensaba de nuestras posibilidades de terminar el viaje de noche. Durante toda la mañana cada vez que hacía la pregunta recibía siempre la misma respuesta. "¡No! No puedo llegar en este modo, Patrón. Está' muy lejos de aquí a Las Bolsas. (¡No! No podemos llegar allí de esta manera, Patrón. Hay una gran distancia hasta Las Bolsas.) Pero más tarde ese mismo día, cuando empezó a parecer que lo lograríamos, el viejo tenía poco que decir. Finalmente, mientras permitíamos que la manada descansara y se alimentara, cuando ya era más del mediodía y ya habíamos recorrido considerablemente más de dos tercios del recorrido, Johnnie llamó al viejo para preguntarle si creía que a estas alturas llegaríamos a Las Vegas. Bolsas esa noche. Su respuesta fue, mientras miraba a lo lejos: "Parado no". (¡Quedarse quieto, no!) Creo que nunca he escuchado una respuesta más expresiva a una pregunta.

Sin embargo, llegamos a Las Bolsas esa tarde al atardecer.

X

Si analizamos un lapso de más de cincuenta años en el condado de San Diego, se han producido algunos cambios maravillosos. Los próximos cincuenta años serán testigos de cambios mucho mayores. Pero serán de otro tipo. De ahora en adelante, hasta donde nos atrevamos a mirar hacia el futuro, el progreso será constante y siguiendo líneas naturales. Habrá pocas dificultades que difieran materialmente de las que deben enfrentarse y superarse en cualquier comunidad en crecimiento. Pero si miramos retrospectivamente lo que tuvieron que enfrentar los pioneros, vemos una situación muy diferente. Muchos de ellos llegaron a través de las llanuras desde los distintos estados más civilizados. Y cuando decidieron mudarse al Dorado Oeste, por supuesto sabían que eso significaba liberarse no sólo de sus amigos y conocidos, sino también de la mano protectora de la ley. Porque debían viajar durante meses a través de una parte del país donde había pocos asentamientos y donde las tribus indias incivilizadas eran todo menos amistosas.

Lo que sufrieron algunas de las mujeres que cruzaron las llanuras con aquellos viejos trenes de inmigrantes, sólo Dios lo sabe. Madres con niños pequeños que nunca se acuestan a dormir por la noche sin pensar que ellas y sus queridos pequeños podrían ser asesinados o arrancados el cuero cabelludo antes del amanecer. En g. Si un coyote o un lobo aullaba cerca de su campamento debían estar alerta porque podrían ser indios imitando a estos animales. Si un búho ululaba en un árbol cercano debían acercarse a sus pequeños y rezar a Dios para que no fuera un indio imitando el ulular de un búho. Porque los temibles salvajes podían imitar tan perfectamente el ladrido de un coyote o el ulular de un búho que podían engañar a cualquiera. Y siempre corrían el peligro de que estos demonios les robaran sus equipos y de que ellos y sus pequeños se quedaran sin medios para seguir adelante. Cuando pensamos en estos peligros, y luego agregamos los peligros de vadear ríos y de viajar por caminos de montaña imposibles, ciertamente debemos sentirnos como si estuviéramos de pie con la cabeza descubierta mientras pasa una mujer que sabemos que pasó por estas experiencias.

He hablado con varias de ellas y me ha convencido completamente de que las mujeres en tiempos de adversidad y peligro reales son más valientes que los hombres. Nunca he hablado con una de estas mujeres pioneras que se jactaban de haber hecho algo extraordinario. Sus maridos habían decidido venir a California y, por supuesto, habían echado la suerte con sus maridos, para bien o para mal, cuando se casaron.

El padre y la madre del escritor no cruzaron las llanuras cuando llegaron a California. Llegaron por el Istmo de Panamá y en vapor. Siempre he estado agradecido de que mi madre escapara de las pruebas y peligros de un viaje a través de las llanuras. Aunque su viaje hasta aquí por mar estuvo lejos de ser un viaje de placer.

Hay una pareja de ancianos que vive a unos treinta metros de donde está sentado el escritor mientras escribe estas líneas, que cruzaron las llanuras desde Texas en el año 1868. Me refiero al Sr. y la Sra. L.H. Bailey de 4227 St. James Place, San Diego, California. El señor Bailey nació en 1840, por lo que tenía veintiocho años cuando partieron hacia la costa del Pacífico. La señora Bailey nació en 1843, por lo que tenía veinticinco años. Tuvieron dos hijos. Una pequeña hija de cuatro años y un niño de dos. Ambos ancianos están ahora bastante débiles por la edad, porque el señor Bailey cumplirá ochenta y cinco años y la señora Bailey ochenta y tres este verano. Pero ambos tienen la mente muy clara cuando hablan de

acontecimientos que ocurrieron cuando cruzaban las llanuras hace cincuenta y seis años.

Comenzaron cerca de Houston, Texas, el 1 de abril y llegaron a un lugar en el condado de San Diego, cerca de Campo, en los últimos días de noviembre. Así que estuvieron ocho meses haciendo el viaje. La mayoría de los grupos que vinieron de Texas hicieron el viaje en unos seis meses. Los Bailey también lo habrían logrado en ese tiempo si hubieran venido directamente. Pero viajaron al norte desde Houston durante varios cientos de millas, con la intención de tomar una ruta más al norte a través del Gran Lago Salado y entrar en el norte de California. Sin embargo, cuando casi habían llegado a donde habrían tomado el camino más al norte, supieron que el peligro de los indios era tan grande en esa ruta ese año, que todos los trenes tomaban la ruta más al sur, vía Santa Fe, y llegando a California a través de Arizona. Entonces ellos también dieron media vuelta y tomaron el camino del sur. Al tomar este desvío hacia el norte perdieron dos meses de un tiempo valioso.

La señora Bailey y yo hablamos sobre su viaje a través de las llanuras hace sólo unos días. Según ella, tuvieron la experiencia habitual de los trenes de inmigrantes que llegan a California.

No tuvieron encuentros con los indios, aunque vieron que otro tren de carretas que los había precedido había sido atacado y quemado. No quedan más que las piezas de hierro. Tampoco vieron ningún búfalo en su viaje. Esto era inusual en aquella época temprana, ya que a veces se los veía en manadas de miles. Sin embargo, la parte de su viaje a la que deseo referirme especialmente es la parte después de que casi cruzaron el desierto en este: el condado de San Diego.

La mayoría de los habitantes de San Diego han recorrido la carretera entre San Diego y el Valle Imperial. Y aquellos, sin duda, no han olvidado el camino que conduce hacia el desierto desde las colinas más allá de Jacumba, pasando por Mountain Springs, y bajando a través de rocas, arena y desolación general hasta Coyote Wells. Algunas personas piensan que el camino, ya sea hacia arriba o hacia abajo de las montañas, es peligroso aún. Pero si tomaran nota de lo que esos pobres y viejos tiros de bueyes tuvieron que superar para llegar a la (en ese momento) parte habitable de California, dirían que cualquier camino que hayan recorrido en el Oeste (no importa lo malo que sea) era un bulevar.

El camino viejo, después de pasar Coyote Wells (viniendo hacia San Diego) era de pendiente bastante fuerte, y por arena gruesa y seca, con abundantes cactus, chollas y rocas, hasta llegar a la desembocadura de lo que se llamaba el “Cañón del Diablo”. .” Para llegar a la desembocadura de ese horrible desfiladero se pasa por el cañón en el que entra el actual camino, pasando por lo que se conoce como el “Pan de Azúcar” y después de atravesar arena espesa con muchas rocas para saltar durante un millón de kilómetros.

Uno o dos, giramos a la izquierda por el tramo de carretera más rocoso, más accidentado y más espantoso que jamás hayas visto. Desde ese punto hasta llegar a Mountain Springs, no creerías que fuera posible llevar carretas por un camino peor. Pero cuando llegues a Springs, detente y mira la gran montaña rocosa que se eleva como un gran muro ante ti. Si te fijas bien podrás ver el antiguo camino por el que debían subir las antiguas yuntas de bueyes. (Sí, todavía está allí).

Cuando se encuentre en la estación actual llamada Mountain Springs, mirando hacia el oeste, verá la pendiente que se recorre ahora, girando hacia la izquierda a medida que asciende la montaña.

Verá otra pendiente más antigua que sale de Springs y se dirige hacia la derecha. Es mucho más empinado que el camino que se utiliza ahora y no parece muy atractivo. Probablemente dirás: “Gracias a Dios, no tenemos que pasar ese grado”. Pero justo entre esos dos grados, el que se usa ahora y el más antiguo y empinado que se dirige hacia la derecha, a medida que asciende la montaña, hay un gran pico rocoso y empinado.

Y zigzagueando por la ladera de esa escarpada montaña se encuentra el antiguo camino original que los pioneros tuvieron que escalar para poder cruzar las montañas. Fue fabricado por John C. Fremont en 1848, cuando cruzó el continente hasta llegar a San Diego.

Vi el viejo camino muchas veces antes de siquiera soñar que alguna vez habían pasado carros por él. Supuse que habría sido un sendero por el que habían conducido mulas de carga o burros.

John Capron, quien en 1857 tenía un contrato para transportar el correo y los pasajeros desde Los Ángeles vía San Diego hasta El Paso, Texas, me dijo que sus diligencias recorrieron esa antigua carretera de Fremont hasta llegar a lo que llamaron el "nuevo grado". " construido. (Es decir, la pendiente que se dirige hacia la derecha cuando se mira hacia el oeste desde Mountain Springs).

Dijo que consideraban que el antiguo grado era tan malo y peligroso que siempre pedían a sus pasajeros que subieran la colina desde Mountain Springs. Me contó un incidente divertido que ocurrió allí una vez. Hay muchos habitantes de San Diego que recuerdan a John Capron, ya que murió aquí hace sólo unos años. Y también recordarán que tenía un maravilloso sentido del humor.

Dijo que solían tener una estación en Mountain Springs, donde cambiaban de caballos. Una vez que él mismo venía a San Diego en una de sus etapas, se detuvieron como de costumbre en la estación y cambiaron de equipo, montando seis caballos para subir la montaña.

En ese viaje llevaban cuatro o cinco pasajeros. El conductor, como de costumbre, explicó a los pasajeros que tenían una montaña muy mala para frenar, y les pidió que subieran por el sendero, que era mucho más corto que el camino que debía recorrer la etapa. Todos aceptaron de buena gana, excepto uno, que era alemán. Este alemán dijo que había pagado su pasaje y además le dolían los pies, y que iba a montar aunque fuera una colina empinada.

Capron dijo: "Llevé al conductor a un lado y le dije: 'Ahora, Frank, cuando empieces a subir la pendiente, ponles el látigo a esos caballos y, hagas lo que hagas, ¡no dejes que ese holandés se baje! Le daremos el viaje de su vida'". Dijo que el camino era tremendamente rocoso y empinado, además de muy deslizante en algunos lugares, y mientras Frank les daba el ante y avanzaba a un ritmo terrible, el "holandés" comenzó a temer que el escenario se volcara y rodara por la ladera de la montaña. Entonces empezó a gritar: "¡Quiero salir! ¡Quiero salir! Capron le gritó: "¡Siéntate donde estás!" Pero el pobre hombre estaba cada vez más asustado y gritaba: "¡Quiero salir!". "¡Quédate quieto, tú ----- holandés!" -gritó Capron, y sacando un revólver, lo empujó contra un lado de la cabeza del tipo y le dijo que si no hacía lo que le decía, le volaría los sesos. En ese momento la diligencia dio un breve giro y llegó a un lugar un poco más desviado que cualquiera de los que habían pasado. "Sal y párate sobre la zapata de freno en la parte superior o este escenario se volcará", gritó Capron. "¡Y si intentas saltar, te dispararé!" Hicimos el viaje cuesta arriba en aproximadamente la mitad de nuestro tiempo habitual", dijo Capron, "y llevábamos al holandés más asustado que jamás hayas visto". Y aunque había poco peligro de que el escenario se volcara, le hicieron creer al pobre holandés que sí lo había. Cuando llegaron arriba y se detuvieron para recoger a los demás pasajeros, el "holandés" se había llevado un susto tal que casi se marea. Le aseguró al conductor que si hubiera más montañas como esas en el camino estaría dispuesto a escalarlas a pie.

Cualquier veterano que recuerde a John Capron creará fácilmente que él haría pasar a un pasajero contrario por una experiencia así y disfrutaría de la diversión al máximo.

Pero debo volver a la experiencia de la Sra. Bailey al cruzar este antiguo camino en una carreta cubierta en 1868. Según recuerdo su historia, acamparon en Coyote Wells el domingo por la noche. El lunes se detuvieron a través de la arena espesa hasta cerca de la desembocadura del Cañón del Diablo. Cuando llegaron tan lejos, sus bueyes estaban casi agotados. Hay wAhora sólo había dos familias en el grupo: el Sr. y la Sra. L.N. Bailey e hijos, y su hermano Henry Bailey y su familia. Tenían tres yuntas de bueyes en cada carro.

Los hombres decidieron que como ahora tenían que escalar una montaña muy mala, debían dejar un carro y usar tiros dobles. Es decir, poner los doce bueyes en un carro y llevarlo a la cima de la montaña, y luego regresar y subir el otro carro.

Me esforzaré ahora en contar la experiencia de la señora L.N. Bailey, tal como ella me lo ha contado. "Los hombres continuaron con la otra carreta dejándonos a mí y a nuestros dos hijos, y a la esposa y los hijos de Henry Bailey acampados allí en la arena. Los hombres regresaron con los bueyes el miércoles, después de haber subido una carreta colina arriba. Aquella tarde partieron con el segundo carro. Esa noche caminé detrás de la carreta por todo el Cañón del Diablo. Llegamos a Mountain Springs alrededor de la medianoche y acampamos allí hasta la mañana. Por la mañana comenzamos a subir la gran montaña detrás de Springs (el antiguo grado de Fremont). Caminé detrás de la carreta hasta arriba. Llegamos a un lugar llamado Milquati el viernes por la tarde, donde fuimos al campamento. El lunes siguiente por la noche nació mi hijo Harvey".

Ahora bien, si esa no es una experiencia por la que debe pasar una mujer que haría que un hombre se levante el sombrero y se quede con la cabeza descubierta al pasar, entonces, en el nombre de Dios, ¿cuál sería?

Cuando le pregunté a la señora Bailey si su experiencia en ese momento no fue completamente aterradora, dijo: "No, sentí que estaba sostenida por un poder superior y que debía superar todo esto de alguna manera". El Libro de Dios nos dice que "si tenéis fe, podéis mover montañas". Pero aquí estaba una mujercita que tenía suficiente fe para poder escalar montañas sin que se las quitaran.

California fue poblada por una clase maravillosa de personas que no temían enfrentar peligros y privaciones cuando tenían un propósito a la vista. "Los cobardes nunca empezaron y los débiles murieron en el camino".

Y las mujeres pioneras que colonizaron el Gran Oeste fueron, muchas de ellas, mujeres maravillosas. Algunos de ustedes que han leído los relatos de la terrible experiencia del "grupo Donner", quienes, después de un viaje muy difícil a través de las llanuras, quedaron atrapados en una tormenta de nieve inusualmente temprana y muy fuerte en lo que después se llamó "Lago Donner". cerca de Truckee, y donde murió la mayor parte del grupo, recordará con qué valentía las mujeres del grupo enfrentaron los peligros.

Los del grupo que fueron rescatados con vida la primavera siguiente contaron cómo los grupos de los más fuertes (algunos hombres y algunas mujeres) intentaron una y otra vez abrirse camino a través de los terribles montones de nieve que cubrían la alta Sierra, en un vano esfuerzo por llegar a ayuda. Y en casi todos los casos, las mujeres de esos grupos sobrevivieron y superaron a los hombres, en esos terribles días y noches de abrir camino a través de la nieve profunda. Ninguno de esos partidos logró llegar a los asentamientos. O murieron donde se dieron por vencidos o regresaron para morir de hambre, en sus campamentos en Donner Lake. Pero el hecho es que la primavera siguiente, cuando los pocos que quedaban vivos fueron rescatados por grupos de búsqueda del lado occidental de las Sierras, y enviaron buscadores para encontrar los restos de aquellos grupos que tan valientemente habían perdido

la vida luchando a través de las Sierras, Durante las terribles tormentas de las montañas, en casi todos los casos descubrieron que las mujeres habían llegado más lejos que los hombres antes de darse por vencidos. Algunos dirán que eso se debió a que los hombres protegieron a las mujeres de todas las formas posibles y, por lo tanto, se agotaron mientras la fuerza de las mujeres estaba reservada. Podemos creer fácilmente que esos valientes hombres protegieron a las mujeres todo lo que pudieron. Pero todos los diarios de los distintos hombres parecen coincidir en que las mujeres, desde el principio, participaron en pie de igualdad con los hombres en la tarea de abrir camino y en todas las demás dificultades que tuvieron que soportar.

¿Qué explicación podemos dar entonces para que puedan llegar más lejos que los hombres del partido? Los hombres suelen ser mucho más fuertes físicamente que las mujeres. En opinión del escritor, la respuesta está en la explicación de la señora Bailey de cómo logró caminar esas terribles montañas del desierto menos de una semana antes de que naciera su hijo. Fueron "sostenidos por un poder superior". Las mujeres tienen una fe en Dios más fuerte que la de los hombres.

XI

Como la intención del escritor desde el principio ha sido dar una descripción lo más precisa posible de cómo vivían los primeros colonos de este condado, y describir tantas de sus experiencias como pudo obtener relatos auténticos, tendrá que dar un relato de otra experiencia que esta misma señora L.N. Bailey tuvo el primer año que vivieron en el condado de San Diego.

Mis lectores notarán que el escritor se ha limitado por completo a cuestiones relacionadas con el interior del país. Muchos otros escritores han escrito relatos que describen los eventos que tuvieron lugar en el pueblo o ciudad de San Diego. Pero este es un relato de hechos ocurridos en San Di.el país de atrás del ego.

En el año 1869 el Sr. y la Sra. L.N. Bailey se instaló en un terreno gubernamental en un pequeño valle justo al pie de la pendiente alpina.

Construyeron una pequeña cabaña a unos tres cuartos de milla al oeste de lo que ahora es la carretera pavimentada. Estaba en parte bajo las ramas de un gran roble. Había varios robles hermosos en el pequeño valle, y había y todavía hay un hermoso manantial de agua a poca distancia debajo de donde se encontraba su cabaña. Las colinas que rodeaban el pequeño valle eran muy accidentadas y cubiertas de una espesa maleza, en la que con frecuencia se veían ciervos y otros animales salvajes. El Sr. Bailey todavía se deleita en contar algunas de las grandes ganancias que mató en esas colinas con un viejo "rifle Hawkins" que tenía.

Pero no mucho después de que construyeron su cabaña, tuvo que ponerse a trabajar en una trilladora para ganar dinero y conseguirles las pocas cosas necesarias para la vida que debían tener. Como la trilladora estaba trabajando en El Cajón, el Sr. Bailey no podía volver a casa por las noches. Entonces, la señora Bailey y los niños pequeños no lo vieron desde el amanecer del lunes por la mañana hasta el anochecer del sábado por la noche.

Tenían algunas gallinas, que dormían en el roble que había encima de la cabaña. Como no había vecinos más cerca de lo que ahora se llama "Flin Springs", era un lugar bastante solitario para que

quedaran una mujer y tres pequeños. Pero todo salió bien por un tiempo. Entonces, una noche, algo causó una gran conmoción entre las gallinas en el árbol sobre la cabaña. Se oyeron grandes carcajadas y graznidos y luego oyó a una especie de animal en lo alto del árbol comiéndose las gallinas que había atrapado. Sabía que era un animal grande porque podía oírlo crujir al pobre pollo, con huesos y todo. Tan pronto como terminaba de comerse un pollo, atrapaba otro, y entonces la pobre señora Bailey también oía los huesos de ese pollo siendo aplastados entre sus poderosas mandíbulas.

Como no tenía idea de qué clase de animal podría ser, por supuesto estaba muy asustada. En aquella época los osos no eran raros en las montañas más altas, y ella no sabía si alguno podría haberse extraviado hasta aquí. Cerró la puerta de la pequeña cabaña y cerró la ventanilla lo mejor que pudo. Después de haber comido varias gallinas, se fue.

La noche siguiente volvió a ocurrir y se repitió lo ocurrido la noche anterior. Más graznidos de gallinas muy asustadas y más crujidos de huesos. Después de haber comido hasta saciarse, se fue de nuevo.

Afortunadamente, el día siguiente era sábado y el señor Bailey estaría en casa antes de acostarse. Podemos imaginarnos con qué ansia la pobre señora Bailey esperaba su llegada. Ya era de noche cuando llegó y lo acompañaba un tal Sr. Armstrong, que era un cazador profesional. Y este Sr. Armstrong tenía un perro grande que lo seguía a todas partes.

Mientras cenaban, la señora Bailey les contó el terrible susto que había tenido las dos últimas noches cuando el animal mató a sus gallinas. El Sr. Armstrong decidió que probablemente era un puma y dijo: "Si viene por aquí esta noche, mi perro seguramente lo atraparé".

Antes de terminar de cenar oyeron ladrar al perro y persiguieron algo por la ladera de la montaña. Cuando los hombres salieron, pudieron escuchar al perro ladrar excitadamente debajo de un árbol en la ladera cubierta de maleza. El Sr. Armstrong dijo: "Sea lo que sea, mi perro lo tiene arbolado".

El señor Bailey consiguió su viejo rifle Hawkins de avancarga y él y el señor Armstrong subieron la empinada ladera hasta el roble bajo el cual el perro ladraba y gemía con tanto entusiasmo.

Mirando hacia el cielo, pudieron ver un objeto oscuro en el árbol que, por su tamaño, de inmediato decidieron que era un puma. Pero la noche era demasiado oscura para ver y disparar con un rifle sin una luz que iluminara las miras. Así que decidieron recoger algunas ramas secas y pasto, y encender un fuego debajo del árbol, a cuya luz podían ver para disparar lo que fuera. Justo cuando el señor Bailey estaba disponiendo la tela para encender el fuego, el león (porque así resultó ser) saltó desde la rama en la que había estado hasta una rama seca que se rompió bajo su peso, y cayó casi sobre encima de su cabeza.

El perro grande lo persiguió colina arriba y pronto volvió a atraparlo. Los dos hombres se abrieron paso entre la espesa maleza y pronto llegaron al segundo árbol. Luego, con cautela, encendieron un fuego y a su luz pudieron ver un león inusualmente grande en el árbol. La Sra. Bailey dijo que en el aire claro de la noche podía escuchar a los hombres en la ladera de la montaña hablando entre sí, y cuando el Sr. Bailey apuntaba con su viejo y confiable rifle Hawkins, el Sr. Armstrong le advertía: "Asegúrese de Disparo, porque con sólo herirlo seguramente matará a mi perro.

El señor Bailey era en aquellos días un espléndido tirador con el rifle y al sonido del disparo el león se

desplomó y cayó al suelo, con un disparo en el cerebro.

Cuando lo arrastraron hasta la cabaña descubrieron que medía casi dos metros y medio de punta a punta.consejo.

XII

Hay algunos personajes interesantes en el interior del condado de San Diego. Y siempre he disfrutado mucho hablando con ellos.

Una tarde estaba con un grupo de hombres frente a una pequeña tienda rural y a una oficina de correos. Estaba tan oscuro que no podía ver ninguno de sus rostros lo suficientemente bien como para formarme una idea de cómo eran. Y la mayoría de ellos eran extraños para mí.

Estuvimos discutiendo varios temas y finalmente hice un comentario sobre algo que había sucedido en el año 1881. “¿Estabas aquí en ese momento?” preguntó uno de los hombres que estaban parados en la oscuridad. “Sí”, dije. “Había estado aquí bastantes años en ese momento”. Luego me preguntó en qué año había venido a este condado y le dije que había estado aquí desde 1868. Cuando le pregunté en qué año vino aquí, dijo que vino en 1865. Así que hablamos bastante sobre los primeros días. , mientras estábamos allí en la oscuridad.

Mientras nos separábamos para ir a nuestros distintos campamentos, dijo: “Ven a verme algún día mientras estés aquí”. Y me describió la manera de encontrar su lugar. Así que uno o dos días después, mientras deambulaba por ahí, decidí ir a buscar a mi nuevo conocido.

No tuve ninguna dificultad para encontrar su cabaña, porque cuando un anciano le dice a otro cómo encontrar un lugar, le resulta fácil seguir las instrucciones.

Por supuesto, nos habíamos dicho cómo nos llamábamos la noche que nos conocimos frente a la pequeña tienda. Pero estaba tan oscuro que no tenía idea de cómo era mi nuevo conocido. Pero como ahora estaba en su propio camarote, pensé que tenía una pequeña ventaja sobre él. Así que lo abordé con un “¡Hola! Sr. Morris. Sé cuál es tu nombre, pero supongo que no sabes el mío. Me estrechó la mano y dijo: “Bueno, la otra noche me dijiste que te llamabas Kelly. Pero no sé si me dijiste tu nombre correcto o no”.

Ahora, ¿cómo había podido ver cómo me veía, cuando estaba tan oscuro que no podía tener idea de cómo se veía?

Era un hombre interesante con quien hablar, hice varios viajes a su cabaña y pasé horas muy agradables hablando de los viejos tiempos y de los veteranos con él.

Una vez le pregunté cómo había llegado a saber cómo era yo cuando sólo me había visto en la oscuridad. Él dijo: “¿Te conoces? ¡Juan Kelly! Vaya, habría reconocido tus cenizas si las hubiera visto amontonadas al lado del camino”.

Me pareció que conocía bien a todos los veteranos que yo había conocido.

Durante muchos años, cuando me encuentro con un veterano como él, me propongo obtener de él tanta información e historia temprana de nuestro país como sea posible.

Una vez me dijo que cruzó las llanuras en 1865 con los Warren y algunos otros de los primeros colonos del Campo Country. Dijo que subieron por el antiguo Fremont Trail, detrás de Mountain Springs, y quedaron atrapados en un terrible aguanieve y una tormenta de nieve justo cuando llegaban a la cima de la colina. Y cómo acamparon allí toda la noche en medio de la tormenta. Por la mañana descubrieron que dos de sus bueyes habían muerto congelados durante la noche. Por supuesto, en realidad no se congelaron, pero al estar muy agotados y muy delgados por la falta de alimento mientras cruzaban el desierto, simplemente murieron por el frío y la exposición.

Cuando le pregunté si alguna vez había conducido un equipo por el "Old Fremont Trail" después de llegar a este estado, dijo: "¡Oh, sí! Conduje yuntas de bueyes para Gaskill Bros., transportando carga a través del desierto en bastantes viajes". Dijo que una vez hizo correr una yunta de tres yuntas de bueyes con una carga por la antigua pendiente de Fremont.

Cuando le comenté que debía haber sido una experiencia emocionante tener a un fugitivo por un camino así, dijo: "Sí, había estado conduciendo el equipo de carga de Gaskill formado por tres yuntas de ganado durante algún tiempo. Finalmente, había más carga de la que un equipo podía transportar, por lo que engancharon algunos novillos parcialmente rotos y formaron dos equipos de tres yugos cada uno.

"El hombre que estaba trabajando conmigo fue nombrado jefe y Gaskill le dio el gentil equipo que yo había estado conduciendo y me dieron un equipo con varios novillos jóvenes sólo parcialmente rotos. En aquellos días no teníamos frenos en nuestros carros como los tenemos ahora, sino que encadenábamos una rueda con lo que llamábamos cadena de bloqueo, cuando bajábamos una colina".

"Bueno, cuando llegamos a la cima de la colina de este lado de Mountain Springs, encadené una rueda y comencé a bajar. Los jóvenes novillos de mi equipo estaban juguetones y seguían intentando correr, pero logré mantenerlos bastante tranquilos por un tiempo. Luego llegué a un tramo corto de pendiente y el hombre que conducía el gentil tiro me dijo: "Tendrás que quitarte la cadena del candado o los bueyes no podrán subir la carga por ese tramo del camino". Morris dijo: "Le dije que los bueyes seguramente huirían si soltaba la cadena. Pero el otro hombre era el jefe del grupo y dijo: "Déjalo suelto". Así que lo solté y comenzaron a bajar la colina. "Traté de detenerlos", dijo Morris, "pero pronto comenzaron a ir tan rápido que tuve que hacerlo.D para dejarlos ir. Cuando llegué a la curva corta cerca del manantial los encontré a todos enredados en las cadenas. Y el otro hombre y yo hicimos un trabajo terrible para arreglarlos nuevamente".

"Había un barril de manzanas secas en la parte trasera del carro, y al rebotar sobre las rocas la cabeza se sacudía fuera de este barril. Después de que la cabeza desapareció, cada vez que el carro rebotaba sobre una gran roca en el camino, muchas manzanas secas volaban en el aire y aterrizaban en el camino detrás del carro. Cuando llegaron al pie de la pendiente ya no quedaban muchas manzanas en el barril".

"Cuando desenredamos los bueyes y todo se enderezó lo mejor posible, el hombre a cargo dijo: 'Esas manzanas valen un dólar la libra, y tendremos que volver a subir la colina con cubos para recogerlas". Morris dijo: "Sólo le dije que todo era culpa suya por haber hecho que los bueyes se escaparan y que si quería recoger alguna de las manzanas, muy bien, pero no lo haría. volver después de cualquiera de

ellos. El otro hombre”, dijo, “regresó y recogió un balde lleno, y el resto lo dejó donde estaba, incluso si valía un dólar la libra”.

Sólo aquellos que han visto esta antigua carretera de montaña tienen alguna idea de lo que significaría una fuga de control. El escritor ha visto y recorrido la mayoría de los antiguos caminos de montaña del condado de San Diego y, en su opinión, el camino original de Mountain Springs era el peor de todos.

Al viajar de San Diego al Valle Imperial por el espléndido camino que ahora tenemos, pasamos por el bellissimo pueblo de Jacumba. Es un oasis justo al borde del desierto. Los grandes álamos, evidentemente plantados allí por los indios o los primeros colonos, proporcionan una sombra refrescante. Y los espléndidos manantiales de fina agua mineral sin duda harán que se convierta en un balneario de fama mundial. Los actuales propietarios y administradores están gastando grandes sumas de dinero en mejoras y, cuando esto se suma a lo que la naturaleza ha hecho en el lugar, no puede dejar de convertirse en un próspero centro turístico. Bien recuerda el escritor cuando la antigua casa con techo de tule, piedra y barro, era casi la única edificación del lugar. Y hablando de esa antigua casa, he notado en los últimos años que alguien ha mantenido un letrero en el frente que le dice al viajero que se detiene a leer que "Esta antigua casa fue construida por el viejo Joe Jacumba en 1804".

Y la última vez que el escritor pasó por Jacumba hace sólo unos días (escrito en 1925), se detuvo para leer un aviso escrito a máquina bastante elaborado, que afirmaba contar la verdadera historia de la pobre y vieja cabaña. Dicha cuenta mecanografiada se encuentra en un elegante marco de madera fijado a la fachada del antiguo edificio.

Cuenta cómo un hombre llamado Stanton y sus dos hijos llegaron a Jacumba en 1804, después de un terrible viaje por las llanuras en el que todos los miembros de su partida fueron asesinados por los indios; cómo "llegaron a Jacumba en un carro cubierto, tirado por la última yunta de bueyes que les quedaba". No dice cómo lograron subir una carreta a la montaña desde Mountain Springs con una yunta de bueyes en 1803, cuando se necesitaron seis yuntas para subir una carreta en 1868. Tampoco menciona el hecho bien conocido de que ningún carro lo intentó. trepar por ese terrible sendero rocoso de montaña hasta que se construyó el antiguo camino antes mencionado, alrededor de 1848.

Pero, ignorando valientemente todas las imposibilidades del caso, cuentan cómo fueron recibidos aquí por unos indios amigos. Y cómo el jefe, Joe Jacumba, los trató con mucha hospitalidad, y al encontrar al Sr. Stanton mayor postrado en su cama en la carreta con reumatismo, les dijo que si pudiera beber el agua de sus manantiales y bañarse en ella durante un En pocas semanas seguramente estaría curado de su reumatismo. Todo lo cual hicieron, y en muy poco tiempo el Sr. Stanton padre quedó completamente curado.

En ese momento se habían enamorado tanto del lugar que habían decidido establecer allí su hogar. Entonces, con la ayuda del jefe "Joe Jacumba" y sus hombres construyeron la antigua casa de piedra y barro en 1804. ¡Y todavía permanece allí como testigo silencioso de la verdad (?) de su declaración!

El escritor se había tomado muchas molestias tratando de averiguar cuándo se construyó esa vieja cabaña. El Sr. y la Sra. Bailey, quienes, como dije antes, viven a menos de cien pies de donde se escribe esto y que pasaron por Jacumba en 1868, dicen que la antigua casa no estaba allí en ese momento.

El Sr. Lee Morris, que llegó a Campo desde Texas alrededor de 1865 y que, como ya he dicho, todavía

vive en la región montañosa, dice que la vieja casa de piedra y barro no estaba allí cuando llegaron. Cree que fue construido un poco antes de 1870.

El señor Alonzo Warren, de Campo, dice que fue construido en 1869 por un hombre llamado Walsh. El Sr. Warren llegó al campo en 1865 cuando era niño y ha vivido allí desde entonces.

Ahora es una lástima cuestionar la veracidad de quien escribió esa pieza de romance que ahora adorna la fachada del antiguo edificio, y que todavía se define a sí mismo como "El que sabe". Pero aun así, "la verdad es que el poder prevalecerá y prevalecerá". Y a nadie le sirve de nada que circulen declaraciones falsas, especialmente sobre cualquiera de nuestros antiguos puntos de referencia cuando la verdad sobre ellos es mucho más interesante.

La palabra "Jacumba" no es un nombre propio, pero los indios dicen que es el nombre de una especie de manantial volcánico a varias millas al sur de la actual ciudad de Jacumba. Significa, en lengua india, agua peligrosa. Los indios dicen que las aguas de este manantial tienen maravillosos poderes curativos para diversas dolencias, y se bañaban frecuentemente en él.

Tenía una manera de succionar o atraer sus aguas hacia la cueva o abrirse en la ladera de la montaña muy repentinamente y sin previo aviso. Varios indios fueron arrastrados por el agua, en diferentes momentos, cuando ésta retrocedió repentinamente, y sus cuerpos nunca fueron recuperados; De ahí el nombre de Agua Peligrosa.

Los indios del condado tenían sus propios nombres en todos los lugares que frecuentaban. Cada manantial de la montaña, cada robledal de donde recogían bellotas, cada cima de la montaña y cada cañón tenían su nombre. Y cada nombre tenía un significado descriptivo. No tenían mapas del país y los indios rara vez viajaban lejos de donde nacieron. Pero en aquella parte del país que conocían, cada lugar tenía su nombre y cada indio conocía esos nombres. Cualquier indio de la tribu podía decirle a cualquier otro de su tribu exactamente en qué lugar había ocurrido cualquier evento. Si un ciervo había sido matado y el indio que lo había matado quería decirles a los demás miembros de la tribu dónde lo habían matado, nombraría el lugar y todos los miembros de la tribu sabrían exactamente dónde estaba. Para el escritor, estos nombres indios de los distintos lugares de nuestro interior son muy interesantes. La mayoría de estos nombres son descriptivos de alguna peculiaridad del lugar o lugar. Por ejemplo, Ja-ma-cha, un valle muy conocido a unas catorce millas al este de San Diego, significa la pequeña calabaza rayada comúnmente llamada naranja simulada.

Guatay – una gran casa municipal

Otay – una colina solitaria en un valle llano

Jamul – Manantial del Antílope

Anáhuac – Pasto de agua, mi manantial o mi agua

Cuyamaca – manantial detrás de una roca, lluvia detrás

Seguan – Prímula amarilla

Ha-co-pin: el nombre indio del manantial de Warner, que significa agua caliente

We-a-pipe – (en Laguna Mts.) significa Leaning Rock

Ma-tar-ti – nombre indio de El Cajon, significa valle ancho

Ma-tar-too – nombre indio de Viejas, significa medio del valle

Is-now-qua-whirp – Indio para Wynola, significa valle bordeado de Live Oaks

Milsch-qua-nun – nombre de Santa Ysabel, significa Insecto Caído

Ha-qua-silch – Indio para Carriso Gorge, significa agua alcalina

Am-voee-ha – nombre de Palm Springs, significa manantial de palmeras

Mut-nook – Indio para Mason's Valley, significa codo de lavado

Ha-wee: nombre indio de Vallecitos, significa Rock Springs

Yah-ki: nombre indio de la reserva Laguna, que significa ciruelas silvestres

Quil-ach-nusk – nombre de Capitán Grande, significa un largo cañón

Ha-to-pah – nombre de Coyote Wells, significa Coyote Springs

Milsch-qua-ti – nombre de Campo, significa Gran Valle

Milsch-queit-nuct – nombre del antiguo San Felipe, significa Valle arriba de un Cañón

Palemo-mate – Valle de Agua Hedionda – significado desconocido

Co-le-ma: nombre de Whitney Peak, lado sur de San Marcos, que significa desconocido

Halsch-you-na-wah: nombre indio de la Reserva Conejas, que significa Casa del Conejo de Cola Blanca

Estos son los nombres indios de algunos lugares muy conocidos. Pero como ya he dicho antes, tenían un nombre para cada pequeño manantial, cañón o arboleda. Para mí estos nombres indios locales son muy interesantes.

El señor Sparkman, que durante varios años mantuvo una pequeña tienda cerca de la reserva india de La Jolla, y que era un hombre muy educado, fue el primero en reducir la lengua de los luisenos o indios que vivían a lo largo del río San Luis Rey y que originalmente estaban afiliados a la Misión San Luis Rey, a un lenguaje escrito. Pensaba que su lengua era una de las más maravillosas del mundo. He pensado que debido a que era un idealista al discutir los asuntos indios, adoptó esta visión de su lenguaje. Pero ese es un tema demasiado profundo para que yo lo analice.

Hay otro asunto relacionado con los indios del condado de San Diego sobre el cual me siento competente para al menos expresar mi opinión. Ésa es la forma terriblemente inhumana, deshonesto y repugnante en que los blancos y el gobierno de los Estados Unidos han tratado a algunas de las tribus indias de este condado. Muchos de nosotros, los antiguos colonos, recordamos bien cómo los indios del hermoso valle de San Pasqual fueron expulsados de sus hogares en el fértil valle de ese nombre donde ellos y sus antepasados antes de ellos habían vivido durante muchas generaciones. Simplemente porque nunca hubo una reserva vigilada para esos indios, fueron expulsados de sus hogares.

La tierra donde habían vivido durante años fue seccionada por orden del gobierno de los Estados Unidos e inmediatamente fue localizada y colonizada por partes que no tenían consideración alguna por los derechos anteriores de los indios pobres. Expulsados de sus hogares por estos colonos, y al no tener otro lugar adonde ir, se trasladaron a las colinas rocosas al norte de sus antiguas casas en el valle y construyeron pequeñas y miserables cabañas de tule, en tierras que, en la mayoría de los casos, son absolutamente inútiles. . Cómo los pocos que quedan han logrado existir todos estos años en una tierra que no producirá nada es más de lo que puedo entender. El escritor no tiene la costumbre de codearse con presidentes y secretarios del Interior, pero le gustaría llevar al Presidente de estos Estados Unidos, al Secretario del Interior, a todos los senadores y representantes que se puedan sacar aquí y como Tantos Agentes de Asuntos Indígenas como fue posible se reunieron en un grupo y los llevaron por el hermoso Valle de San Pasqual. Les mostraría las tierras fértiles del valle, ahora habitadas por prósperos blancos, pero que alguna vez fueron propiedad de los indios y fueron ocupadas por ellos. Luego les pedía que salieran y caminaran entre cactus, arbustos espinosos, rocas y barrancos profundos, arriba, arriba, hasta donde ahora viven los pobres indios afectados por la pobreza. ¿Pero serviría de algo? ¡No! Por supuesto que no. Dirían: “Es una lástima que se haya cometido tal injusticia. Pero ahora no podemos hacer nada para rectificar el asunto”.

Ahora bien, no quiero que ninguno de mis lectores tenga la impresión de que los actuales colonos del Valle de San Pasqual sean de alguna manera culpables de la injusticia que se ha cometido contra los indios. Simplemente han comprado a los ocupantes originales que se apoderaron de la tierra que por derecho pertenecía a los indios.

He utilizado estos términos, “por todos los derechos”, deliberadamente. ¿No reconocen todas las leyes de nuestra tierra el hecho de que veinte años de posesión indiscutible de la tierra dan un título? Entonces, si veinte años de posesión indiscutible dan un título, el hecho de que un pueblo haya disfrutado de muchas generaciones de posesión indiscutible debería otorgarle algunos derechos en la tierra, incluso si son indios.

Los indios de Temecula fueron expulsados de sus hogares de una manera aún peor que los de San Pasqual, como todos los veteranos saben.

Estos errores fueron presentados ante los funcionarios de nuestro gobierno para su corrección hace muchos años, por personas que sabían cuán cruelmente habían sido tratados los indios. Helen Hunt Jackson en su libro “Ramona” hizo lo que pudo para que el público se interesara por estos asuntos. Pero nunca salió nada de eso.

Ya no quedan muchas personas de aquellas tribus de indios. Y esta gran República estadounidense aún debería hacer todo lo posible para enmendar la situación. Deberíamos comprar una buena extensión de tierra y dividirla entre esa gente y así, incluso a estas alturas, mostrar al mundo que tenemos un sano respeto por la justicia. No escribo esto como un idealista sino como un simple ciudadano estadounidense común y corriente que cree, como la mayoría de los demás ciudadanos, en el trato justo y honesto para todos.

Si bien los indios de Temecula tal vez fueron tratados de una manera más cruel que los de San Pasqual, en la medida en que fueron expulsados por la fuerza de sus hogares y sus edificios quemados, sin embargo, realmente había más motivos para expulsarlos que los que había en San Pasqual. En Temecula, la ranchería estaba bajo una concesión de tierras mexicana. Se trataba de un terreno cuyo

título data de una época en la que este país pertenecía a México.

Los propietarios o cesionarios de muchas de las antiguas concesiones de tierras mexicanas permitieron a los indígenas vivir en las tierras que les habían sido concedidas, tal como habían vivido allí durante generaciones en el pasado. Trabajaron para el titular de la subvención cuando fue necesario, tanto hombres como mujeres. Se les permitía dejar correr en libertad sus pocos caballos o ganado, y cualquiera que lo deseara podía plantar un pequeño huerto, cultivar un poco de maíz y unas cuantas sandías (sandías).

Mientras la concesión siguió siendo propiedad de los antiguos californianos españoles, los indios permanecieron allí felices y contentos. Cuando los dueños del rancho mataban una carne, les daban los despojos y, a veces, parte de la carne. Pero cuando estas concesiones cayeron en manos de nuevos propietarios de otras nacionalidades, los indios fueron frecuentemente expulsados. Este fue el caso en Temecula. Y como el título de todas las concesiones mexicanas era anterior a cualquier título que nuestro gobierno pudiera otorgar, no éramos del todo culpables de lo que hicieron los propietarios.

Pero en San Pascual los indios estaban en tierras del gobierno. Nuestro gobierno acabó con las fronteras del municipio alrededor de 1854. Creo que fue a principios de los años setenta cuando se seccionó. Y tan pronto como se relevó el terreno, inmediatamente se localizó y se colonizó. Por supuesto, los indios no sabían nada de las leyes territoriales de nuestro gobierno y, muy naturalmente, supusieron que el hecho de haber estado en posesión desde el principio de los tiempos les daría el derecho prioritario. Y con toda justicia tenían razón en su creencia. Pero lo que suponían, o lo que era justo y correcto, no les sirvió de nada. Tuvieron que marcharse. Es algo de lo que todo estadounidense honesto debería avergonzarse.

XIII

En este capítulo voy a intentar describir un baile country que se mantuvo alejado a principios de los años setenta, en la parte del país donde vivía nuestro pueblo.

La antigua casa en la que se celebró aún se conserva en pie. Se ha construido otra habitación y toda la casa está entablada por fuera. Ahora luce bastante diferente de lo que era en el verano de 1873. Las personas que se reunieron allí hace más de cincuenta años no tenían mucho espacio para balancear a sus parejas. Pero si crees que no la pasaron bien, o que no había mucha gente presente en ese baile, pues, todo lo que tengo que decir es que tienes otra idea en camino. Estoy bastante seguro de que debía haber cerca de cien personas allí esa noche y muchos de ellos recorrieron una distancia de veinte millas o más.

La casa había sido construida por un tal señor Feeler que vino a esta parte del mundo desde el condado de Lake, California. Creo que llegaron en 1869. El Sr. Feeler trajo esposa y nueve hijos y otro hijo nació uno o dos años después, formando una familia de seis hijos y cuatro hijas.

El señor y la señora Feeler tenían inclinaciones religiosas y recuerdo muy bien cómo, gracias a sus esfuerzos, se organizó una pequeña escuela dominical en el país. El Sr. Feeler actuó como maestro. Tampoco era una escuela dominical tan pequeña porque, como he dicho antes, las cuatro familias que la constituían, los Feelers, Adams, Harts y Kellys, podían reunir en ese momento treinta y un niños. La familia Feeler tenía nueve, la familia Adams con diez, la familia Hart con cuatro y la familia Kelly con

ocho. Algunos de los miembros de estas cuatro familias eran en ese momento hombres y mujeres adultos y algunos eran bebés en brazos. Esta Escuela Dominical se organizó, creo, en 1870. Y como en esa fecha temprana no había otro lugar para reunirse, se reunieron en una de las casas familiares. El señor y la señora Hart vivían entre las otras tres familias y, por lo tanto, al estar más céntrica, su casa era el lugar habitual de reunión, según lo recuerdo.

La señora Feeler murió repentinamente en el año 1871, dejando al señor Feeler con una gran familia de niños a su cargo. La primavera siguiente se mudó al valle de Poway y dejó el rancho en el que habían estado viviendo a su hijo Eb. Casi al mismo tiempo, los Hart se fueron y regresaron a Texas de donde habían venido originalmente.

Eb Feeler vivió durante varios años en el antiguo lugar Feeler en lo que ahora se llama Green Valley y está ubicado a unas tres millas y media al noreste de la ciudad de Encinitas. Por lo general, algunos de sus hermanos vivían con él y no pocas veces otros jóvenes hacían de su lugar su cuartel general. Y como todos eran solteros, el lugar pasó a ser conocido como Bachelors' Hall. Así pues, fue en el Bachelors' Hall donde se celebró el baile sobre el que escribo.

Creo que la sala en la que bailaron medía unos 14 por 16 pies, aunque Eb Feeler, que todavía vive en Boulder Creek en este condado, me dijo hace poco que tenía dieciséis pies cuadrados. Sin embargo, cualesquiera que fueran las dimensiones de la habitación, puedo dar testimonio del hecho de que todo el espacio estaba completamente ocupado esa noche. También puedo testificar que el hecho de que los niños pequeños intentaran pasar por esa habitación mientras se estaba bailando era una tarea muy peligrosa para dichos niños pequeños. Y debería saberlo, porque lo intenté.

Bueno, el baile que se iba a celebrar en Eb Feelers, o Bachelors' Hall, había sido la comidilla del país durante algún tiempo. Todas las chicas mayores y las jóvenes habían estado ahorrando "té de plomo" y escondiéndolo donde sus hermanos no pudieran encontrarlo y derritiéndolo para hacer balas. El "plomo de té" se utilizaría para rizarles el pelo, siempre que los niños no consiguieran encontrarlo.

El día antes de la agitada noche del baile, todos los niños fueron enviados a la escuela vestidos con sus mejores galas. Y después de que terminaran las clases, caminaban hasta casa de Eb Feeler en lugar de regresar a casa de la escuela.

Clint Adams vino a nuestra casa muy temprano en la tarde con un grupo de mulas y un carro de resorte (lo llamaron "Hack") y nos llevó a mamá, a mí y a mi hermanita Jane, también una caja grande de cosas buenas para comer, hacia el Salón de Licenciaturas. Mi padre estaba en Nevada con una manada de caballos. La señora Adams ya estaba allí cuando llegamos. Ella y mamá empezaron a hablar de planes para la cena. Recuerdo muy bien que le dijo a mamá: "Ahora, señora Kelly, usted y yo nos haremos cargo de las cosas aquí en lo que respecta a la cena". Y lo hicieron.

Más tarde, por la tarde, empezaron a llegar otras personas, la mayoría de ellas en grandes carros agrícolas. Algunos provenientes de San Luis Rey y otros desde el río San Luis Rey en lo que ahora se llama Bonsall.

Todos los jóvenes de nuestra escuela vinieron al final de la tarde. Antes de que oscureciera, había equipos desenganchados y atados a carros por todo el lugar. Cada familia trajo una gran caja de comestibles. En el patio había un largo banco de trabajo de carpintero que se usaba como mesa. Se le

añadieron algunas tablas sueltas apoyadas en los extremos sobre cajones o caballetes de sierra.

La madre y la señora Adams habían extendido manteles sobre estas tablas y bancos de trabajo temprano en la noche y los sacó con lo que habían traído. Todos tenían que estar de pie mientras comían y como los bancos desde los que se comía eran más altos que las cabezas de muchos de nosotros, los niños pequeños, ciertamente no consideramos que el plan de alimentación fuera un éxito. Todo lo que obtuvimos fue lo que algunos de los adultos nos transmitieron. Y lo que nos entregaron tampoco siempre fue lo que queríamos. Tan pronto como una multitud había comido, las mesas se retiraban y volvían a colocar y otra multitud ocupaba sus lugares. Y así continuó hasta que todos hubieron comido.

Sin duda, hubo muchas cosas buenas para comer allí esa noche, ya que cada familia trajo lo mejor que tenía. Pero a estas alturas no recuerdo lo que nadie trajo, salvo una excepción. Juan Ortega, que entonces vivía en la casa del rancho Old Adobe en Encinitas Ranch, que estaba a un par de millas al este de donde se llevó a cabo el baile, trajo una caja grande de deliciosas uvas de la Misión. Compré algunas y fueron, con diferencia, las mejores uvas que he comido. Los recordaré mientras viva.

Joe Foster, quien ahora es el presidente de la Junta de Supervisores de nuestro condado, estuvo en ese baile. Era entonces un joven de unos catorce o quince años y sin duda recuerda muy bien el acontecimiento. Podría nombrar a muchos otros que también asistieron esa noche. Pero la mayoría de los que entonces eran mayores ahora están muertos. Ya han pasado más de cincuenta años desde que hice mi "debut" en la sociedad.

Pero volvamos a mi historia. Apenas se había puesto el sol cuando los violinistas comenzaron a afinar sus instrumentos y, como dicen ahora de los caballos en Tijuana, "se fueron". Comenzó el baile. Y lo mantuvieron hasta el amanecer de la mañana siguiente con muy poco tiempo entre bailes. Esa gente del campo, honesta y anticuada, venía a pasar un buen rato, y lo estaban pasando bien.

Había muchos bebés y niños pequeños y sus madres hacían camas en el suelo de la cocina y, cuando los pequeños tenían sueño, los arrojaban en todo tipo de lugares. Las mujeres casadas se sentaban en la cocina y visitaban hasta que sus pequeños dormían, y luego se unían a los bailarines y se lo pasaban tan bien como las jóvenes. Ninguno de ellos quería que se les asignara ninguna tarea que pudiera impedirles bailar si se les presentaba la oportunidad.

Recuerdo bien a una joven matrona, no hace mucho de Texas, que estaba sentada en la cocina intentando con todas sus fuerzas que su bebé se durmiera para poder salir entre los bailarines de la otra habitación. Su marido se acercó, se desabrochó el cinturón y lo dejó junto con un viejo dragón de seis tiros entre una pila de armas del mismo tipo que ya habían dejado a un lado otros hombres que habían llegado antes que él. Mientras lo guardaba, le dijo a su esposa: "Vigila eso por mí, ¿quieres?" Pero ella dijo: "Ahora, Johnson, no lo haré". Evidentemente no se proponía dejar que la privaran de ningún baile mientras estaba sentada allí vigilando el arma de seis tiros de su marido.

Hoy en día parecería extraño ver a hombres venir a un baile armados de esa manera y todos desarmarse antes de unirse a las festividades. Pero en aquella época no se pensaba en nada de ello. Muchos de esos hombres habían cruzado recientemente las llanuras y el país indio y, de hecho, muchos de ellos habían vivido toda su vida en un país indio, por lo que se habían acostumbrado tanto a portar sus armas que no sentían que estaban completamente vestidos a menos que tuvieran una gran pistola de seis tiros.

Ahora bien, muchas personas de hoy en día pensarán que debido a que esos hombres vinieron armados al baile, debieron haber hecho muchas cosas difíciles allí esa noche. Pero no fue así. Aquellos hombres tenían inclinaciones tan pacíficas y se comportaban tan bien como lo serían cualquier número similar de hombres en la actualidad. De hecho, estoy bastante seguro de que cualquier niña o joven habría estado mucho más segura entre esos tipos grandes y rudos que entre un número similar de hombres de ciudad de hoy.

Alrededor de las ocho o nueve de la noche yo estaba en la cocina y entraron mi hermano Will, que era tres años mayor que yo, y un niño de aproximadamente su edad. Cada uno tenía unas galletas que estaban comiendo. El nombre de los otros chicos era Dick Adams. Tenía hambre y les pedí que me dieran algunas de sus galletas. Pero dijeron que había una gran cantidad de ellos afuera, sobre la mesa, y que si quería alguno, saliera y consiguiera algunos igual que ellos. La puerta exterior de la cocina estaba abarrotada de gente sentada allí por falta de otro lugar donde sentarse, así que no podía salir por allí. La única otra manera de salir era atravesar la sala del frente donde la gente bailaba. Estaba obligado a salir a buscar algunas de esas galletas, así que decidí pasar por la sala del frente.

La gente bailaba una especie de danza en cuadrilla. El capitán Foster, que vivió muchos años en San Dieguito, llamaba en voz muy fuerte y los danzantes iban y venían. Observé mi oportunidad (o al menos pensé que estaba observando mi oportunidad) y cuando todos avanzaron hacia el centro de la habitación, corrí para alcanzarla. Áspero detrás de ellos. Pero evidentemente equivoqué en el momento de mi embestida porque retrocedieron hacia mí antes de que hubiera cruzado la mitad de la habitación y, por supuesto, me quedé boquiabierto. (Un hombre a caballo no habría tenido ninguna posibilidad de dónde estaba yo). Me empujaron contra la pared, donde me quedé tendido en el suelo con una mujer corpulenta vestida de negro parada sobre mi chaqueta de tal manera que no podía levantarme. Si a los bailarines se les hubiera ordenado avanzar de nuevo, habría salido bastante bien del apuro. Pero retrocedieron y se detuvieron y yo estaba bajo sus pies. Le grité a la mujer corpulenta que se quitara el abrigo. Pero mi voz, por supuesto, fue ahogada por el ruido de las otras personas bailando. (Solía ser lo más apropiado, ya sabes, que todos siguieran el ritmo de la música con los pies durante el tiempo en que no estaban repasando las distintas figuras de una cuadrilla.) La mujer corpulenta era la única en la sala. Pienso, ¿quién no mantuvo los pies en movimiento al ritmo de la música? Bueno, cuando descubrí que ella no prestaba atención a mis gritos, decidí que sería, como dice el dicho, "la supervivencia del más fuerte", si no hacía algo desesperado y muy rápido. Entonces la mordí un par de veces, lo que provocó una exclamación muy violenta y un cambio repentino de posición que me liberó de mi terrible situación. Y puedes estar seguro de que no perdí el tiempo en volver a la cocina. Me había olvidado por completo de esas galletas que tanto había deseado hacía poco tiempo. Estaba tan dolorido y magullado que me arrastré hasta un rincón y dormí hasta la mañana. Era pleno día cuando el baile terminó y todos se fueron a casa. Pero siguió siendo la comidilla del barrio durante muchas semanas.

Con frecuencia paso por esa casita en la que se celebraba el baile, que todavía está en pie. Se ha ampliado un poco y se ha entablado el exterior, pero allí se encuentra la misma sala en la que se celebró el baile y la misma pequeña cocina. Y cuando paso por allí, con frecuencia lo señalo como el lugar donde salí en sociedad por primera vez.

Una de las cosas más interesantes de ese baile, y que interesa principalmente a las señoritas y caballeros presentes, fue un nuevo whisky que alguien presentó allí esa noche. Se llamó Seven-up Schottische o Seven-step Schottische. Para poder bailar el "Seven-up" era necesario estar estrictamente en natación.

Me he detenido en este pequeño baile country más de lo que algunos quizás consideren necesario. Pero

un baile ocasional era el único entretenimiento que se podía tener en aquellos días. Me pregunto qué pensarían algunos de los jóvenes de esta época de tal existencia. Aquellas mujeres y niñas del interior del condado de San Diego seguían año tras año la misma rutina de trabajo doméstico y ranchero, casi sin distracción de ningún tipo.

En aquella época había muy pocos vehículos de conducción ligeros de cualquier tipo. Los grandes y pesados carros agrícolas eran prácticamente el único tipo de vehículos con ruedas que tenían los distintos ganaderos. Un vagón Spring de cualquier tipo, por viejo y destartado que fuera, se llamaba "truco". Y que lo llevaran a dar una vuelta en un "truco" era la última palabra en cuanto a estilo.

La mayoría de los jóvenes, tanto hombres como mujeres, montaban a caballo cuando salían a cualquier lugar por placer. Y algunas de las mujeres casadas también eran espléndidas jinetes.

Durante muchos años nuestra oficina de correos estuvo en San Luis Rey, que estaba a doce millas de donde vivíamos. Solíamos ensillar nuestros caballos y viajar hasta allí para recoger el correo, sin pensar más en el viaje que ahora en recorrer unas pocas cuadras de la ciudad.

Pero la entrega de correo más conveniente que teníamos en los primeros días, según recuerdo, era cuando nuestra oficina de correos estaba en Old Town o North San Diego, como se llamaba. Stage transportaba el correo desde San Diego a Los Ángeles y estos Stages pasaban por el rancho por una carretera que discurría aproximadamente una milla y media al oeste de nuestra casa. Louis Rose, un antiguo residente de Old Town, era el jefe de correos y conocía muy bien a nuestra gente. Mi padre clavó una caja de velas en lo alto de un poste al costado de la carretera y el Sr. Rose, en lugar de poner el correo del Rancho Kelly en la bolsa de correo normal, lo ató en un paquete y se lo dio al conductor. Cuando llegó a nuestro buzón se detuvo y depositó en el buzón todas las cartas o papeles que había para nosotros. Recibir su correo a una milla y media de su casa era como recibirlo ahora en su puerta. Algunas veces las diligencias pasaban por nuestro rancho durante el día y otras veces pasaban por la noche. Los escenarios eran los antiguos autocares Concord de fama mundial. Si el negocio de pasajeros iba bien, tenían cuatro coches de caballos. Pero cuando el negocio era aburrido, sólo utilizaban dos caballos.

Una vez, cuando mi padre estaba en Nevada con los caballos, mi hermana mayor, que estaba enseñando en la escuela, tuvo que subir al escenario en un momento en que pasaba por el rancho por la noche. En tal ocasión, toda la familia bajaba a la carretera antes del anochecer y esperaba allí hasta que apareció el Escenario. En esta ocasión mi madre y varias hermanas estaban en el grupo que bajaba al camino. Llevaban un farol antiguo con una vela dentro. Cuando por fin llegó la Etapa se levantaron todos de donde estaban esperando detrás de unos arbustos que los protegían del viento, y salieron a la carretera, donde la Etapa se detuvo y mi hermana subió a bordo. Al día siguiente, el conductor les dijo a algunos de nuestros amigos que un pasajero en el escenario la noche anterior tenía su revólver listo cuando salimos a la carretera porque pensaba que éramos ladrones de escenario. Dijo que vieron la luz cuando se acercaron a donde estábamos esperando y luego de repente desapareció, probablemente porque algunas de las mujeres la colgaban por detrás de las faldas. El conductor y el hombre que lo acompañaba en el maletero sospecharon inmediatamente, ya que los ladrones frecuentemente llevaban lo que se conoce como linternas oscuras. Se trataba de una linterna cuya luz se podía apagar repentinamente mediante una persiana. Después de eso, cuando algún miembro de la familia tenía que subir al escenario por la noche, tenían más cuidado al sostener la linterna. Algunas personas que viajaban en esos viejos vagones tenían una manera de "tratarlos con rudeza" cuando pensaban que se trataba de ladrones de escenarios. Dispare primero y haga preguntas después. Y algunas de esas viejas escopetas recortadas cargadas con una enorme carga de perdigones en cada cañón que se llevaban a los escenarios cuando la caja de Wells Fargo era inusualmente pesada, eran armas mortales. Un revólver podría fallar o, en el mejor de los casos, acertar sólo uno. Pero una de esas viejas armas

Messenger podría alcanzar media docena de un solo disparo.

Por tanto, si alguien tenía que detener una etapa por la noche, era una buena política seleccionar un espacio abierto para hacerlo, y así dar a los ocupantes del vagón el menor motivo de sospecha posible.

Último capítulo

Al cerrar esta narración, deseo decir que me he esforzado por brindarles a mis lectores una idea de la vida en California Ranch tal como la he visto. Se podría escribir mucho más sin hacer plena justicia al tema, y una pluma más hábil podría haber sacado mucho más provecho del material utilizado.

A lo largo de esta narración, me he esforzado por dar un poco de crédito muy merecido a algunas de nuestras personas que, en mi opinión, han sido lamentablemente ignoradas por muchos otros en sus escritos sobre el sur de California.

Me refiero a los españoles californianos y también a nuestros indios misioneros.

Ambos merecen mucho más de la población actual de California de lo que jamás han recibido. Y tengo la más sincera esperanza de que a medida que nuestro gran Estado se desarrolle, como seguramente ocurrirá en los años venideros, la gente aprecie mejor lo que le debemos a esa gente.

Cuando California quedó bajo la bandera de los Estados Unidos, los californianos españoles eran la clase alta y los indios de las misiones representaban la clase baja.

Nuestro gran estado fue colonizado por personas de todas partes del mundo civilizado. El hecho de que la mayoría de ellos vinieran aquí para mejorar su situación económica, fue la causa de que los antiguos habitantes fueran desplazados de lo que antes era suyo.

Los antiguos terratenientes españoles eran demasiado tranquilos y demasiado hospitalarios para competir con la gran multitud que se precipitaba hacia el Oeste desde todas partes de la tierra, todos ansiosos por mejorar su condición. Pronto perdieron en la loca lucha por las riquezas. Pero ¿quién de los verdaderos veteranos no ha admirado la dignidad genuina y la vida hogareña ideal de aquellos viejos catedráticos?

Sólo aquellos de nosotros que hemos visitado las casas de estos viejos rancheros tenemos una idea de la verdadera hospitalidad que brindaron al extraño que se encontraba dentro de sus puertas. La vida ideal que llevaban es cosa del pasado y es algo muy de lamentar. Si bien cualquiera debe darse cuenta de que la manera tranquila en la que vivían les hacía imposible competir con los recién llegados codiciosos y generadores de dinero, cuando se nos pregunta qué clase creemos que obtuvo el disfrute más genuino de la vida y cuál se ocupó de ella. mostrar el verdadero disfrute a los demás, la respuesta es fácil.

En cuanto a los indios de las misiones, simplemente se les ha excluido de lo que les correspondía por derecho por falta de amigos honestos que estuvieran de su parte. Mucha gente dirá: "Eran una raza

perezosa y vagabunda y habrían perdido sus propiedades de todos modos, por lo que los blancos bien podrían habérselas arrebatado primero que último". He escuchado esa opinión expresada muchas veces por personas que evidentemente no se habían detenido a pensar en la pobre excusa que era para la forma en que se ha tratado a una raza de personas. ¿El hecho de que una raza de personas haya perdido sus propiedades de todos modos nos excusa del delito de robárselas? En cuanto a su pereza, puedo decir, después de cincuenta años de experiencia con ellos, que si bien no son lo que llamaríamos buenos administradores de sus propios asuntos, cuando trabajan para otros como peones contratados, son tan buenos como el promedio. hombre blanco que trabaja por un salario. Algunos de los mejores peones que he tenido cuando vivía en el rancho eran indios. Y si fuera goiAl salir hoy a buscar un grupo de peones de rancho, a trabajar a pie o a caballo, preferiría arriesgarme con un grupo de indios que podría reunir en nuestro interior que con un número similar de hombres blancos que podrían reunirse para el trabajo.

En la medida en que puedan ser necesarios para el trabajo a caballo, los indios serían muy superiores al hombre blanco promedio, porque casi todos son buenas manos en esa línea, mientras que no hay un hombre blanco entre diez que pueda hacer ese tipo de trabajo. en absoluto. Cuando hablamos de indios, la persona promedio de Oriente inmediatamente piensa en un tipo desnudo e incivilizado, como leemos en los libros de cuentos que se dedican a cazar para ganarse la vida y que ninguna persona civilizada querría tener a su alrededor. Sin duda, si nos remontamos lo suficiente hacia atrás, nuestros indios de la misión eran precisamente ese tipo. Pero esa es una de las cosas que le debemos a los viejos constructores de nuestras Misiones. Civilizaron a los indios y les enseñaron a trabajar y vestirse de la misma manera que trabajaban y vestían los trabajadores de otras razas.

Otra idea errónea que mucha gente tiene cuando habla de nuestros indios es que son una clase muy sucia y asquerosa. Según mis observaciones, creo que son al menos tan limpios en sus hábitos como el hombre blanco promedio.

Recuerdo muy bien cuando yo era niño y había varios indios que trabajaban en el rancho y que los domingos subían a un cañón de madera a una milla o dos de la casa, y donde había una bonita corriente de agua corriente. Allí se quitaban la ropa y la lavaban en el arroyo y también se bañaban y luego esperaban hasta que la ropa estuviera seca antes de vestirse para volver a comer.

Rara vez se encontraría un hombre blanco que se tomara tantas molestias para mantenerse limpio. Y si vas entre nuestros indios en el interior del país donde viven, encontrarás a casi todos ellos, tanto hombres como mujeres, vestidos con ropas notablemente limpias. Si bien esa ropa puede ser de un tipo muy barato (los hombres con monos y camisas de algodón y las mujeres con calicó), muy rara vez verás a alguien cuya ropa no esté limpia.

Muchas veces he pensado que el buen comportamiento de nuestros indios se debía en gran medida al trabajo y enseñanza de un buen hombre que durante muchos años fue el sacerdote a cargo de la Iglesia Católica Romana en Old Town. Me refiero al padre Ubach. Si bien ni el escritor ni nadie de su pueblo fueron católicos romanos, sería muy difícil para cualquiera que quisiera ser justo y sin prejuicios no darle a ese buen hombre mucho crédito por el trabajo que hizo entre los indios. Lo que dijo el "Padre Antonio" fue ley y Evangelio para ellos. Y mucha gente de San Diego recordará cómo, a su muerte, los indios de todas las montañas acudieron al funeral (un viaje de dos días para muchos de ellos) trayendo cargas de flores silvestres para colocarlas en la tumba de su amado amigo.

Durante muchos años había viajado regularmente entre ellos, casando a aquellas parejas que deseaban sus servicios, bautizando a los niños y orando por sus enfermos y muertos. Y el respeto que le mostraron durante su vida y el dolor genuino que mostraron ante su muerte demostraron que se había ganado sus

corazones de una manera que muy pocos logran lograr. Entonces, cualesquiera que sean nuestras creencias religiosas, debemos “dar al César lo que es del César”.

El padre Ubach era el padre Gaspara inmortalizado en la historia de Ramona de la señora Jackson. La gente del condado de San Diego algún día erigirá un monumento apropiado en su memoria.

Para cerrar esta narración puedo recordar más de cincuenta años de vida en el condado de San Diego. Por supuesto, se han producido muchos cambios y los viejos tiempos del ganado vacuno, caballos y ovejas han desaparecido para no volver jamás. Aquellos de nosotros que podemos recordar aquellos días y noches que pasamos en la silla de montar podemos recordar muchas dificultades sufridas. Pero las partes placenteras de la vida superaban con creces las desagradables, y era una vida que no tendía a hacer ateos...”Alzaré mis ojos a los montes de donde viene mi ayuda”.

Índice (los números de página se refieren al texto original)

Adobe, 5, 51, 109-110, 168

Arroyo Agua Hedionda, 29

Rancho Agua Hedionda, 1, 5, 81-82, 95

Alta California, 131

Ambler, Sra., 111

Indio apache, 31, 83

Arizona, 13, 19, 31, 83, 142

Bailey, Sr. y Sra. L.N., 141, 142, 145-152, 158

Baja California, 131

Valla de alambre de púas, 52-55

California, 1, 5, 8, 55, 83, 110, 121, 123, 128, 132, 133, 141, 147, 165, 175

Caponero, 18, 24, 81

Caprón, Juan, 144-145

Capitán Foster, 170

Carrillo, Garibaldi, 135-137

Entrenadores de Concordia, 173

Pozos de Coyote, 142-143, 146, 160

Drugan, Peter, 73 años

Durazno, Manuel 128

El Cajón, 18, 83, 150, 159

Encinitas, 166

Padre Ubach, 5, 177-178

Palpador, 33, 165-167

Forster, Don Marcos, 135-138

Forster, Johnnie, 135-138

colina verde, 15

Valle Verde, 30, 166

Rancho Guajome, 109

Hett, 75-76

Hinton, Francisco, 5-6

Indios, 9, 56, 78-80, 109-111, 120-121, 133, 140, 142

Istmo de Panamá, 1, 141

Jacumba, 142, 156-158

Jamacha, 84

Johnson, 32, 169

Kanack, 80-82

Kelly, Charles, 32, 35, 51, 54, 56, 61-63, 94, 96, 112-114

Kelly, Emily, 1, 3, 6, 8, 10, 11, 22, 28, 31, 37, 41, 46, 137, 163, 169

Kelly, Matthew (padre), 1-6, 8, 10-12, 19, 21, 27-29, 31-32, 35, 39, 41-44, 46, 50, 57, 69, 73, 137, 163, 168

Kelly, Mateo (hijo), 7, 32, 56, 60-63, 68-70

Kelly, Robert, 1, 5, 10-11, 14, 23, 31-32, 35, 41, 52, 54-56, 59, 69, 73-80, 83, 85, 92, 121

Kelly, William, 48, 49, 51, 62, 63, 170

Lixiviación, 36-39, 44

Luis Rosa, 172

Correo, 32, 144, 172

mormones, 31

Naberto, 109

Oatman, 83

Orizaba, 5

Orosco, Jesús, 45 años.

Ortega, Juan, 14-15, 17, 128-130, 168

Alfarero, 61 años

Qurino, 1273-125

Rancho Encinitas, 14, 168

Rincón, 136

Cañón de las Rosas, 50

Lago Salado, 31, 34, 48, 142

San Dieguito, 120, 170

Arroyo San Elijo, 29

Rancho San Joaquín, 136-138

San Luis Rey, 29, 46

Misión San Luis Rey, 9, 160

Río Santa Ana, 134, 136

Escuela, 8, 29-31, 34-36, 48, 55, 165, 167

Españoles californianos, 12-14, 49, 93, 108, 128-131, 163, 175

Texas, 13, 141-142, 144, 158, 166, 169

Wilson, Enrique, 110

mujeres, 8, 16, 47, 89, 131, 140, 147-148, 163, 165, 169, 172-173, 177